



LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS

FERNANDO GARCÍA IZQUIERDO

ISBN 84- 86097- 95-9

# **LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS**

Novela de

**Fernando García Izquierdo**

« Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid u otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas han pasado ya al dominio público. »

«Siempre fue España un país de gladiadores; una tierra de mucha sangre. La plaza de toros, con su sacrificio y elegancia cruel, repite, engalanada de farándula, el antiguo combate mortal entre la sombra y la luz.»

Neruda, CONFIESO QUE HE VIVIDO.

«porque en el fuego de los guerreros, que es el fuego de la guerra, lloran hasta las espinas.»

Asturias, HOMBRES DE MAIZ.

## PREMISA HISTORICA

Como es sabido, es a través de las instituciones que los usurpadores del bien común ejercen su dominación sobre las otras clases sociales. Se trata, casi siempre, de un parlamento, la iglesia, los bancos, la judicatura, los órganos de comunicación, la policía y, en fin y sobre todo, el ejército. Todo ello, si posible fuese, en un estado de aparente normalidad, o «democracia», y, para decirlo todo, «libremente» aceptado por el público en general. Explotación, eso sí; pero en la legalidad.

Mas, si por cualquier razón, ello fuera insuficiente, no sirviera para mantener a cada estamento en su sitio, si el público se convirtiera en «pueblo en marcha», reclamando la revolución, entonces, los detentores del poder inmediatamente acuden a algo más seguro, como ocurrió en España en 1936. Se establece un llamado régimen de autoridad, es decir, el fascismo puro y simple.

Primero se desencadena la contrarrevolución: bandas de pistoleros ligados más o menos directamente a los señores propietarios siembran por todas partes el terror; se agrava, en consecuencia, rápidamente la situación política y social, al tiempo que se para la actividad económica del país y se saca el capital al extranjero; y en las Cortes se pide abiertamente a los militares que se encarguen de restituir el orden.

Fue el partido de la derecha cristiana el encargado de sonar las trompetas en el hemisiciclo, justo unos días después de la victoria de las izquierdas en las urnas. Decía su jefe, Gil Robles, una mañana de primavera de aquel año aciago de 1936: «Nos llegan diariamente voces que nos dicen que ni en el parlamento ni en la legalidad tenemos ya nada que hacer; y ese clamor, que nos viene de campos y ciudades, indica que está creciendo y desarrollándose eso que en términos genéricos habéis dado en llamar fascismo, pero que no es más que el ansia, muchas veces nobilísima, de libertarse de un yugo y de una opresión que, en nombre del Frente Popular, el gobierno y los grupos que le apoyan están imponiendo a sectores extensísimos de la opinión nacional; es un movimiento de sana y hasta de santa rebeldía.»

Innecesario es decir que la conspiración de los generales ya estaba en marcha. A ella hacía alusión el presidente del consejo de ministros, Casares Quiroga, en aquella misma sesión, al referirse a «la salvaje terquedad» de esas personalidades de derechas «en su intento de hacer que se subleven las fuerzas armadas contra el gobierno, distribuyendo folletos, formulando indicaciones, realizando una intensa propaganda para conseguir que el ejército, que está al servicio de España y de la República, se subleve.»

Le respondió el jefe de fila de los integristas monárquicos de esta manera: «Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo – y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto – que exista actualmente en el ejército español, cualesquiera que sean

las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la monarquía y en contra de la república. Si lo hubiera sería un loco, lo digo con toda claridad; aunque considero que también sería un loco el militar que, al frente de su destino, **no** estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si se produjese.»

**Militares al frente del destino de España.** El que tal proponía, Calvo Sotelo, hombre selecto, riquísimo, que en sus discursos equiparaba el pueblo a «una turbamulta soez y vociferante», era ya miembro activo de la Conspiración, que encabezaba entonces el general Mola. «Toda la vida española,» concluyó su discurso, «en estos últimos meses, es un pugilato entre la horda y el individuo, entre la cantidad y la calidad, entre la apetencia material y los resortes espirituales, entre la avalancha brutal del número y el impulso selecto de la personificación jerárquica. De todos los asaltos y violencias de estos últimos tiempos, el más lamentable de los choques se ha producido entre la turba y el principio de autoridad, cuya más augusta representación es el ejército.»

## CAPITULO 1

Serafina Martínez Platero, que estaba casada con un suboficial del ejército, había tenido ocasión de ver con sus propios ojos eso del principio de autoridad y de su más augusta representación. Vivía con su marido e hija única en una casa de militares subalternos por la parte del Paseo Zorrilla, no muy lejos del cuartel de caballería 'Conde Ansúrez', donde se alojaba la mayor fuerza de la guarnición de Valladolid.

Se estaba preparando Serafina, temblando como todas las noches, para irse a la cama, cuando oyó un ligero golpe a la puerta de su piso. Abrió un poco la mirilla, y vio a dos hombres en el descansillo, que estaba medio a oscuras, pues de las dos bombillas que había en la escalera, una se había fundido ya hacía tiempo. Uno de los hombres era joven, como de treinta años. En seguida reconoció a Gonzalo Beltrán, primo hermano de su propia prima Dorotea. Al otro no creía haberlo visto nunca, y apenas le veía ahora: era alto, obeso, y estaba pegado a la puerta; ni siquiera le podía ver los ojos, pues llevaba negras gafas de sol.

-¿Qué desean? – preguntó muerta de miedo. En efecto, tener miedo formaba parte esencial de su carácter.

-¡Abre! – oyó al que estaba pegado a la puerta. Era una voz autoritaria y un poco cascada.

Gonzalo hizo seña a Serafina para que abriera; ésta desatracó el cerrojo, y en seguida el gordo de las gafas empujó la puerta y entró en el piso, seguido de Beltrán. Ella se quedó detrás, volviendo a echar el cerrojo.

-¿Está Roque Perchero? – dijo el gordo a media voz, sin mirarla.

En ese momento apareció Roque en pijama, sosteniendo el pantalón con una mano.

-¿Qué pasa? – preguntó, dando un paso hacia atrás. Era militar de cuchara, y había recibido tantos palos en su vida que estaba siempre a la defensiva.

El gordo se quitó el sombrero y las gafas, y Roque se quedó de piedra.

-¡M... mi coronel! – rugió, y estiró los brazos en posición de firme, al tiempo que daba un taconazo con los pies desnudos - ¡A sus órdenes! L...le... creía en... en el extranjero, mi coronel, fuera de España.

-He vuelto, mendrugo, ¿no lo ves? – contestó con increíble calma el coronel, que no era otro que don Augusto Núñez de Campos, como Perchero oriundo de la Tierra de Campos. - ¿Es que no hay un sitio en esta casa donde podamos charlar tranquilos? – añadió mirando de reojo a la mujer.

Perchero, que se había hecho mucho daño en los tobillos al dar el taconazo, vaciló un instante. –Sí, mi coronel – dijo, los brazos aún pegados al pantalón del pijama -. Serafina, arreando a la cama. – Esta desapareció en un instante.

-Pero, ¿a qué vienen esas voces, Perchero? – dijo el coronel entre los dientes – ¿quieres que nos oigan los vecinos, por si acaso?

-Sí, mi coronel. ¡Claro que no, mi coronel! Los vecinos no oirán nada. Soy capaz...

-Cállate.

-Sí, mi coronel. Perdón, mi coronel. Quiero decir, que vengan por aquí. – Metió a los dos hombres en el comedor, cerró la puerta y les invitó a que tomaran asiento. El mismo se quedó de pie, en posición de firme, esperando órdenes, como había hecho toda su vida.

El coronel, que se había sentado ya antes de que le invitaran, se quitó los guantes y los depositó con el sombrero en la mesa.

-Vamos a estar sólo unos minutos – empezó Beltrán.

Pero don Augusto no le dejó continuar. – Déjame a mí – dijo; luego, dirigiéndose al dueño de la casa: - No te extrañe que hayamos venido a hacerte... ¿cómo diré?, esta visita.

-Sí, mi coronel. Muy honrao, mi coronel.

-Calla la boca. Iba diciéndote..., bueno, ya sabes que te conozco bien. No ¡cojones! no me interrumpas. Y sabemos también que sabrás cumplir bien si... - Aquí vaciló el oficial, poniéndose muy colorado antes de añadir: - bueno, si de salvar el honor de la patria se tratara.

Por un rato nadie habló. El coronel fijaba los ojos en Roque, como estudiándole. Este permaneció con la boca cerrada, temiendo una trampa. Gonzalo se atusaba el bigotillo, como si no fuera nada por el momento con él.

-Vamos a ver – comenzó de nuevo el oficial -, ¿hasta que punto sabes tú que se está fraguando algo, eh?

Y ahora, contrariamente a lo que se hubiera podido esperar, Roque Perchero, que nunca se había caracterizado por su rapidez de ingenio, comprendió en seguida la misteriosa pregunta.

-¡Claro que sí, mi coronel! – se precipitó a decir, y añadió excitadísimo:- Es decir... entonces ¿es ya seguro que va haber un alzamiento?

-Calla – murmuró el oficial, apretando bien los dientes -, límitate a contestar, ¡zoquete más que zoquete! Se os va la fuerza por la boca, ¡hostia! – parecía hervirle

el pecho, y otra vez se había puesto muy rojo de cara. De repente, como recordando algo, añadió: - Y ¿a santo de qué me descubres delante de ésta? – (mirando hacia la puerta) - ¿Es ésta tu mujer?

-Sí, mi coronel. Descuide que no abrirá el pico.

-Por la cuenta que te tiene – murmuró Beltrán.

-Soy capaz de degollarla viva, mi coronel – (mirando a Gonzalo) -, es decir, mi... mi señorito.

- ¡Mi, mi, mi! – mimicó el oficial -. Brigada Perchero, ¡carajo!, suprime los títulos, ¿no te lo he dicho? – Hubo un amago de sonrisa en su cara de besugo -, al menos por ahora, ¡coño!

-Sí, mi coronel.

-¡Mostrenco! Si cuando yo digo – murmuró don Augusto como para sí, y alzando la voz: - métete el 'mi coronel' por el culo, y escucha.

El pobre brigada era un puro manojito de nervios. – Sí, mi co... - susurró -, quiero decir que sí señor.

-Está bien. Ahora déjame hablar, ¿quieres?, a ver si empezamos de una vez. Al asunto. Necesitamos un hombre de absoluta confianza en el regimiento, y hemos pensado en ti. – se paró, pensativo.

El brigada, creyendo que don Augusto aguardaba una confirmación de su parte, volvió a cuadrarse, y exclamó: -¡A sus órdenes, mi..., a sus...!

Don Augusto, sin hacerle caso, continuó; - Comprenderás que si me he dignado a venir aquí, cojones, debe haber una razón para ello. No, no me preguntes nada. Ponte esto en la mollera, hombre, a ver si te entra: responde sólo cuando se te pregunte. – Y volviéndose a Beltrán -: explícale tú.

-La situación es la siguiente – empezó el letrado Beltrán -, queremos estar seguros que la tropa.... No, no digas nada, ya se te dirá para qué. Sabemos que algunos suboficiales de la guarnición... tú ya me entiendes. Y queremos que si alguno falla, a una señal que te demos..., lo liquides, ¿está claro?

Perchero, que había estado escuchando casi faltar de aliento, sintió un escalofrío; notó que los otros esperaban una contestación, pero no pudo decir nada: se le había secado la garganta. Oyó que decía uno de ellos, el abogado o el oficial, no sabría decir quien:

-Es una orden. Mañana irá a unirse contigo en la cantina de suboficiales un compañero.

-¿Quién es? – preguntó tímidamente el brigada.

-Ya lo verás. Y no te vayas de la lengua ni empines mucho el codo de ahora en adelante, que sabemos bien del pie que tú cojeas. Ahora dime, ¿qué piensas tú del estado de lealtad de los suboficiales de la guarnición?

Bien porque el terror le paralizara, o bien porque su intelecto no le daba para más, Perchero no contestó; y ya iba a soltar un taco el oficial cuando interpuso Beltrán en un tono suave y conciliatorio:

-Roque, nos han dado un buen informe de ti.

-Gracias, señorito – dijo al fin el brigada, entre azarado y complacido -. Ya sabe, ustez que me conoce, que yo he sido siempre muy de derechas..., es decir, **muy** de derechas.

-Como en realidad lo son también muchos de los suboficiales del regimiento – dijo el letrado con voz melosa - ¿no es así, Roque?

-Vaya que si lo son. Es decir..., vamos que quiero decir que... vamos, que dende luego bastantes lo son.

El letrado Gonzalo Beltrán se acercó al brigada Roque Perchero y tocándole el pescuezo le susurró al oído: - Dinos.

-Pos bueno, que he oído decir que... que sí. Vamos, que hay bastante suboficiales, así, que son bastante....

-¡Bastante qué! – exclamó don Augusto, dando un golpe con el ala del sombrero en la mesa.

-Pos bastante así, mi coronel.

El coronel emitió un gruñido. -¿Qué estás diciendo, joder? ¿No puedes hablar claro, hombre?

Perchero tragó saliva. Parecía haberse vuelto autista. Beltrán se le aproximó de lado, sonriente.

-Nos han hablado muy bien de ti, Roque, te lo estoy diciendo – (le tocó en el hombro) – ¿quieres ser nuestro amigo?

-Sí, señorito, pa servirle.

-Está claro lo que el brigada quiere decirnos – señaló el abogado, volviéndose a sentar- lo que quiere decir es que la mayoría de los suboficiales estarían dispuestos a luchar para salvar a la Patria, ¿no es eso, Roque?

-Sí, mi..., quiero decir que eso es, vamos, que sí.

Sin abrir siquiera la boca ladró el coronel aprobación y, recostándose en la silla, de manera que la hizo crujir, dejó que el otro siguiera con el interrogatorio.

Entre tanto Gonzalo llevaba a cabo su labor. – Pero hay entre ellos algunos – preguntó -entre los suboficiales, quiero decir, de los cuales ya no estás tan seguro, ¿es eso?

Perchero suspiró. – Pos bueno – dijo – yo... - Y se paró en seco.

-No te preocupes, hombre – le reconfortó Beltrán, usando un tono verdaderamente paternal -, si ya lo sabemos todo. Y descansa, que no vas a estar ahí toda la noche en posición de firmes. – Miró al coronel.

El cual dijo, a media voz: - En su lugar, ¡descansen!

-Gracias, mi..., quiero decir que muchas gracias – murmuró Perchero, pasándose el puño por la nariz, como un niño a quien le cuelgan los mocos. Con la otra mano continuaba sosteniendo el pijama.

Sintió otra vez la mano del señorito en el hombro. Le vio sacar unos papeles del bolsillo de la americana. –En suma – iba diciendo Beltrán -, que quisiéramos que eches un vistazo a esta lista. ¿Sabes de lo que se trata?

-Yo... yo creo que sí, m..., señorito – titubeó el brigada, temblando -, es decir, que creo que sí.

-¿Sabes leer y escribir? – preguntó el señorito, pasando la lista al brigada.

El cual rio tímidamente. – Pos bueno – dijo, bajando la cabeza -, pos leer sí... pero escribir, pos así así, un poquico.

-Tendrás que poner más afán en ello. Lee esos nombres. ¿Les conoces bien, no? ¿Qué piensas de ellos?

-Los brigadas, señorito, todos muy de derechas, muy por.. por la Patria, por la Religión y por la Santa Tradición.

-Y, de los sargentos, ¿qué nos dices?

-Pos... pos de éstos ya hay más que hablar – reportó el brigada -, que se ha metido últimamente mucha cizaña entre el buen trigo.

-Explícate.

-Pos bueno, ¿cómo les diría yo? Pos así, ya sabe, mucho malo con eso de la Ley Azaña.

-¡Pollas! – murmuró muy quedo el coronel -, no te andes con rodeos.

Perchero estaba sudando. Había comprendido al fin el porqué de la visita. Querían que traicionara a sus compañeros de armas, hombres de su misma clase

social que habían creído (como él mismo en un principio) en la República y el Frente Popular.

Gonzalo Beltrán, más diplomático que don Augusto, volvió a acercarse al brigada, y pasándole el brazo por el hombro, señaló: - Vamos a ver. Desde el punto de vista de un suboficial como tú, que ama y honra a España, ¿crees tú que hay entre **éstos** alguno que no merece nuestra plena confianza?

Perchero, que tenía la lista en la mano a distancia, como si le quemara, no pareció comprender.

-¿Algún que otro rojillo? – clarificó el abogado.

-Bueno, rojo... tanto como rojo.... Eso ya no sé.

-¿Entonces, qué? Suelta lo que sepas. Sin perjuicio naturalmente de que te enteres luego a fondo y nos des un informe completo.

Comprendió Roque que no saldría de la dificultad si no hablaba de alguno de los mencionados en la lista. – Bueno, pos - titubeó – pos... que Higinio Valdano me parece a mí que...

-¡Vamos!

-Pos que me parece a mí... pos que una vez dijo que Azaña era un peazo pan, de eso estoy seguro.

-¿Algún otro?

-Pos bueno... pos algún otro... pos Salustiano Gómez que tie un hermano socialista, por eso. Uno de éstos de la UGT.

-Lo sabemos. A ver, ¿quién más?

-Bueno, pos quien más, eso si que ya no lo sé. Claro que a lo mejor Carmelo Díez, que dicen que si es un poco así.

-¿Qué quieres decir?

-Pos bueno, pos un poco... uestez ya me entiende.

-Que vas a vigilarle, ¿no?

El pobre brigada asintió con la cabeza.

-Está bien – continuó Beltrán - ¿Tú has entendido lo que te hemos estado diciendo?

-Sí, señorito, sí que comprendo. Es decir, que veré poco a poco, como usted dice, pos cómo son cada uno de ellos..., ya me comprenden. –completó el brigada, sonriendo como un idiota.

Pero la sonrisa se le heló en los labios cuando el coronel añadió en un leve susurro, levantándose: - De todas formas la tarea fundamental que tú, con ellos, habréis de ejecutar es la tropa: ya sabes, diezmar, - alzando la mano derecha y apuntando con el índice a la sien -, al menor murmullo colectivo... ¡pun, pun!

Ya iba a decir algo el brigada cuando le interrumpió el letrado, diciendo: - Olvídalo. ¿Quieres hacerte del Movimiento? - Y extendió en la mesa unos papeles.

Perchero echó una ojeada. En grandes caracteres aparecían las palabras FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS. La idea de adherirse a la Falange le dio miedo. Una cosa era traicionar en secreto a sus compañeros, y otra muy distinta adherirse formalmente a un alzamiento que podía fallar, conduciéndole con ello al paredón.

-¿Qué esperas? – oyó que decía Gonzalo, autoritario.

-Déme usted ese papel – respondió al fin, muy pálido.

Beltrán le dio la instancia. Sacó el brigada un tintero y plumilla. - ¿A dónde se firma esto, señorito? – exclamó con voz de súplica.

El coronel había empezado a pasearse por la habitación, el sombrero en una mano, los guantes en la otra, murmurando entre los dientes. Contempló unos instantes un cuadro muy ordinario de la Última Cena, luego se puso las gafas y miró a Gonzalo, impaciente. Aconteció que el brigada, que estaba temblando como el azogue, cayó un borrón en la instancia al hacer la rúbrica.

-Perdóneme, señorito, ¿quiere que haga otra?

-No, no hace falta – contestó el abogado, metiéndose la instancia en el bolsillo, al tiempo que miraba con desprecio al suboficial.

-Ya les he dicho – decía el pobre Roque, muy humilde -, que a mí llévenme a donde haiga caballos y para hacer que los reclutas limpien las cuadras, pero que de... libros y esas cosas.... No se enfaden.

Pero ya ni el abogado ni el oficial le escuchaban. Habían salido los dos al pasillo y estaban abriendo la puerta de la escalera. Salió el brigada corriendo detrás de ellos, dijo un par de veces ¡A sus órdenes!, y luego de haber atrancado la puerta, dio media vuelta, y apoyándose desmayado en ella empezó a soltar tacos como un carretero. '¡Pollas en vinagre! ¡Pollas en vinagre!' Era su expresión favorita, una manera de exorcizar el miedo, y que tenía mucho efecto entre los reclutas del cuartel, signo y símbolo de una terrible tormenta.

Algunos momentos más tarde, cuando se metía en la cama, nervioso y tiritando, la Serafina, que estaba más despierta que otra cosa, le preguntó, acercándosele para acariciarle: - ¿Qué querían, cariño?

Roque se había olvidado de su media naranja, a pesar de tenerla allí tan cerca. Así que cuando oyó la voz de la Sera, se agitó como despertando de una pesadilla, y tirándola con saña del cabello, le dijo: - Escucha, Sera, ¡menuda la hostia que te endiño si me los vuelves a mentar! Eso pa empezar. Y enluego, si osaras irte de la lengua y salir por ahí con chismes, contando por un casual que has visto a esos señores o algo así, ende luego que la que te arreo es buena. Como a un conejo te desuello.

## CAPITULO 2

Tentada estuvo Serafina de ir a ver a sus hermanas al día siguiente y pedirles consejo. En efecto, conocía bien a uno, al menos, de los dos individuos que habían venido a aquellas horas a la puerta de su casa avasallando, y sabía que nada bueno podía esperarse de él: era un fascista redomado, y ella odiaba, como todo el mundo, eso del fascismo y la Falange.

Se levantó de la cama llena de pesadumbre. Estuvo dándole vueltas al asunto en el cerebro mientras preparaba el desayuno. Luego vio salir a Roque hacia el cuartel, muy preocupado, y a la niña con su cartapacio yendo a la escuela, y ya empezó a dudar de todo. Se puso a hacer las camas temblando. Tenía miedo de que Roque cayera en una ratonera, y al mismo tiempo no sabía qué hacer para ayudarle: le horrorizaba incluso la idea de hablar con él sobre el asunto, no le fuera a dar una carada.

Salió, pues, aquella mañana, para ir a la plaza, con el miedo en el cuerpo. Bajó por el Paseo Zorrilla hacia el centro, pues solía hacer las compras en el Mercado del Portugalete, donde conocía a los tenderos y volvía a ver a sus amigas y conocidas de cuando vivía en aquella barriada. Además, donde ahora vivía no había ni siquiera un mercadillo, y en las tiendas era todo muy caro.

Al llegar a la Plaza de Zorrilla vio un grupo de gente alborotada delante de un edificio en cuya fachada se leían las palabras DIARIO REGIONAL, y cuya doble puerta de madera estaba medio chamuscada, como si hubiera habido un amago de incendio.

-¿Qué es lo que ha ocurrido? – preguntó a una señora que parecía ser la más alborotada de entre la docena de curiosos.

-¡Ay, mujer! – respondió ésta en un tono desenvuelto, como quien cuenta una historieta -: pues que han querido prender fuego al periódico. Vamos, eso es lo que dicen, que yo no estaba aquí, sabe; que todo esto ocurrió a las tres de la madrugada, me ha contao uno que lo vio, ¿no sabe? Y bueno, que diz que llegaron unos anarquistas, que eso es más certero que otra cosa (que **anarquistas** es lo que dijo el señor que me lo dijo, que pa más señas es vigilante nozturno); y pues que entraron en la linotipia, mujer, y que destrozaron toas las máquinas; y enluego, a la que se iban en un auto, pues que arrojaron los muy dañinos una bomba de mano, pues eso. Y mire usted lo que han hecho.

-Una bomba incendiaria debió de ser – dijo otra señora, que se pasaba de lista.

-Y ¿se ha quemao el edificio por dentro? – Serafina preguntó muy asustada, pues tenía un primo hermano que trabajaba en la linotipia de aquel periódico.

-¡Quia! Pues ¿no lo ve usted que no, que sólo es la puerta? Boba, en seguida vinieron los bomberos. Vamos, eso es lo que me han dicho. No ve usted que es un periódico de los curas – aclaró la que llevaba la batuta de aquel alboroto -. Pues por eso, boba, que los curas todo lo pueden, y los bomberos..., bueno, como diz el refrán, el que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija, ¿no saben?

Un hombre que debía ser vendedor ambulante (por el tablero horizontal lleno de baratijas que le colgaba del cuello) se acercó al grupo y metió baza en la conversación diciendo, filosófico, que eso ya se sabía, que los curas, pues eso; y que habían publicado un artículo en el Diario que echaba pestes de los anarquistas, y que él lo había leído: que decía que en España se puede vivir tanto bajo la monarquía como bajo la república, pero no bajo el imperio de la anarquía, y que los de la CNT eran unos salvajes peores que los cafres de la selva.

-¡Anda! –exclamó la señora que había empezado la narración -. Pues por eso querían quemar el periódico y causaron tanto destrozo, ¿no saben?: que los de la CNT le tienen mucha hinchita a los curas.

Había a la sazón aumentado mucho el número de los curiosos. Hablaron varios de los del centro del cotarro al mismo tiempo, respondiendo a las preguntas de los recién llegados. Preguntaron algunos si había habido tiroteo, otros si había acudido la guardia de asalto, y no faltó quien avanzara la opinión de que ya era hora de que interviniera el ejército para cortar por lo sano.

-¡Oh, no! – exclamó Serafina asustada - ¿Pa qué va intervenir el ejército?

-Pues sí – dijo alguien -, como aquí diz, para sacarnos de la anarquía, que otra cosa no es.

-La anarquía en que vivimos, claro que sí, que eso es lo que diz mi marido, el caos y la anarquía, y que no hay razón como la del bastón.

-Eso es, que los refranes todos trabajan, ¡bien dicho!

-Esto indefectiblemente nos lleva a la guerra civil – dijo sentenciosamente un caballero que tenía cara de mal agüero.

-Pues no lo crea, señor – dijo la sabionda número uno -. No les digo que aunque yo no lo vi con mis propios ojos lo he sabido de buena tinta (que soy portera ahí, en el número cuatro), y que me han dicho que esto fue trabajo de unos simples terroristas, ¿no saben? ¡Cómo va haber guerra civil si nuestro gobierno lo tiene todo muy en mano!

-¡Oiga! ¿Pero no acaba de decir que destrozaron la maquinaria y todo?

-Sí que la destrozaron; pero ya lo arreglarán.

-Y dígame, señora – intervino Serafina -, ¿es que ha habido alguna víctima, sabe usted?

-No, mujer. ¿No estoy diciendo que se fueron en un auto en seguida? No hay más que decir que los obreros... (que ya sabrán ustedes que el Diario, vamos, la linotipia, que tienen todos el turno de noche, pa que salga por la mañana), pues que les dijeron los terroristas que se salieran todos pitando a la calle, y pues que, como les digo, que se fueron todos en seguidita, que perdían los pobres el culo.

-Y ¿ha dicho usted que no vinieron los de asalto?

-¡Anda, los guardias de asalto! ¿Qué cosas pregunta? – contestó la charlatana portera. Y ya iba a añadir algo cuando acertó a pasar por allí un limpiabotas que dijo:

-Sí que vinieron los guardias, claro, pero ya era demasiado tarde, para no perder la costumbre.

-Ya se habían ido todos – corroboró otro señor -, no quedaban ni los bomberos, hombre, cuando llegaron los de asalto. Esos esperan tranquilos hasta la última hora, ya se sabe.

Continuó al cabo Serafina su marcha hacia el Portugalete. Y todo el miedo, toda la angustia que había sentido en las últimas doce horas, desde que abrió la puerta de su casa a esos dos hombres horribles, le subió ahora al cuerpo desde las regiones más profundas de su alma; y no podía con su nerviosismo.

Era una mujer hermosa de treinta y cuatro años, de ojos claros y cabello rubio que le llegaba hasta la cintura. Tenía sin embargo el defecto, como señalaban envidiosas parientas y conocidas, de ponerse en seguida muy colorada de cara, al menor contratiempo o agitación, propensa siempre a achaques de asma y otras alergias. Nada de extrañar era esto, estando como estaba casada con un bestia de hombre como lo era el militar de cuchara Perchero.

Así que iba la pobre ahora tocándose una pupa que le había salido debajo del labio durante la noche, afeándose aún más el cutis, balanceando en la otra mano un cesto de mimbre. No hacía más que cogitar y suspirar.

En la plaza encontró, entre otras, a su prima hermana Dorotea. Aunque había oído que no había habido víctimas en el incendio del Diario, ella corrió a abrazar a la prima, a preguntarla, toda excitada, si le había pasado algo a Santiago. Dorotea, que no sabía nada de incendios ni de que hubiera ocurrido nada en el Diario, se llevó un disgusto gordo.

-¿Qué incendio? – exclamó muy histérica.

-¡Ah! ¿Pero no lo sabes, Doro? – exclamó a su vez Serafina, el rostro cada vez más encendido. Y en seguida, la voz entrecortada, respirando con dificultad, le comunicó punto por punto a su prima todo lo que ella misma había oído a la puerta del Diario Regional.

-¡Ay, ay, ay! – suspiró Dorotea -. Yo voy a verle, ahora mismo voy a la pensión, que es mi hermano, y yo he de ver si le ha pasao algo. Anda, vámonos las dos a la Fuente Dorada, mujer, a enterarnos bien de todo.

-Pero ¿no te acabo de decir que no hubo ningún herido, y que los terroristas hicieron desalojar el edificio primero? Además Santi estará a esta hora durmiendo, ¿no ves?, conque fíjate si le vamos a molestar.

-Pues le dejamos dormir, sí. Pero les preguntamos a tus hermanas, boba, para mayor tranquilidad. ¡Hale, vamos!

-Que no, que no vamos a molestar ahora a Zita, mujer. Que tienen las dos mucho que hacer.

-Tienes razón. Y quizás encontremos a Teo aquí en la plaza en seguida. Y la preguntamos. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Fíjate que disgusto! ¡La de sufrimientos que da la vida!

Su prima hermana todavía añadió algunas palabras que la reconfortaron, y en seguida pasaron a otra cosa, continuando la charla de pie. Pronto se les juntó otra dama, y terminó la conversación en un puro cotilleo sobre las cosas del barrio y las vecinas de unas y otras. Luego se pusieron las dos primas a recorrer las diferentes hileras de puestos: charlaron con los vendedores, probando un albaricoque aquí, una ciruela allá, y así hasta que pasaron a los puestos de pescados, donde metieron los dedos en la agallas de los besugos y gallos para ver si estaban frescos y bajaron las narices hacia las bandejas de chicharros y sardinas, que fue lo que compraron. Y pasaron a otra sección, mirando precios, haciendo preguntas, manoseándolo todo; en suma, haciendo la compra, como ellas lo llamaban.

Hasta que, llenados los cestos, después de haber hecho dos veces el recorrido del mercado, decidieron ambas que era hora de separarse y volver a casa a encender la lumbre y empezar a preparar la comida del mediodía.

Al despedirse, preguntó Dorotea: - Y de Roque, chica, ¿qué me cuentas?, que no he tenido tiempo ni de preguntarte, ya ves.

-Pues Roque bien – contestó Serafina sin mirar, como evitando la pregunta.

-Te pregunto porque, como le hicieron brigada que apenas le he visto, chica, desde entonces, pues que estará más ocupado, ¿no?

-Eso sí, que está más en el cuartel; pero yo no sé de sus cosas; no me cuenta nada, vamos, que nunca habla de lo que... bueno, de lo que hace o no hace, ¿sabes? – tartamudeó Serafina, y Dorotea notó que se le había atravesado a su prima un nudo en la garganta.

-Pues lo mismo digo yo del mío, chica, que hace lo que quiere – declaró Dorotea sin mover pestaña -. Debajo del Señor, el hombre es el que propone, que bien lo dice el refrán, ¿no? Y la mujer casada la pata quebrada y en casa; y nosotras las mujeres a no meternos en dibujos. Y si quieren hacer de la política, que

la hagan. Yo, a coserme la boca y obedecer, que luego Dios dirá. Que tarde o temprano todos tenemos que dar cuenta a Dios de nuestras aziones. Así que, ¿para qué inmiscuirse en lo que hagan o no hagan nuestros maridos? Mejor no meterse donde no le llaman a una. Pero eso sí, te digo que en la política no he de meterme yo, te lo digo de todo corazón.

### CAPITULO 3

Santiago Platero iba a celebrar su alternativa el día de la Virgen del Carmen al lado del famoso Bienvenida. Pues, además de linotipista, era Santiaguillo un magnífico novillero, y estaba esperando a hacerse torero para dejar definitivamente su puesto en el Diario Regional. Lucio y Dorotea habían estado esperando el momento de la alternativa con gran ilusión, y desde luego que iban a ir a la Plaza de Toros a verle.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Aconteció que precisamente el día antes de la corrida recibió Lucio el encargo de hacer doce sillas para una agrupación obrera que iba a celebrar un mitin el domingo diecinueve de julio. Puesto que no estaban las cosas como para desperdiciar encargos, se puso el hombre a trabajar inmediatamente, y ¡adiós toros! Y Dorotea tuvo que conformarse con ir a ver salir a su hermanillo del piso de sus primas Zita y Teodosia, que era donde se alojaba el novillero.

-Hay que ver lo guapísimo que está. Chicas, no me digáis, ¡que le sienta el traje de luces, ay, de maravilla! – todo se le volvía decir, contemplando al futuro matador, que, con ayuda del apoderado se acababa de poner la chaquetilla.

Unos momentos más tarde bajaron la hermana y sus dos primas a decir adiós al mozo según se dirigía con otros a la plaza en un coche engalanado tirado por dos caballos. De vuelta al piso, se sentaron las tres mujeres en bajos taburetes, junto al balcón, con la costura a la mano; pues Zita y Teodosia se ganaban la vida (aparte de lo que sacaban de los huéspedes, que eran dos) cosiendo para las señoras de la vecindad.

Sentado en un rincón, fuera de la corriente, delante de una mesa camilla, se hallaba el tío Hipólito, haciendo solitarios con un paquete de naipes pringosos y llenando aquella parte de la sala de un asqueroso olor de tabaco de pipa.

De vez en cuando volvía Dorotea la mirada hacia la sala, dando un par de gritos con voz aguda, desagradable: - ¡Lucito! ¡Feli! ¡Venir aquí! ¡No os mováis! ¡Estaros quietos! ¡Virgen Madre!

Y cuando, obedeciendo sus mandatos, se le acercaban los niños, continuaba con voz quejosa, mientras les limpiaba los mocos: - Te quitan la vida, los hijos. Ya lo decía la abuela, la pobre, ¡cría cuervos, que te sacarán los ojos!

En seguida los mellizos se pusieron otra vez a dar guerra. Entraban en la alcoba de Santiago, que estaba separada de la sala comedor tan sólo por una espesa cortina negra apolillada, y vuelta a las andadas.

-¡Ya veis otra vez! – gritó la madre-. Ahora subiéndose a la cama del tío. Siempre dando guerra. ¡Qué hijos! Como para caerse y romperse la crisma. Os

digo que me tienen frita. – Se levantó del taburete, y arrastrando a los mellizos, los volvió a sentar junto a la pared -. ¡Ahí, estaros quietos! Y no refunfuñes, Feli.

Pero como si nada. Los niños no se estaban quietos ni por esas. Tenían seis años, y a esa edad no es fácil sentarse sin hacer nada.

-¡Mírales otra vez! Ahora a meterse con el tío Hipólito. Dejar al tío en paz, que él no se mete con vosotros ¡coña! ¿Me oyes, Lucito? Ven aquí, ven aquí inmediatamente.

-Sí, mamá.

-¡Feli!

-Bueno, mamáita.

Dorotea volvió a levantarse y a cogerlos por los brazos, uno a cada lado. Esta vez los sacó al balcón, a ver si se entretenían mirando la gente.

-Si os levantáis de ahí, no sé de lo que soy capaz – les advirtió, dándoles un coscorrón a cada uno-. ¡Oy, madre, le marean a una estos críos!

-Déjalos, pobres criaturas, ¿qué daño hacen? – dijo la buena de Zita -. Y si quieren ver a padre haciendo solitarios, pues que le vean. Poco le pueden molestar ya al pobre. Está como una tapia.

Los mellizos debieron encontrar algo interesante en la calle, pues permanecieron callados por un rato; y al cabo pudieron las tres mujeres reanudar la interrumpida charla.

-Este Agapito mío – iba diciendo Zita en un tono triste y desconsolado -, siempre metido en política. Acabaré volviéndome loca. Te digo que anoche no logré pegar ojo. Pensaba que, ¿y si le pasa algo? Sabes, cada vez que oigo un ruido en la escalera pienso: eso es alguien que viene a decir que le ha pasado algo. Como está siempre en todos los barullos. Ya visteis lo que le pasó a Ferrer. Cada noche hieren o matan a alguno. Ya os enterasteis del asesinato el domingo del teniente ese republicano, y luego de ese jefe monárquico en Madrid, Calvo Sotelo. Cada día todo peor. No lo puedo soportar más, Doro, ¡estoy de unos nervios! – se echó a llorar de repente, llevándose un pañuelo a la cara. Llevaba el pelo corto, suelto y cayéndose en parte por la frente según cosía. Aunque no tenía más que treinta y un años, abundaban ya en su cabello las hebras de plata.

-Chica, ¿qué adelantas con desvelarte así? – le contestó Dorotea -. Anda y que le zurzan, bobina. Que te vas hacer vieja en dos días; y luego pa que se vaya él con otra. Que él bien joven y fuerte que está, a pesar de todo. Que parece que no pasan los años por él.

-No digas eso – respondió Zita entre dos hondos suspiros.

Continuaron las tres cosiendo por un rato. Excepto por los periódicos gritos discordantes de Dorotea a sus hijos, todo en la sala era paz y quietud. El anciano seguía en su rincón, chupando en silencio su pipa, cogiendo una carta del montón, mirándola por un rato, contemplando después cada una de las filas de la mesa, y depositándola en fin en una de ellas, para después de unos instantes de completa inanición volver a empezar.

-Es lo mismo con mi Lucio – dijo al cabo Dorotea – que nos tropezamos el otro día en la Acera con mis parientes, los Beltranes, y él ni siquiera dijo ¡Adiós!, y todo porque es él falangista, fíjate. ¡Bendito sea Dios! Lucito, siéntate, que te vas a caer a la calle, ¡vaya! Y ahora, ¡mírales!, metiéndose con los tiestos.

-Feli – dijo Teodosia cariñosamente, no me rompas los geranios, guapina.

-Dices, siempre metiéndose donde no les llaman, estos hombres – reanudó Dorotea la interrumpida charla -. ¡Ay, Señor, que zascandiles!

-No digas, Doro, maja – interpuso Teodosia -, que tu Lucio es diferente. Que a nuestro Agapito parece que le gusta, mujer, meterse donde hay jaleo. El otro día dicen que hubo un altercao en el Paseo Zorrilla con unos cadetes de caballería... a causa de unos albañiles, que los insultaban, fíjate, que a él ni le iba ni le venía.

-Siempre está defendiendo a alguien. No sé cómo se apaña – dijo Zita, sin levantar los ojos de la costura -. Os digo que pa vivir así es mejor no vivir.

-¡Ay, chica, no digas eso! Que te va a castigar Dios – replicó Dorotea. Se le había contagiado el nerviosismo de la otra; pero en su caso, en vez de depresión, iba aumentando el mal humor -. No te pongas así, rica, que no le pasará nada; y si le pasa, él se lo ha buscado. Ya verás, boba, ¿qué adelantas con llevarte malos ratos?, que Dios aprieta y no ahoga; ten fe en El.

-¡Madre, cómo os ponéis! – exclamó Teodosia, que era más joven que las otras, y por lo tanto más optimista -. Parece mentira, Doro. Y tú, Zita, que no hace tanto que hablabas tan contenta del Frente Popular y todo, y cómo se iban arreglar las cosas. Que no es que yo lo invente, que hasta decías que Agapito que iba entrar en los ferrocarriles y que pronto ya que os podríais casar, rica. Y ahora vienes con ésas.

-No sé, no sé – murmuró Zita, meneando la cabeza -. Si yo no sé lo que ha pasao de un tiempo a esta parte que todos esperan algo malo, y que dice Agapito que el ejército está preparando una sublevación; y dices, maja ¿pues cómo no me voy a poner así?

## CAPITULO 4

La conversación continuó en esta vena por un buen rato. Hacia las siete vieron llegar a la plaza un automóvil negro que se paró a la entrada del callejón. Y cuál no sería la sorpresa de las tres mujeres al ver bajar de él a Santiago, ayudado por dos hombres, uno de ellos el apoderado. Se precipitaron al balcón, a tiempo de ver pasar a los tres hombres a sus pies, entrando en los soportales.

Al instante corrieron las tres a la escalera, donde ya subían los otros como arrastrándose en fila india, ya que la escalera no daba para más.

-¡Maldita sea! – chilló el apoderado, que es el que venía en cabeza, sosteniendo al torero por un sobaco - ¿pero no veis que no podemos pasar, brujas, más que brujas? Que no servís más que pa estorbar. ¡Mujeres!

Retrocedieron éstas dando aullidos desesperados, pensando que el muchacho estaba mal herido. Abriéronse ellos camino y procedieron hacia la alcoba del herido, donde lo depositaron, extendiéndole en la cama, que era de las altas. Y salieron los dos del piso sin molestarse siquiera en decir adiós.

Zita corrió a la cocina a preparar una taza de manzanilla. Las otras dos entraron en la alcoba, seguidas de los asustados mellizos.

-Lo que nos faltaba, ¡bendito sea el Cielo! – exclamó Dorotea, arrodillándose - ¿Qué te ha pasao, Santi, hermoso?

-No es nada – respondió él -. Tengo una pierna magullada. Debí herirme al saltar la barrera.

-¡Ay, ya lo veo! Es la derecha, ¿no? – miró al hermano, y le vio como un fulgor extraño en los ojos.

-Doro, soy un fracasado – le oyó decir - Un fracaso rotundo.

-Cálmate, hermoso, que Dios aprieta y no ahoga. Pero chico, ¿de qué fracaso hablas? Si has estado siempre subiendo.

-No. Nada me ha ido bien últimamente.

-Pues no es eso lo que yo he oído. Que eres muy hábil; hasta los grandes toreros lo han dicho.

El no respondió. Dorotea se volvió a su prima: - Teo – pidió -, llévate a los niños a la cocina, ¿quieres? – luego se inclinó otra vez sobre el hermano, sentada ahora en una silla -. Dime, Santi, ¿qué ha pasao? Cuéntame.

-Doro, ¿te acuerdas de aquel verano... en Tordehumos?

-¡No me voy a acordar!

-No sé si recordarás.... Había un hombre..., un antiguo mozo del tío Urbano.

-Sí. ¿Por qué te paras?

-Justino Alvarez, ése es. Un amigo del primo Domi. Un patán, dirás tú. Pero te garantizo que yo le oí hablar y es... formidable. Parlé con él varias veces después.... -Se paró, cerró los ojos, como pensando -. De todas las maneras, para mí ya todo es lo mismo.

-Pero ¿qué es lo que dices? Explícate. Me vas a volver loca.

-Tengo mucho miedo.

-¿De qué?

El no contestó. Sus ojos, grandes como los de la hermana, parecían muy hundidos, lo que daba a su larga cara una expresión un tanto cadavérica; cuanto más que ya empezaba a faltar la luz en el aposento.

-¡Ahora sales con que te dan miedo los toros! – continuó la hermana -. Rico, a buenas horas mangas verdes. Pues vaya un papel que vas hacer. Haberlo pensado antes, majo, y te quedas en la linotipia toda la vida.

Santiago cerró los ojos un instante y emitió un débil gemido. Luego trató de auparse un poquito.

-Déjame que te ayude – ofreció Dorotea, alzándose de su silla.

Cuando volvió a sentarse, su hermano le dijo: -¿Sabes lo que pensé, quiero decir... esta tarde, según salía con la cuadrilla?

-No, ¿cómo lo voy a saber? ¡Dime!

-Ya sabes, Doro, cómo había esperado este... - (sonrió escéptico) – gran momento. Los periódicos iban a hablar de mí. A la puerta de la fama, como quien dice. ¡Los millones que iba a ganar!

-¡Y los vas a ganar, Santi, te lo prometo! Has de ganar muchos cuartos.

-Pues me dije de repente – continuó él, sin hacerla caso - ¿y para qué?

-¡Qué cosas tienes, Santi, pos pa qué sirven los cuartos! Para mucho, Santi hermoso, y si tú no los quiés, pos dámelos a mí, que en mi casa falta mucho de todo. Tú a torear, majo, y no te hagas preguntas, quel querer saberlo todo es ir contra el Señor.

-¿A torear? – suspiró el hermano, muy cansado -. Ya te he dicho que para mí eso se acabó.

-¡Jesús, José y María! ¿Te has vuelto chiflao o qué? Anda, espabila, majo, y a lo tuyo, al toreo – volvió a decir la mujer – y verás qué pronto te encuentras otra vez con ánimos.

Santiago no la escuchaba. – Esta tarde, cuando miraba a mi alrededor – susurró – no sabes el horror que sentí aquí dentro.

-Eso pasa. Pronto te habituarás. Todos tienen ese miedo.

-Ese gentío... rugiendo como animales.

-Hijo, cualquiera diría.

-No sé por qué me puse a pensar en el pueblo, en el Justino ése. El día que le vi por primera vez... acabábamos de salir de misa, los tíos y yo...

-Continúa – suspiró la hermana, inclinándose interesada.

-Y yo me quedé escuchando.

-Sí, dime.

-Hay un viejo en el pueblo... un cabrero.... Pues eso, que como yo estaba oyendo al Justino ése, va el cabrero y me dice, 'Novillero, haz como ése, y no derroches tu energía matando toros' – (suspiró hondo) -. Y... pues eso mismo me vino a la mente al entrar en la plaza esta tarde.

Acababa de traer una taza humeante la Zita, dejándola en la mesilla de noche.

-Toma, guapo, bébete esta manzanilla que ha traído la prima – dijo Dorotea.

-Ya, deja – dijo el joven, sorbiendo un poco -. Gracias. No, deja. No más.

La hermana retiró la taza, y él se volvió a tumbar.

-¿Quieres que te diga una cosa, Dorotea? – empezó él, débilmente.

-Dime – contestó ella, asustada.

-Pero no se lo contarás a nadie, ¿eh?

-Sí, Santi. A nadie. Te lo juro. Cuéntame.

-¿Recuerdas cuando intentaron prenderle fuego al Diario?

-¡Cómo no! Menudo susto que me pasé cuando me lo contó Serafina, que ella en seguida se enteró. ¿Qué te voy a decir? Pos que temí que te hubiera pasao algo grave, conque fíjate.

-Fueron unos anarquistas de la CNT – dijo él, bajando la voz -. Reconocí a uno de ellos. Di, ¿conociste tú a un tal Emiliano, otro de los alumnos de caridad en las Escuelas Pías, que era así de mi edad? - (Dorotea no respondió) - Sí, Doro, si lo tienes que haber visto. Te acordarás de un chico moreno, delgado él, que venía mucho conmigo, aquel último año. Luego ya no le volví a ver.

-Ahora caigo. Muy moro él.

-Claro, hombre, pues él era uno de ellos. Le reconocí a pesar del antifaz.

-Y ¿a santo de qué me cuentas tú todo esto?

-Pues que me vino la idea esta tarde – contestó Santi, pensativo -. Doro, ¿tú sabes por qué hombres como Emiliano se juegan la vida así?

-No sé. Pos porque están chiflaos debe ser.

-Chiflados estamos todos. Te creerás tú que derrochar energías..., arriesgarse la vida lidiando toros no es estar loco.

-¡Santi! No dirás que vas ahora hacerte pistolero.

-No digas sandeces – hizo él una pausa -. Pero eso sí, hermana, que no hago más que pensar que qué les mueve a dar la vida así. Por encima de la superchería de los que solamente hablan, ellos... a la acción, quieren cambiar las cosas.

-Tú si que estás diciendo un atajo de sandeces, sandio, más que sandio, ¿qué quieres tú que cambie?

-No sé – suspiró Santiago -, la sociedad.

-¿La sociedad? ¿Qué quie decir eso? ¡Oy, Santi, si tú no eras así! ¿Quién ha andao metiéndote esos pájaros en la cabeza? Tú a lo tuyo, hermoso. A ver si vuelves a los toros y a ganar dinero. Y déjate de pensar, ¡que piensen otros!

Sintió Santiago de repente una nausea incontrolable. ¡Los toros!, ¡dinero! Había empezado la tarde temblando de miedo y ni siquiera el dineral que había de ganar toreando habría de quitarle de la mente ese miedo. Lo sabía. La idea del toro saliendo del redil, hermoso y resoplando con fuerza, y esos millares de ojos contemplándole endeble y extenuado, las voces, las llamadas, los insultos, los rugidos.... Cerró los ojos: todo le daba vueltas. - ¡Doro! – gritó, doblando la cabeza hacia el suelo.

La hermana abrió la portezuela de la mesilla de noche, sacó el orinal; y él, convulsionándose, comenzó a vomitar.

Según salía Dorotea de la alcoba, el orinal en la mano, vio al tío Hipólito que, apoyado en la cachava, contemplaba al sobrino con ojos atónitos, asustadísimo.

-No es nada, tío – le gritó al oído -, usted no se preocupe, ¿qué adelanta?

El anciano se estiró un poco, temblando, abrió la boca, vacilaron los trémulos labios y salió una especie de babilla amarilla que le escurrió por los lados de la barba.

## CAPITULO 5

Anocheecía ya cuando salió Dorotea a la calle, llevando de la mano a los dos hijos. En la Calle de las Angustias tropezó con la señora Amparo que corría con otras mujeres, todas ellas muy alborotadas.

-¡Qué pasa? – preguntó.

-Pero hija, ¡tú dónde andas! ¿No te has enterao?

-Pos ¿de qué?

-Pos que la Antigua está ardiendo, ¡la otra!

-No me diga. Espéreme, que voy con ustez. Vamos, daros prisa. ¡Qué críos!

Llegaron a la Plaza de Santa María la Antigua, que estaba llena de gente. Allí se enteraron de que alguien había rociado de gasolina el inmenso portón, prendiéndole fuego. Una multitud de curiosos se amontonaba a una cierta distancia de la iglesia; y en primera línea, algo separados de la audiencia, había una docena de mendigos haraposos que se reían y hacían gestos indecentes.

-Son los pobres de la iglesia – dijo una señora - . Míralos pa lo que piden limosna, pa emborracharse.

-Lo mismo son ellos los que han pegao fuego a la iglesia – comentó la señora Amparo, chupándose las encias como un simio.

-Quite usted, ¿cómo van a ser capaces? – respondió Dorotea.

-Mujer, siempre están por los alrededores – añadió alguien -. No se les hubiera ocurrido incendiar así una iglesia.

-Claro que no fueron ellos los que la incendiaron

-Serían los anarquistas.

-Esto ya clama al Cielo quienquiera que haya sido, ¡ay, Señor, Señor!

De súbito cayó con gran estruendo al suelo una de las alas de la vieja puerta y el fuego se propagó hacia el interior del templo. Uno de los mendigos, un viejecillo de cara alegre abotargada, entró corriendo y volvió a salir, todo sonriente, con la imagen de Cristo Crucificado.

-Es una ofensa a Dios intolerable – chilló un hombre seco, respetable, probablemente funcionario público -. Son enemigos del orden y de la raza humana los que así actúan.

Los mendigos entre tanto bailaban. Había algo alegórico horrible en esa danza macabra: ¡el Señor en las alturas, y aquí en la tierra la Libertad, y el Fuego que todo lo iguala!

Una viejecita de entre los mendigos, que se había metido la zarpa bajo la saya, corrió con un dedo la goma de la braga y, abriéndose bien de piernas, chorreó por un rato como una pollina.

-¡Mírenles! – volvió a gritar el funcionario público -. Y con la imagen del Señor en medio.

-¡Nada menos! El Crucifijo en la mano de ese pordiosero.

-¿De dónde lo habrá sacao el mamonazo?

-¡Anda que de donde!

Otros mendigos entraron igualmente en el templo y a los pocos momentos salieron cargados de objetos sagrados y ornamentos de culto. Uno de los más andrajosos, que llevaba una casulla dorada, se puso a administrar a sus comparsas el Santo Sacramento, y una mujer gorda, muy borracha, se arrodilló ceremoniosa delante de él, abriendo la boca y sacando la lengua para recibir a Dios.

Se oyeron gritos de indignación, todos al mismo tiempo: '¿Qué haces, bribón?' 'Zorra, ¿te has confesao?' 'Esto es el colmo.' 'Y ahora pisoteando las Sagradas Formas' 'Esto ya pasa de castaño oscuro.' 'No, si España ya se sabe.' 'Hemos llegado a lo más bajo de todo el género humano.' '¡Como bestias!'

-¿Es que no está por ahí el señor cura? – se volvió a oír al funcionario.

-¡Madre, el señor cura! ¡No hace tiempo que salió pitando!, ¿pues en que mundo vive ustez?

El guarro de la casulla no acertaba a meter la hostia en la boca de su embriagada compañera, lo cual produjo gran hilaridad entre los espectadores.

-¡La puta que la parió! ¿Pero cómo va eso a comulgar, si está como una cuba?

Hubo un estallido de risa.

-¡Eh, tú, gordinflona! ¿Te has confesado, por si acaso? ¡Fea, más que fea!

De nuevo sonó una carcajada general.

-¡Que uno tenga que ver esto! – dijo un hombre en la primera fila.

-No, si nos tiene que castigar Dios – argumentó una señora de postín - ¡ay, qué escenas! ¡Si no hay quien lo aguante!

-¡Estas blasfemias! ¿Es que no va a hacer nadie nada?

-Oiga, ¿ha llamado alguien a los bomberos?

-Vaya usted a saber.

-¡Pero hombre, hombre! ¿Hasta cuándo vamos a soportar todo esto? Y aquí uno sin hacer nada.

Un recién llegado le preguntó a la señora Amparo: -Y ¿quiénes son estos tipejos, sabe usted?

-Sí, mujer, son bien conocidos, los pordioseros de Santa María. Siempre están por aquí dando la lata, que la marean a una.

-Yo siempre les doy una perrachica – dijo otra -. Hacen vida ahí en el pórtico.

-Así está que apesta todo esto. Hay que ver qué de porquerías, ¡Lo que comerán!

-La verdaz, es como para caer una enferma.

-Pues yo, menudo me lo estoy pasando – dijo un guasón que parecía conocer a todo el mundo -. ¡Eh, Pacorro! – le gritó al de la casulla -, báilate un pasodoble.

Los pordioseros en efecto no habían cesado de danzar y hacer piruetas. El tal Pacorro parecía haberla tomado ahora con una imagen de la Inmaculada; giraba, abrazándola y, al tropezar con la casulla, cayó de bruces al suelo.

-¡En, tú! – gritó de nuevo el guasón –, ¡más respeto! ¡Hostia!

Y casi al mismo tiempo una ancianica piadosa preguntaba: - ¿No va a impedirles nadie que continúen estas profanaciones?

-Razón tiene, abuela – dijo un alma de buena fe.

Otros muchos se contentaron con chillar: 'Desgraciado ¡para, ya!' '¡Cabronazo, Pacorro! A ver si voy y te endiño una buena, pa enseñarte un po de respeto.' '¡Así te mueras!' 'No, si esto no pasa más que en España, ¡somos todos unos salvajes!'

El pordiosero ya se había levantado, y sosteniendo todavía la imagen, se aproximó a los espectadores, tambaleándose. Y en seguida, de la indignación se pasó a la carcajada general. '¡Maricón, no te acerques, que infectas!' 'Mira, la otra, como baila alzando la pata, ¡a que nos va a enseñar el coño, la jodida!' '¡Tápate el objetivo, nena, que no necesito retratarme!'

Hasta que cayó extenuada, la pobre, a la misma entrada de la iglesia, donde el portón ardía en ascuas. Se oyeron chillidos de dolor.

-Se está abrasando viva – alguien comentó.

Y en seguida los guasones: '¡Guapa, deja que te se chamusque bien el ano!' 'Vamos a tener cochinitillo asao pa la cena.' '¡Son gente mal criada, que se mueran !

El de la casulla se acercó a su compañera, y empezó a tirarla de la pierna; y todos al mismo tiempo gritaban: '¡Tú, déjala!' '¡No te giba!' '¡Que se ase viva, por guarrona!' '¿Tú a qué te metes donde no te han dao candil?'

Y de repente un grito espeluznante de horror: - ¡¡Cuidado!!

Se había desprendido una viga, que estaba sosteniendo algo en el atrio, la cual cayó ardiendo al suelo: salió asimismo una espesa humareda. Y se oyó un par de gemidos prolongados, apagados en parte por el ruido de la mampostería al caer.

Un instante más tarde, se oyó el ruido de un motor, y una sirena. Aquello fue pandemónium. En un momento la plaza se transformó en algo así como un hormiguero que hubiera sido sacudido por una fuerza superior. La gente corría en todas las direcciones en la más completa confusión, gritando: '¡Vámonos, que vienen los guardias!' '¡Deprisa!' '¡Ya están aquí, ay, Dios mío, ya están aquí!' Se oían en efecto los motores, las sirenas, el galopar de los caballos en los adoquines de la calzada.

Ya hacía tiempo que había oscurecido. Dorotea y la señora Amparo salieron corriendo casi a ciegas, en dirección de la Calle de las Angustias.

-¡Ayúdeme, señora Amparo, no se vaya! Agarre a mi Lucito.

-¡Pos hale! Venga, hija, que se nos echan encima.

-Corre, Lucito. Ven aquí, Feli. ¡Corre! ¡Corre!

## CAPITULO 6

Entraron los cuatro como una tromba en la ebanistería, al tiempo que se oía una descarga como de fusil ametrallador. Siguió un horrible y prolongado aullido de angustia, un grito inhumano colectivo de hombres o fieras, implorando al Altísimo, cuya casa estaba ardiendo, que instalara de una vez para siempre la paz y la concordia entre los humanos.

Lucio, el cigarro en la boca y un pliego de lija en la mano, estaba dando los últimos toques a la pata de una silla, mientras que Ferrer y Agapito, sentados en sendos taburetes, platicaban de política.

-¿Ha... habéis... oído? – preguntó Dorotea, fuera de sí y sin aliento -. Ha... han... quemao la Antigua.

Al instante Ferrer, muy pálido, se puso de pie, golpeándose nervioso la palma con un pedazo de madera que sostenía en la otra mano. - ¡Vaya! – dijo entre los dientes.

Agapito, que estaba mirando de reojo a su camarada, articuló: - Otra provocación de los facciosos.

-De facciosos, nada monada – canturreó la señora Amparo -. Ahí vas bien errado, mono. Nada de provocaciones. Haber ido y lo hubieras visto con tus propios ojos. Fueron los mismos pordioseros de la iglesia, pa que te enteres. Que vergüenza les debería de dar, quen lugar de besar la mano que les da el pan, van y lanzan piedras contra su propio tejado. Que sólo los idiotas hacen eso. ¡Al pan pan y al vino vino! ¡Ay, si mi Ricardo, que gloria haya, hubiera vivido pa ver esto, él que tanto estaba por la república! - Y habiendo cogido carrerilla, se embolsó sin dar a nadie la oportunidad de meter baza -; y dígame ustez – preguntó a Ferrer, pasando de largo al carbonero -, usté que to lo sabe, ¿quién tie la culpa de to lo que está pasando, sino quien yo me sé? Que los pobres ¿a qué se meten en nada? Mire, pobres siempre los ha habido y siempre los habrá, a ver si no. Y ¿quién les mete así los perros en danza pa nada, eh? ¿No lo sabe? ¿Quie que se lo diga? La culpa la tienen esos anarquistas o comunistas que incitan así a la gente a que quemen las iglesias y destruyan así la propiedad ajena. ¿Lo oye? Que como yo digo, mujer, ¿cómo se iban a atrever así unos mendigos a incendiar Lantigua si **otros** no hubieran sembrado cizaña? A ver si no tengo yo razón.

Ferrer oyó esta tirada en silencio, la incredulidad reflejada en los ojos. -¿Cómo puede nadie decir tales cosas? – dijo al fin, cortándole a la anciana, que por su gusto hubiera continuado hablando -. ¿En qué cabeza cabe que los mendigos hayan prendido fuego a la iglesia?

-Pos los facciosos, como aquí dice, tampoco - silbó la vieja como una víbora -. Eso se lo digo yo.

-¿Cómo lo sabe? – preguntó Agapito.

-Pos porque los fanciosos éstos no queman las iglesias; ni ésta ni ninguna. Y si quies saber por qué, pos tamién te lo digo, que al que quiere ver no le hace falta candil.

-Diga, abuela – le respondió el carbonero, muy humilde; miró a Ferrer, buscando aprobación -, díganos lo que sepa; si es que pue saberse, digo yo.

-Sí que se pue saber, hijo, no faltaba más – contestó la anciana -. Lo que me estraña es que vosotros no lo sepáis, patanes, que sois unos patanes. Pero ¿es que entavía no os habéis enterao, ¡tontos de capirote!, que las iglesias son los lugares predilectos donde están amontonando armas y municiones esos que llamáis fanciosos? No me digas, la verdá...

-Bueno, bueno – interrumpió Agapito -, si no es más que eso, nosotros ya...

Pero la vieja no se dejó arrebatarse la palabra. Echando con sus ojos de rata una mirada a Dorotea, continuó: - Y sin ir más lejos, ahí enfrente – (apuntando a la calle con sus dedos de sarmiento) – iden de lienzo.

-¿Qué nos cuenta, abuela, qué quiere usted decir, ahí enfrente? – preguntó Ferrer.

-Pos eso, lo que oye. Al buen entendedor... - de nuevo echó la vieja una mirada a Dorotea, llena de significación, y volviéndose al ebanista: - Lucio, dime, ¿es que a ti naide te ha hablao de un arsenal en la casa rectoral?

-¡Un arsenal en la casa rectoral! – exclamó el ebanista, el pitillo aún pegado al labio.

-¿Está usted segura, señora Amparo, de lo que dice? – preguntó el carbonero.

-Segurísima. ¿Y tú? ¡Miau! Vaya un diligente sindical (como lo llamáis) que estás tú hecho. ¡Bah! Si no servís pa nada. Los hombres sois todos iguales. Anda que no estoy yo cansada de verles entrar ahí, los fanciosos, como vosotros decís, y salir cargaos con sus maletines y carteras; ya de cuando vivía mi Ricardo, no os creáis, que no es de ahora. ¡Bah, pa qué hablar! Anda y que os zurzan a todos. Y tú, Doro – añadió con sorna -, cuídate, hija, que menudo el susto que te has llevao. – y murmurando ‘Y luego dicen’ o algo así parecido, atravesó la cortina de abalorios y salió a la calle.

Los tres hombres se volvieron ahora a Dorotea, que permanecía de pies entre el taller y la trastienda, sudando copiosamente.

-Dime – inquirió el carbonero - ¿es verdad lo que dice esa vieja?

-¿Sobre qué, Agapito? Ha dicho tanto.

-Lo del depósito de armas en la casa del cura.

-Lo será, digo yo. ¿Cómo lo iba yo a saber? – respondió Dorotea, y cogiendo a los dos hijos, que estaban bostezando a sus pies, se volvió hacia la cocina -. Perdonar, que tengo que hacer la cena y acostar a los mellizos.

Por un buen rato todavía, ocupada ya en preparar la lumbre y hacer la cena, oyó a los tres hombres discutiendo en el taller, como un murmullo lejano, acusador. Ella sabía por qué, y se puso a temblar.

-¡Ojalá que no sea verdad! Pero tú, Lucio...

-Claro... la señora Amparo fue asistenta...

-Tiene que haberlo sabido, ella también... tu mujer vivió allí...

Era Ferrer el que más hablaba. Y le dolía. Conocía bien al catalán. Y sabía que era duro de carácter; muy bueno y justo, eso sí, pero duro, muy duro.

Luego oyó que le dejaron solo a su marido, el cual continuó trabajando por un rato en el taller.

Durante la cena, apenas cambiaron un par de palabras. Notó que él la miraba de reojo, y que esperaba algo de ella. Pero no hizo nada por ausentar las dudas que de toda evidencia habían nacido en el corazón de su hombre.

No pegó ojo en toda la noche. Se dio cuenta en seguida de que Lucio tampoco dormía, pues, como ella, daba vueltas y más vueltas en un baño de sudor. Pero tampoco entonces dijo nada, haciendo como que dormía.

## CAPITULO 7

Lucio se levantó a la mañana siguiente con un peso en el pecho que le ahogaba. Una gran obsesión le embargaba. Trataba de pensar en otras cosas, su trabajo, el encargo que le habían hecho sus camaradas de la UGT, el incendio de la iglesia de la Antigua, la ruina que de toda evidencia se aproximaba. Pero no lograba calmar el fuego que había nacido en su pecho. Todo se le volvía pensar: si era verdad lo que la vieja Amparo había dicho y existía un arsenal en la casa del cura, ¿podía haberlo ignorado su esposa, que había estado metida en ese inmueble durante tantos años, y si no lo ignoraba, por qué se lo había ocultado? Porque eso sí, le ocultaba algo. Ni la menor duda. Era eso. Y era a causa de ella que había pasado él una noche de perros. ¡Maldita sea!

Aunque quizás no. ¿Un arsenal? Era una idea absurda, y más que la anciana había dicho que ocurrió eso hacía muchos años. Cuentos de vieja chismosa. Armas y municiones, ¡tonterías!

No obstante, hacia media mañana, cuando Dorotea se fue con los mellizos a la compra, entró Lucio en el portal donde la vecina tenía su puesto de pipas y caramelos, y esperó a que se quedara sola, pues se hallaban dos pequeños clientes comprándole unas chucherías.

-¡Buenas, señora Amparo! – saludó cuando salieron los niños.

-¡Ah, Lucio! Ni sabía que estabas ahí. Entra, hijo – contestó la mujer, levantando un pedazo de mostrador que separaba la tienda del portal -. Tú dirás. ¿En qué puedo servirte?

Lucio entró en el cuchitril de la 'pipera'. – No, nada – empezó, cogiendo distraídamente una pipa de girasol, los ojos fijos en el exiguo mostrador -. Bueno, pues verá, señora Amparo ¿cómo le diría? El caso es que... que anoche dijo usted...

-A ver, dime.

-Bueno, pues eso que dijo del depósito de armas ése, ya sabe.

-Lo digo y lo repito. La pura verdaz es. Es un arsenal la casa ésa. Que Dios me castigue y me caiga aquí muerta si miento. ¡Santa Lucía! La de veces que lo han visto estos ojos míos que se ha de tragar la tierra: camiones enteros del ejército. Cómo no iba a estar segura, hijo mío, si llevan ahí las armas dende la monarquía, que no es de hoy, ¿no sabes? ¡Ay, los hombres! Si sois todos unos cegatos, si ya le pasaba al mío... - (ella siguió raja que te raja, y él se la quedó mirando alelado, cerrando un poco los ojos) - ... y si no te lo crees, mira, vas a verlo tú mismo y te convences, ¿eh? Que tan lejos no estás. Y ahora ya tenéis la sartén por el mango, y podéis hacerlo todo, ¿no? ¿No eres tú de la UGT ésa, por si acaso? ¡Bobos, más

que bobos! Que tenéis un gobierno del Frente Popular ése, y no hacéis nada. Ni sabéis, ni servís pa nada.

-Hom, no se ponga ustez así. Yo tan sólo quería saber...

-Mujer, ¿cómo no me voy a poner? Dime, tú. ¿Te crees que me chupo el dedo? Anda, pos ahora ya lo sabes.

Lucio volvió a coger una pipa, y metiéndosela distraído en la boca, murmuró: - No sé, señora Amparo, no sé – (escupió la cascarilla pensativo) -; pero lo que yo digo... es que... ya ve... bueno, ¿cómo es que lo sabía la Doro, si es que lo sabía? Usté dice...

-Claro que sí que lo sabía. Mira éste.

-¿Cómo pue ser eso?, ¿está usté segura?

-¡No voy a estarlo! ¡Otra! Ya te he dicho que no es de hoy, que eso viene de cuando la monarquía, y ella estaba allí, que no es que yo lo diga, al servicio del señor cura estaba, lo mismito que yo. Más, dende luego, mira tú. Vamos, que no me digan. ¿No lo sabía, y era el ama de llaves, eh? ¿En qué cabeza cabe? Anda, no me quieras hacer comulgar con rueda de molino.

-No, si yo no he dicho nada, hom – puso él, tímidamente.

-Pos eso. Anda, sabiondo, piensa un poco. ¿No te he dicho que lo sabía yo, siendo una simple asistenta? Pos aplícate el cuento. A buen entendedor, pocas palabras..., tú ya me entiendes ¿no? Vamos que me juego ésta. – La vieja hizo un movimeinto rápido del pulgar todo a lo ancho del cuello.

-Pero señora Amparo – todavía insistió el ebanista -, si Doro lo hubiera sabido, me lo habría contao, ¿no le parece?

-‘Me lo habría contao’ – mimicó la anciana -. Y yo qué sé. Desengáñate, Lucio, que estás viviendo en las babiecas.

El pobre hombre se sentía anonadado. Se volvió a meter una pipa en la boca, y con ella entre los dientes se quedó mirando fijamente la tabla que hacía de mostrador, sin atreverse a decir nada.

-Y otra cosa, por si acaso piensas lo contrario – insistió en clavar hondo la vieja -, que las armas están entavía ahí, que como no se las haiga tragao el señor cura, pos de ahí no han salido – (echó una cargajada malévol) -, a menos que ese primo lechugino vuestro y los zánganos de sus amigos... tipejos... ¡bah! ¿para qué seguir?

-Y ¿cómo se entera usté tanto de todo, señora Amparo? – inquirió inocentemente el ebanista.

-A ver si no – es todo lo que dijo la vieja. Y como el otro continuara sin decir nada, tan pensativo y triste, añadió: - Pos hijo, porque no me duermo en los laureles

como vosotros, los hombres. Que parecéis imbéciles. Si lo mismo le pasaba a mi Ricardo, que en paz descanse, que ni se enteraba, ¡oy, si sois todos unos burros ciegos!; me río yo de la vigilancia sindical y esas cosas que os oigo decir a cada paso; si os dejáis siempre comer la partida, ¡mujer!, por esos falangistas o fanciosos, o como los llaméis; si son sólo cuatro gatos y vosotros, que nada, y ya veis. Hay que espabilarse, mono, ¡a ver!

Aún tenía la esperanza Lucio de que la vieja estuviera exagerando, que no fuera verdad que Dorotea le había traicionado así. Se agachó a acariciar el gato de la 'pipera', que se le había pegado a los pies, y volvió a preguntar: - Pero, ¿cómo puede ser?, ¿está segura de lo que dice?

-Anda, chico, que te zurzan. Pregúntaselo a ella. Vergüenza la debería de dar. Hay algunas, Dios, se dice pronto..., que van por ahí en las manifestaciones el puño en alto, como unas rojas, y enluego..., pos ya ves lo que dan de sí. Que aquí to se sabe, ¿no sabes, Lucio?

-Aguante un momentito – chilló el ebanista, harto ya de tener que soportar tirada tras tirada -. También podía habernos avisao ustez, ¿no?

-¡¿Yo?! – exclamó la anciana enfurecida -. Buena estaba y se murió. Anda, vete a la eme. Te crees tú que yo me voy a meter en camisa de once varas, cuando hay otras, sí otras, y ya sabes a quien me refiero..., bueno, vamos a dejarlo, no me hagas hablar más de la cuenta. – Cogió el gatito en sus brazos muy excitada, y al cabo, apaciguándose un poco, prosiguió: - Además, ¿yo qué sabía? ¿Cómo me iba yo a figurar que tú lo ignorabas todo? Pos la verdaz es que como os veía siempre metidos en la tienda; que a saber lo que venía hacer el Ferrer ése de los demonios y el zascandil ese sietemesinos que más le valía trabajar pa casarse, que la Zita podría decirlo. ¡Un carbonero! ¿Qué sabrá ése de política?: seguramente que lo que quie ése es medrar, como todos, que se ajunta siempre al otro, pegadito, esperando qué sé yo. ¿Pa qué tanto partido y tanto mitin, si enluego viene el picapleitos ése, tu primo, y sus amigos, todos con el pelo tan engomao y el bigotillo ese, que parecen sarasas, y que se largan bien armaos, cada uno con su maletín pa enluego armar por toas partes camorra? Que ya te lo he dicho, que os dejáis ganar la partida, papanatas, que sois todos unos papanatas, más que papanatas.

Ya hacía tiempo que había dejado Lucio la tienduca, humillado y dolorido y sumamente triste, doblando la cerviz, como si le pesara mucho la cabeza. Iba como anonadado. No hubiera podido explicar en palabras en qué consistía la emoción esa extraña que le embargaba, qué imaginaciones y fantasmas pasaban por su mente en aquel doloroso momento. Pero ahí estaba: algo terrible se fraguaba en su cerebro, y en su pecho el sentimiento de algo que desbordaba, que no podía soportar, un sufrimiento aún más horrible todavía por venir.

Entró en la ebanistería, y allí permaneció solo, un buen rato, sentado en una silla, perdida la mirada en el vacío.

## CAPITULO 8

Y allí le encontró Dorotea cuando, el cesto de la compra en la mano y los mellizos detrás de ella, volvió del Mercado del Portugalete. Se asustó mucho al verle así, tan decaído, sin hacer nada, ¡él que era un hombre tan trabajador!

-¿Te pasa algo, querido? – le preguntó, presintiendo que había ocurrido algo grave.

El no respondió. Ni siquiera se movió.

Poniéndose en cuclillas delante del esposo, mirándole en los ojos, le imploró: - Dime, Lucio, te lo suplico, ¿te sientes mal?, ¿quieres que te haga algo?

Lucio la miró fijamente, cerrando algo los ojos, unos ojos verdes, un poco sanguíneos. Luego, agarrándola con fuerza por ambos brazos, la levantó, al mismo tiempo que se levantaba, y le gritó a la cara: -¿Por qué no me dijiste, eh? ¿Por qué te lo callaste, dime, por qué?

-¡Ay! - gritó ella -. Dime, cariño, ¿decirte qué? – estaba temblando.

-¿Y todavía lo preguntas? ¡Cojones!, ¿tan hipócrita eres?

-No, Lucio – dijo ella, deshaciéndose de sus garras como tenazas -, no sé de qué me hablas.

-¿Lo niegas? ¿Vas a tener el valor de continuar negándolo? – la agarró de nuevo.

-Me haces daño, cariño. No hay nada, te lo juro.

-¡Jura, sí, jura! – chilló él -, que no te servirá de nada. Lo sé todo, ¿lo oyes? He estado ahí al lado, me lo ha contado ella, ¿comprendes ahora? Me lo ha dicho la señora Amparo **todo**.

Si Dorotea Platero hubiera oído en aquel instante que el mundo entero estaba a punto de desmoronarse, que una fuerza divina sobrenatural o la misma locura humana iba a destrozarlo todo, hundir la tierra en los mares o prenderle fuego al planeta..., o si (lo que habría estado muy cerca de la realidad de lo que iba a ocurrir) hubiera oído que toda España estaba entrando en ese preciso momento en una espantosa fratricida contienda que había de durar tres años e iba a causar un millón de muertos... no habría la pobre experimentado un sentimiento más genuino de horror.

Desprendiéndose como pudo otra vez de las garras del marido, aullando como animal herido de muerte, huyó hacia el comedor, retrocediendo de espaldas, hasta

encontrarse acurrucada en un rincón, donde ya no podía retroceder más; y levantando los brazos como para protegerse de un golpe, mientras que sus ojos marrones se abrían espasmódicamente, la cara contraída por el miedo, chilló desesperadamente.

-¡No, Lucio! ¡Oh, no la creas! ¡Perdóname! ¡No me pegues! ¡Por el amor de Dios, que no he hecho nada! ¡No es verdaz lo que te dice esa bruja! ¡Miente! ¡Yo nunca, te lo juro, nunca he dormido con don Niceto! ¡No era mi culpa! ¡Por el alma bendita de mi difunta madre te lo juro, no tuve la culpa!

Como un relámpago, el pobre ebanista lo vio todo; en un momento descubrió la horrorosa realidad: había sido la querida de ese horrible sacerdote, quizá todavía lo era. Y como una revelación del cielo le vinieron de repente todas juntas a la mente las imágenes, mil detalles, antaño insignificantes y ya olvidados, ahora claros y significativos, que se mezclaban con otros de tiempos más recientes, confirmándole todos la triste verdad: era un cabrón, un cabrón con cuernos, siempre lo había sido. ¡Y no haberse dando cuenta! El hazmerreír, sin duda, de todo el mundo. Una esposa hermosa, sensual, que necesitaba otro hombre. Y él, ignorante, aguantando mecha, admitiéndolo todo. ¡Qué tonto había sido! ¡Qué cosa más despreciable! y qué deseo intenso, incontrolable, de acabar con todo ahora mismo, estrangularla, suicidarse, y terminar de una vez.

Todo esto le pasó por la mente al ebanista en unos segundos, mientras que, clavando en su víctima los ojos llenos ahora de sangre, sin hacer caso a los chillidos de los niños, descargaba su dura manaza de obrero en el craneo de su esposa, la cual seguía acurrucada en su rincón, incapaz de chillar o defenderse.

-¡Puta, más que puta! – repetía a cada golpe, incansable, el ebanista.

Jamás Dorotea opuso la menor resistencia. Una vez que el marido descargó el primer golpe, cayó desmayada al suelo, y allí se quedó, despatarrada, enseñando sus rollizos muslos blancos. Unos hilillos de sangre aparecieron en seguida bajo el pelo alborotado, cubriéndosele poco a poco la cara, contraída por el dolor; sobre todo que también empezó a sangrar por las narices y los labios.

Por su parte Lucio no cesaba de pegar como un salvaje, como si se hubiera dado cuenta de repente que el ser hombre es atacar, dominar, aplastar, vengarse como sea de ultrajes recibidos. Cansado de dar caradas y puñetazos, pasó sin tregua a las patadas, sacudiéndola en las piernas, el pecho, la espalda, el culo, donde pudiera, con un odio, una saña inimaginable.

A un cierto instante, medio sentada en el suelo, pudo Dorotea vislumbrar a sus hijitos, que no habían cesado de dar aullidos, horrorizados; y, haciendo un esfuerzo desesperado, ya se arrastraba hacia ellos para decirles que no lloraran, que no era nada, que todo pasaría en un momento, cuando Lucio, dándole una patada en la cara, la hizo despatarrarse de nuevo en el medio de la habitación. Salió a continuación al taller, y cogiendo una barra de madera, se precipitó otra vez a la sala comedor, blandiéndola como una maza. No había duda de su intención homicida viendo esos dilatados ojos sanguinolentos de loco.

-¡Oh no, Lucio, no! – imploró ella arrebuñándose, un brazo levantado protegiendo su ensangrentada cara -.¡No me mates! ¡Lucio, por el amor de nuestros hijos! ¡No!

Cuando ya iba a descargar el golpe fatal, vio Lucio por azar las caritas angustiadas de los dos pequeños, que apretados contra la pared, medio escondidos por la arista del aparador, habían cesado de aullar; el niño se mordía los nudillos; la nena miraba aterrada por encima del hombro del hermano. Una fuerza irresistible superior hizo que el ebanista dejara caer al suelo la barra de madera, y sin volverse a mirar a la mujer, salió de la habitación, agarró su chaqueta de pana según pasaba por la tienda, y se precipitó en la calle con la intención de no volver jamás.

Subió la Calle de las Angustias en un estado letárgico, como en un sueño, tambaleándose como un borracho, tropezando todo el tiempo con la gente, las manos en los bolsillos de la americana, la cabeza inclinada hacia tierra, los ojos rojos de loco.

## CAPITULO 9

Jamás se había sentido tan solo; solo y enteramente fuera de sí, perdido entre las sombras, flotando como una nube en un mundo ajeno inmenso que le agobiaba. Sintió de repente mucho miedo, una sensación de vértigo...; quería volver a su tierra, su pueblecito de la provincia de Orense, escapar, olvidar, olvidar para siempre este profundo dolor.

Lucio Muñeiro era un hombre honrado, trabajador, y pacífico a veces hasta la inanición. Aunque pertenecía a la UGT y escuchaba pacientemente a los amigos cuando venían a la ebanistería, o iban todos juntos a la Casa del Pueblo y otros lugares de reunión, él personalmente no se había metido nunca mucho en la política; en verdad, no se metía mucho en nada; dejaba hacer, no quería figurar, le faltaba iniciativa. Laborar, colaborar, eso sí; y cumplir con su deber cuando le mandaban hacer algo, participar, no estar solo, esperando y deseando que las cosas irían mejorando, actuar bien en las elecciones y hacer que otros votaran con él; pero tomar una decisión propia, suya, de él..., eso nunca. Lo cual no había impedido que en su trabajo fuera siempre un hombre activo, lleno de imaginación, cada vez más osado y eficaz: hubiera llegado muy lejos si no hubiera sido por la crisis económica; todos los muebles de su casa los había hecho él mismo, sin ayuda, y eran muebles muy artísticos; uno de ellos al menos era una pura maravilla (que lo decían todos), esa mesa de nogal con rebordes labrados y patas como garras de grifos.

Había llegado Lucio a Valladolid buscando trabajo, que encontró en seguida a su plena satisfacción. Cruzó en su vida la hermosa Dorotea, y al instante la echó el ojo. Era la primera vez que se enamoraba. Luego vino la boda, el viaje de unos días a Tordehumos, los hijos; y ya nunca nada había venido a alterar su existencia pacífica, salvo la llegada de la República; pero ni siquiera ese evento político-social tan significativo representó para él un gran cambio. Él dejaba que otros hicieran, escuchaba, decía a todo que sí, aunque soltando de cuando un cuando una nota de pesimismo o mal augurio: era una rasgo de carácter. En líneas generales, sin embargo, él siempre a su trabajo, a cuidarse de la familia, buscando en lo posible el vivir una vida tranquila y sin complicaciones. Y ahora, de repente, le había llegado el huracán.

Vagaba por las calles de aquella bella ciudad que había hecho suya y que, en lo más hondo de su corazón, amaba ahora como su propia tierra. Pasó por las principales vías, plazas y plazuelas, entre una multitud de hombres y mujeres indiferentes que devinieron de repente enteramente ajenos, extraños, distantes: una ciudad en plena actividad a aquella hora.

Andaba sin darse cuenta de lo que hacía, a dónde iba, o qué pasaba. Puro autómatas. No reconocía nada. No sabía nada. No le importaba nada. Sí, huir, esconderse: eso es lo que quería; hacerse muy pequeño, desaparecer; que no le viera nadie.

Empero, ¡ese dolor en el pecho insoportable! No podía, no podía..., algo le decía, en lo más profundo de su ser, que había que hacer un esfuerzo supremo, que tenía que agarrarse a algo, salir de aquel atolladero, seguir viviendo, pasar adelante y olvidar.... ¿Pero cómo?

Era la hora de la siesta. Anduvo de taberna en taberna. En una de ellas se sentó por un rato; y allí se quedó, dormido o anonadado, una gran parte de la tarde. En su cerebro veía escenas del pasado: los hijos, la tienda, su trabajo, los amigos, el amor que siempre había sentido por **ella**..., ella que le había traicionado. Por esa doble fuerza contradictoria, tan esencial en todo ser, según recordaba el pasado, que había parecido hermoso, le venían todo el tiempo las ideas más negras; sí, había amado, poseído a una mujer hermosa, y... no, ni siquiera tenía lo que todo hombre tiene que tener: le había engañado Dorotea, increíblemente insultado, aplastado por completo. Sólo tenía treinta y cinco años y... ya había tocado el fondo: completamente solo, sin casa, ni familia, ni trabajo, ni camaradas, y ¡cómo podría presentarse ahora delante de Agapito, Ferrer, Fermín y los otros!

Así pasó aquellas horas, dudando de la vida y de sí mismo, cogitando o soñando, metiéndose cada vez más en ese agujero negro donde no hallaría la solución que tan penosamente buscaba y del que no podría salir. Le temblaban las rodillas, se ahogaba, sentía el latir violento de su corazón. Era tal su nerviosismo que tuvo que ponerse de pie y se fue a la calle.

El tabernero salió tras él corriendo, instándole a que le pagara. Lucio le miró con ojos ausentes, sin darse cuenta de nada. Pensando que tenía que ver con un inocente, el hombre le hizo una seña con dos dedos y apuntó a continuación a la palma de la otra mano. Lucio le dio unas monedas sin mirarle, y se fue andando, las manos en los bolsillos, la cabeza gacha. Al cabo entró en otra taberna.

Así le llegó la noche. En un bar de un barrio extremo oyó que discutía la gente acaloradamente. Hizo un esfuerzo para escuchar, a fin de no estar solo, comunicar con otros humanos aunque sólo fuera pasivamente, el caso era agarrarse a algo, espantar los horribles pensamientos que le hacían perder el juicio. En vano. Aunque le llegaban las palabras, no lograba concentrarse. Continuó estando muy solo. Frases enteras que entraban y salían sin dejar rastro:

‘El Ejército de Africa, ¿sabes?’ ‘¿Dices que se ha sublevado contra el gobierno?’ ‘No puede ser.’ ‘Pues como lo oís, la guerra.’ ‘La radio no ha dicho nada; son rumores; el gobierno...’ ‘¡Hay que joderse!’ ‘¿Qué va a decir el gobierno?’ ‘Los sindicatos piden armas para los obreros.’ ‘Dicen que el general Franco ha llegado a Marruecos... alocución radiada...’ ‘¿Quién, el verdugo ése de Asturias?’ ‘Está al mando... guarnición... Melilla.’ ‘Diezmando la tropa.’ ‘Pero ¿qué decís? Si Franco está en Canarias.’ ‘Pero le han llevado en avión los ingleses.’ ‘Que no, hombre que no, si es el general Mola, ¡carajo!, que se ha rebelado en Pamplona.’ ‘El gran conspirador es ése, sí.’ ‘Y ¿en Oviedo, dices?’ ‘No. En Andalucía.’ ‘Hombre, si me consta que Queipo de Llano es republicano.’ ‘Sevilla, dices, ¡qué narices!’

A su lado caras como máscaras. Se había hecho de noche. Había una sola bombilla en la taberna. Hombres entrando y saliendo, y más voces. A un momento dado alguien le preguntó: ‘Y tú, ¿crees que el gobierno controla la situación?’

dándole con el codo, 'sí, tú.' Lucio le miró asustado, completamente inmóvil; alguien respondió por él: 'La Península está por la República, eso me consta. Y el gobierno acabará con la rebelión de Melilla como acabó con la sanjurjada.' Y Lucio volvió a cerrar los ojos, recostándose contra la pared, de pie en un rincón. Algo le decía que una inmensa tragedia estaba ocurriendo en algún sitio. Más no le llegaba al cerebro.

-¡Han traicionado a España! – oyó un grito a su lado; y el pensó en Dorotea, tal como la había visto aquel mediodía entrando en la tienda; bella, madura, sensual... ¡el cielo se desmoronaba! Traicionado, insultado, abandonado, solo. Toda la angustia de su existencia personal revelada en un momento.

Sin que él supiera cómo o por qué, se salieron todos de repente del lugar, y él se quedó solo en su hueco, contemplando con ojos de lágrimas al tabernero. Debió de dar un empujón a un vaso con su mano temblona y oyó el ruido de vidrios rotos. Estuvo llorando un buen rato, apoyando la frente en la barra medio dormido.

Más tarde, en plena noche negra, estaba caminando a lo largo del Pisuerga, en una parte de Valladolid que no le era familiar, aunque reconoció el Puente Colgante, por haberlo visto alguna vez desde el río, remando con la familia en una lancha de alquiler.

Vio pasar a gran velocidad un camión de guardias civiles, todos con sus tricorrios negros relucientes, con su rifle cada uno entre las rodillas. Si hubiera estado sobrio, se habría sin duda preguntado adónde iban esos guardias tan deprisa a aquella hora, pues a pesar del calor ya quedaba poca gente por las calles.

Tenía que ser muy tarde, pensó. Al cabo otro 'carro', esta vez de los de asalto, pasó por su lado, igualmente a gran velocidad. Y sintió unas ganas inmensas de echarse a correr, y empezó a atravesar el río a grandes zancadas; pero en seguida se cansó, y se paró jadeante en el medio de la estructura del puente, dejando caer el pecho dolorido contra la sucia barandilla de hierro colado. El calor le resultaba ahora insoportable; y aunque no sabía nadar ni se había metido nunca en el agua de aquel río, sintió de repente un increíble deseo de zambullirse en aquella bella superficie oscura reluciente, de identificarse con el frescor ése húmedo que le subía del Pisuerga tan apacible, apetecible; dejarse arrastrar por la corriente sin oponer resistencia, ir identificándose con la masa de agua, salir muy lejos, encontrar al fin la paz y el reposo que tanto necesitaba..., y el olvido eterno.

## CAPITULO 10

Por un buen espacio de tiempo, después que Lucio se hubo ido, permaneció Dorotea tendida en el suelo, completamente inmóvil. Sólo oía el latido de su corazón y, como viniendo de lejos, los gemidos ya débiles de sus dos hijos, que todavía se escondían a un lado del aparador. Al fin se levantó, con gran dificultad, y, agarrándose las caderas, medio doblada en dos, se dirigió a la cocina. Todo le daba vueltas. Lo que le había acontecido, la visión de su marido enfurecido de unas horas atrás, le parecía pertenecer ya al pasado más remoto: como si hubieran transcurrido años; una visión y un pasado, empero, que le pesaban extrañamente en el corazón.

Se miró en el pedazo de espejo que había encima de la pila, a un lado de la ventana, ¡Virgen Santísima de los Cuchillos! La cara lacerada, los labios horribilmente hinchados, los cabellos revueltos, mechones manchados de sangre negra. Tenía el cuerpo lleno de heridas y cardenales. Todo le dolía.

Hizo un gesto como queriendo sacarse del pecho todo ese dolor, ese algo horrible, muy profundo que la ahogaba. Pedía ayuda a los Cielos: no podía ser, no podía ser **eso** verdad, ¡Dios bendito!, esas visiones de angustia, ese espanto y ese miedo: ¿podía haber ocurrido, era ello posible?, o ¿era todo imaginado, una tenebrosa pesadilla?

Si sólo fuera una ficción, si el Señor hiciera que **no** hubiera ocurrido, ¡qué alegría!... saltar de la cama en la mañana, correr a abrir la tienda, volverse al cabo a llamar a Lucio, el desayuno puesto y, abrazándole, decir: 'No es nada, mi amado, todo ha sido imaginado, un ensueño angustioso.'

-¡Oh, Jesús de la Santa Espina, Tú que tanto sufristes –chilló histérica -, haz que no haya sido más que un sueño, Tú que todo lo puedes!

Estando así rezando, la mirada fija en la suciedad del patio, sintió que le venía la náusea. Se inclinó sobre la pila y estuvo un rato arrojando; luego abrió el grifo, agachó la cabeza y dejó que le lavara bien el agua hasta el cuello. Mientras se secaba con una toalla, todavía mirando al patio, se preguntaba: ¿hasta cuándo tendría que soportar todo eso, esa pobreza, ese olor agrio inmundos? Llegó a desear la muerte.

Hasta que de repente oyó un gemido. - ¡Hijos de mi alma! – gritó. Corrió a la sala, dando aullidos de demente, apretándose las mejillas con las dos manos. - ¡Ay, ángel mío, Lucito, no llores! ¡No llores más, mis vidas, mi Feli preciosa! ¡Qué culpa tenéis vosotros! ¡Ay, ay! ¿Por qué habréis de sufrir así? - Estuvo exhortándoles, apretándoles contra su pecho, y por un buen rato lloraron los tres juntos, abundantemente.

Dorotea pasó el resto del día en la trastienda, tratando de consolar a los pequeños y haciendo lo indecible por olvidar. La casa estaba hecha un aparador.

Los garbanzos, que había dejado cociendo en el puchero a la lumbre al salir muy de mañana a la plaza, hacía ya horas que se habían arrebatao, y el fuego estaba ahora enteramente apagado.

Sacó una hogaza de pan blanco y unos rábanos del cesto de la compra, y les dio a los mellizos de qué fueran comiendo; y ella se sentó en una silla sin ganas de hacer nada.

Al anochecido sintió un gran revuelo en la calle. Oyó la voz de Agapito a la entrada de la tienda: - ¿Lucio?

Dorotea no tuvo fuerzas ni para abrir la boca.

-¡Doro! – oyó otra vez al carbonero, y el ruido de la cortina de abalorios al correrse -¿Está Lucio?

-Salió hace rato – respondió ella.

-¿Adónde ha ido? – vino otra vez la voz desde la tienda.

-No lo sé.

-Bueno. Dile que vaya a la Casa del Pueblo – oyó que la voz se alejaba-, es urgente... resulta... verdad ese... armas en la casa de don Niceto.

Luego oyó el ruido de un motor, como de una camioneta alejándose, y muchas voces. Y una vez más volvió a reinar el silencio.

Estaba sentada en una de las sillas del comedor; pasó distraídamente la mano por el borde labrado de la mesa; y el recuerdo del marido le trajo otra vez las lágrimas a los ojos, lágrimas gordas que le resbalaron por su cara lacerada. Oyó el respirar jadeante de los mellizos, que se habían quedado dormidos en la cama turca. Fue hacia ellos, les quitó los zapatitos, y extendió una bata por encima de las piernas. Luego volvió a sentarse en la silla.

## CAPITULO 11

El gobierno de Casares Quiroga se pasó los días diecisiete y dieciocho de julio en las babiecas. Al anoecer del día diecisiete ya era seguro que había triunfado la rebelión del Ejército de Africa en Melilla. Durante la noche del diecisiete al dieciocho la noticia se había extendido ya, de una forma o de otra (rumores en el caso del público menos comprometido, declaraciones en los sindicatos y las agrupaciones más vigilantes, mensajes secretos entre los traidores) por toda la Península. Y sin embargo el gobierno no hizo nada, si no fue desarmar espiritualmente al pueblo, con mentiras que ni reconfortaban a nadie ni conducían a nada.

La primera alocución que el gobierno dirigió al país fue difundida por la radio a las ocho y media de la mañana. Decía así: « Se ha frustrado un intento criminal contra la República. El Gobierno no ha querido dirigirse al país hasta conseguir conocimiento exacto de lo sucedido y poner en ejecución las medidas urgentes e inexorables para combatirlo. Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la Patria propia y realizando un acto vergonzoso y criminal contra el Poder legítimamente constituido. El Gobierno declara que el movimiento está exclusivamente circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este empeño absurdo. Por el contrario, los españoles han reaccionado de un modo unánime y con la más profunda indignación ante la tentativa reprobable, y frustrada ya en su nacimiento. El Gobierno se complace en manifestar que heroicos núcleos de elementos leales resisten a los sediciosos en las plazas del Protectorado, defendiendo con el honor del uniforme el prestigio del Ejército y la autoridad de la República. En estos momentos las fuerzas de tierra, mar y aire de la República que, salvo la triste excepción señalada, permanecen fieles al cumplimiento del deber, se dirigen contra los sediciosos para rechazar con inflexible energía un movimiento insensato y vergonzoso. El Gobierno de la República domina la situación y afirma que no ha de tardar en anunciar a la opinión pública que se ha restablecido la normalidad. »

Agapito Ruíz oyó esta primera nota del gobierno, tan confusa como poco alentadora, en la Casa del Pueblo, donde había pasado toda la noche. Desde las primeras horas de la mañana se llenó el centro obrero de hombres y mujeres que querían saber de boca de los cuadros sindicales qué era lo que estaba pasando. Las salas estaban llenas. Las mismas escaleras rebosaban de gente inquieta y vociferante. En la calle se formaban grupos de trabajadores de todas las clases.

En discusión con otros demócratas y sindicalistas, en seguida comprendió Agapito Ruiz lo que se les venía encima: una contienda entre el pueblo y el ejército. Y si quería vencer, el pueblo tendría que actuar rápidamente.

Fue al barrio de Santa Clara, donde se entrevistó con Ferrer y otros camaradas del partido. Un joven comunista había estado recorriendo la ciudad para ver lo que

pasaba: a la Calle de la Estación, donde estaban los Talleres del Norte, habían llegado grupos de obreros de Delicias y de San Andrés, pidiendo a los maquinistas y otros ferroviarios que les dieran con que defenderse del ataque de los facciosos, que habían salido a la calle en formación, tirando tiros; muchos guardias civiles y algunos de asalto se habían unido a los rebeldes, habiendo recibido noticias ciertas de que el Ejército de Africa se había sublevado en el Protectorado.

En los barrios obreros, sin embargo, el público mostraba un aspecto solemne y determinado. Cientos de personas, con el ansia dibujada en las caras, recorrían las calles pidiendo información y consejo. Si era verdad que el ejército se había sublevado contra la República, allí estaba la clase obrera que, con el arma en la mano, sabría defenderla contra los traidores. En Santa Clara el partido socialista controlaba por el momento la situación.

Millares de obreros, siguiendo las consignas de las organizaciones sindicales, abandonaron el trabajo aquella misma mañana para acudir, sin perder un momento, a los lugares habituales de reunión. Un solo grito salía de cada garganta: - '¡Armas! ¡Armas!' – algunos con el puño alzado en alto las pedían.

A las tres y cuarto de la tarde, desde el Ministerio de Gobernación, se hizo una nueva declaración oficial. -« De nuevo habla el Gobierno para confirmar la absoluta tranquilidad en toda la Península. El Gobierno estima las adhesiones que ha recibido y, al agradecerlas, manifiesta que el mejor concurso que se le puede prestar es garantizar la normalidad de la vida cotidiana, para dar un elevado ejemplo de serenidad y de confianza en los resortes del Poder....»

Para Agapito Ruiz y todos aquellos que con él esta nota escuchaban estaba claro que, a pesar de las declaraciones confiadas del gobierno, la rebelión esta vez no era una simple sanjurjada. Los rebeldes contaban con el apoyo, o al menos la neutralidad, de un gran número de oficiales y jefes del ejército, así como de la alta jerarquía de la iglesia, de la oligarquía bancaria e industrial, y de todos los terratenientes que desde la instauración de la república se habían opuesto rotundamente incluso a las medidas más tímidas de la tan esperada y tan necesaria reforma agraria. La clase media, como siempre, acabaría por arrimarse al sol que calentase más. La salvación de la república por consiguiente dependía de los trabajadores, si solamente continuase la unidad que había llevado el Frente Popular a la victoria en las urnas.

Pero el pueblo no podría ir contra las ametralladoras del ejército a pecho descubierto. Armas había. Si el gobierno frentepopulista actuara rápida y eficazmente, el pueblo se podría armar en menos de veinticuatro horas; pues aunque el armamento de los cuarteles fuese neutralizado por los oficiales rebeldes, o pasase netamente al enemigo, cada gobernador civil, cada corporación municipal debería tener suficiente armamento en los depósitos de la guardia civil y la guardia de asalto para armar a los obreros, y así contener la sublevación a tiempo y hacer que aquellos oficiales aún vacilantes volvieran al campo republicano.

Todo esto examinó Agapito en discusión con otros sindicalistas, de vuelta a la Casa del Pueblo. Y todos ellos resolvieron que no era cuestión de permanecer

parados, adoptar una actitud como si no hubiera pasado nada; esa calma que pedía el gobierno era absurda y peligrosa.

A las cinco de la tarde se dirigieron los sindicalistas al Gobierno Civil, a entrevistarse con el gobernador don Luis Lavín, hombre culto de izquierdas, y una bellísima persona. No podía fallarles don Luis.

-No es momento éste de andarse por las ramas, señor gobernador – le dijo francamente el líder de la delegación -. La cosa está clara. Una traición se acaba de cometer contra la república. El ejército, encargado de defender la constitución, se ha sublevado. El mismo gobierno, o lo que de él queda, no lo ha negado. Venimos por consiguiente a expresar a Su Excelencia, y como comunista peso mis palabras, nuestra íntima convicción de que las clases trabajadoras pueden salvar la democracia. En cualquier caso, la clase obrera está dispuesta a morir por la república. Sólo pedimos que Su Excelencia dé la orden para que se le entreguen armas al pueblo.

Don Luis estaba extremadamente nervioso. Contempló a los delegados alzando la mirada por encima de unas gafas de montura de oro. Luego, levantándose, se acercó al balcón. Un centenar de sindicalistas estaban esperando en la plaza.

-¡Unión! ¡Unión! ¡Unión de todos los Hermanos Proletarios! ¡U.H.P.! ¡U.H.P.! – salían los gritos de angustiadas gargantas en esa tórrida tarde de verano. Y luego: - ¡Traición! ¡Traición! ¡Armas!

-Armas hay – continuó el sindicalista -. Los depósitos de asalto, los cuartelillos de la guardia civil por toda la provincia..., Su Excelencia no puede negarse a satisfacer esta demanda del pueblo.

-Señores, ya les he dicho – contestó el gobernador todavía mirando a la calle -. Yo sólo acato órdenes del gobierno. Sin ellas no puedo. Créanme. Y no he recibido ninguna orden de abrir esos depósitos. Son momentos difíciles, estoy de acuerdo. Pero el mayor servicio que puede hacer la clase obrera a la república es permanecer en calma. En estos momentos aciagos se requiere mucha disciplina. El gobierno controla la situación. Se lo digo con pleno conocimiento. No hay por qué alborotarse.

-El gobierno ha estado dando comunicados contradictorios todo el día – dijo otro de los dirigentes sindicales, alzando la voz indignado y como incapaz de creer sus oídos -. Es absurdo hablar de que el gobierno controla la situación cuando se sabe que Marruecos y las Canarias ya son de los rebeldes, que Mola se ha sublevado en Pamplona y Queipo de Llano en Sevilla. No es posible que Su Excelencia ignore estos hechos; pero si necesidad hay, puede Su Excelencia ponerse en comunicación con Madrid, que en eso poco se tardará.

El tono era elevado, un tanto irreverente; pero el gobernador no se ofendió. Miró a los obreros muy cansado, y respondió con calma: - Son rumores, señores, se lo garantizo. Y ustedes hacen poco favor a la clase obrera y a sus respectivos partidos hablando así, contribuyendo a que circulen rumores sediciosos. Pero como

prueba de mi buena voluntad trataré de ponerme en contacto con el gobierno ahora mismo. Ya más no puedo hacer, señores. Ustedes comprenderán.

Se dirigió hacia su despacho, y según pasaba delante de la delegación dio una palmada de amistad en el hombro de uno de los obreros. - ¿Cómo te llamas tú? – preguntó.

-Agapito Ruíz.

En la calle se unían a los que esperaban otros grupos de trabajadores que llegaban gritando: - ¡Armas! ¡Armas!

Volvió don Luis Lavín a la sala al cabo de un cuarto de hora. – Imposible ponerse en contacto con Madrid – dijo –, todas las líneas están ocupadas. Pero seguiré tratando. Quédese uno de ustedes conmigo hasta que se haya resuelto esto.

Desde el edificio del gobierno se dirigió Agapito con otro camarada una vez más al centro obrero de la Calle Fray Luis de León, donde se organizó una reunión urgente. Estaba archiplena la sala de actos, algunos obreros se sentaron en el suelo, escuchando a los oradores. Escucharon todos con caras tensas, apretando algunos bien las mandíbulas para no estallar. Allí mismo se decidió no abandonar la lucha. El pueblo buscaría las armas él mismo, y resistiría a la agresión con sus propias manos, si fuera necesario.

En los barriadas de las afueras, adonde se habían dirigido otros de los delegados sindicales, se empezaron a levantar barricadas, en las que trabajaron, tanto como los hombres, sus mujeres y los niños. Las gentes se armaron de lo que pudieron: palos, picos, hoces, y algunas escopetas y pistolas, que habían salido no sabía nadie de donde. Era quizá un gesto desesperado inútil, pero que tenía un valor de símbolo.

En el barrio de las Delicias, más allá de la largísima Calle Nueva de la Estación, al otro lado de las vías del tren, se hallaba el núcleo de población más militante de todo Valladolid, lugar de casas molineras y baluarte del socialismo. Allí es donde había sido elegido el diputado socialista Cabello, gran defensor de la causa del pueblo, y allí estaban los Talleres del Ferrocarril del Norte. Los obreros de estos talleres y los ferroviarios, juntos con obreros metalúrgicos y de la construcción, habían acabado ya con la primera tentativa fascista de rebelión contra el gobierno. Ellos habrían de constituir aquellos días el principal bastión en la lucha contra los traidores. Asimismo, existía, al otro extremo de la ciudad, una famosa fábrica de harinas, cuyos obreros en seguida también oyeron la llamada de la patria, y se declararon dispuestos a luchar por la república o morir en el empeño. Estaba situada esta fábrica cerca del Puente Mayor, al otro lado del Pisuerga. Era un lugar de huertas y casas molineras, con algunos nuevos edificios de tres o cuatro pisos, habitados en su mayoría por familias de obreros. Allí estaba el paradero del tren de vía estrecha de Medina de Rioseco. Labradores y grupos de obreros de las fábricas harineras de esta pequeña ciudad del corazón de Castilla, llegaron en el “tren burra” y se unieron a los trabajadores vallisoletanos par luchar por la República; contaron

que los riosecanos habían asaltado una armería y habían sostenido un apretado tiroteo con elementos de la Guardia Civil.

En todos los sitios de la capital donde se mostraba una cierta actividad de resistencia al golpe de estado, los delegados sindicales informaban a los trabajadores que se había estado tratando de convencer al gobernador, señor Lavín, para que abriera los depósitos de armas al pueblo, y que se esperaba obtener muy pronto una respuesta favorable, con la expresa aprobación de gobierno.

Aquel sábado 18 de julio, el alcalde socialista, Antonio García de Quintana Núñez, permaneció por la mañana en su despacho de la Casa Consistorial. Ya sabla que las tropas de Africa se habían sublevado contra el Gobierno. Después de comer en su casa, con su familia, se dirigió, como era su costumbre, a tomar café en un bar de las inmediaciones y luego entró en el Colegio Notarial, Calle Teresa Gil. Allí encontró a otros miembros del partido, Eugenio González, José Garrote y Federico Landrove. Garrote informó que había una reunión en la Casa del Pueblo, a dos pasos de allí, la Calle Fray Luis de León. "La gente está muy excitada – anunció -, piden armas para poder defenderse del golpe fascista, pero no las encuentran en ninguna parte."

Agapito Ruiz, por su parte, se quedó con otros camaradas del partido comunista en el centro obrero, después de haber escuchado a los compañeros socialistas. "Hay que prepararse para cualquier eventualidad – dijo -. Por lo menos, los comunistas tenemos armas y municiones." Se refería a las que habían confiscado en tres células fascistas, una de ellas la casa rectoral de la iglesia de las Angustias.

Hacia la madrugada el gobierno continuaba emitiendo comunicados cada vez más confusos, tratando sin conseguirlo de mantener la calma, demostrando una irresponsabilidad y una inopia sin límites.

- «De nuevo habla el Gobierno para confirmar la absoluta tranquilidad – decía uno de esos comunicados -. Continúan los elementos enemigos del Estado propalando rumores y noticias falsas. La adhesión de todas las fuerzas del Gobierno es general en toda España. Solamente en Marruecos continúan determinados elementos del Ejército en una actitud hostil a la República. » Y algo más tarde: - « Ciertos rumores falsos están siendo propagados por elementos traidores a la República. El Gobierno controla la situación. Toda la Península está en manos leales. Continúa a la escucha, españoles. » Y luego, a medianoche, - « Continúan todas las provincias españolas en absoluta obediencia al Gobierno de la República. Algunos núcleos donde se iniciaba una inquietud han reaccionado rápidamente y se ponen decididamente al lado del Gobierno, que confía que la subversión quede localizada en sus pequeños focos actuales.» - A las pocas horas caía el gobierno y era sustituido por otro del mismo color que, mientras apelaba al pueblo y le pedía que se mantuviese en calma, buscaba por otra parte un compromiso con los rebeldes, ofreciéndoles incluso el poder. Los rebeldes rechazaron esta oferta: querían heredar una España redimida del virus frentepopulista mediante un baño de sangre.

Había comenzado la 'Santa Cruzada'.

## CAPITULO 12

Aquel sábado 18 de julio de 1936 fue también muy ajetreado para don Augusto Núñez de Campos, coronel de caballería y gran latifundista de la Tierra de Campos. Vivía ya hacía unas semanas de incógnito en casa de su hermano mayor, don Hernando, Marqués de Campos, pretendido descendiente de una antigua familia de señores feudales que se había establecido en Tordehumos a la caída de los Caballeros Templarios.

Muy poca gente, por consiguiente, sabía que el coronel se hallaba en Valladolid; pues como había estado muy comprometido con las llamadas Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de su amigo Onésimo Redondo (faccioso redomado que se había ligado al 'Fundador' de la Falange), habiéndose sentido amenazado por el triunfo de las izquierdas en las elecciones de febrero, había salido pitando al extranjero. Había pasado unos días en Roma, donde se entrevistó con varios altos mandos del fascio italiano; y a continuación había ido a divertirse a París, donde se pasaba los días comiendo en Maxim's y las noches visitando con otros los antros de Pigalle, echando una canita al aire, como él decía.

Obedeciendo la consigna de su jefe y amigo don Emilio Mola Vidal, 'el Grena Conspirador', había vuelto don Augusto a Valladolid a mediados del pasado mes de junio; y esperó encerrado, como ya se ha dicho, en la casa de su hermano, que, al contrario, no había cesado de pasear su negra y enjuta figura por la Acera y en los círculos más aristocráticos de la capital castellana.

Apenas pegó ojo el gordo coronel (ex-coronel, en realidad) la noche del 17 al 18 de julio. Se levantó mucho más temprano que de costumbre, y en seguida, bien afeitado y desayunado ya, se dirigió con su hermano y dos sobrinos a un aposento secreto donde todos habían hecho turno durante la noche escuchando una radio clandestina. Se pusieron todos juntos a la escucha, y a las ocho en punto oyeron el mensaje que habían estado esperando. Fue repetido varias veces. Decía así: «El cielo está despejado en toda España.... El cielo está despejado en toda España.... »

Don Augusto se puso acto seguido en pie, y alzando el brazo exclamó excitadísimo: - ¡Alabado sea el Altísimo! - Sacó un escapulario del pecho y lo besó, diciendo: - Es la señal que toda la Península esperaba; el Alzamiento ha triunfado en el Protectorado. - Se frotó las manos con gozo, y añadió con voz solemne: - Se va a armar gorda, hermano.

Se fue a su habitación, y al cabo de un par de horas salió muy bien vestido de verano, con pantalón caqui, y llevando en la mano un maletín largo abombado; había puesto en su interior el resto de su uniforme y una pistola automática. Salió a la calle en compañía de uno de sus sobrinos, capitán de ingenieros y falangista, que igualmente llevaba un maletín. Les recogió un taxi, que les condujo inmediatamente a casa de un íntimo amigo de la familia, el general de caballería don Miguel Ponte y

Manso de Zúñiga, Marqués de Bóveda de Limia, el cual acababa de recibir un último mensaje de su superior, el referido Emilio Mola, general de división, establecido en Pamplona.

Ponte recibió a los recién llegados dándoles a chocar la mano izquierda; en la otra, que le colgaba inútil, apretaba el mensaje que enseñó a sus amigos: Franco se preparaba a cruzar el Estrecho de Gibraltar con ayuda italiana.

Había otro personaje importante en el salón de don Miguel: se trataba del barrigudo ex-general don Andrés Saliquet Zumeta, el cual también tenía un mensaje que enseñar a sus comparsas. Hacía veinticuatro horas que le había ordenado el propio general Mola que se dirigiese urgentemente a la capital castellana; antes de salir en auto de Madrid, se había pasado por la embajada alemana: extendió sobre la mesa 'de operaciones' una nota cifrada que todos entendieron; ayuda no iba a faltar. Figuraba el barrigudo militar en la lista de generales en reserva, habiéndose acogido a los términos de la Ley Azaña; y se moría de ganas de volver a ostentar el mando; incluso se había vestido ya de uniforme. Todo su interés ahora era mostrar a los otros que era **él**, y no Ponte (que continuaba en activo), quien iba a dirigir la presente 'operación'. Antes de entrar en Valladolid, Saliquet se había escondido en una finca de al lado, propiedad de un tal Cuesta (otro facineroso), cuya familia estaba muy unida a los Saliquet.

Los cuatro militares y otros tres que llegaron, uno a uno, a primeras horas de la tarde se pasaron una buena parte del día esperando. No querían dar un paso en falso, considerando prudente aguardar un poquito más, y luego otro poquito más, siempre escuchando, unos las noticias que daba la radio oficial, otros la emisora clandestina. Un paso mal dado, y podrían terminar todos ellos frente al pelotón de ejecución. No se atrevían ni a pensarlo.

Por fortuna las noticias eran más bien satisfactorias. Había ya aterrizado en Marruecos el benjamín de los generales, Francisco Franco Bahamonte. Ponte leyó su 'Alocución' del 17 de julio por Radio Tetuán: -«¡Españoles! a cuantos sentís el santo nombre de España, a los que en las filas del Ejército y la Armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a cuantos jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama a su defensa» – y concluía: -«al espíritu revolucionario e inconsciente de las masas, engañadas y explotadas por los agentes soviéticos, se ocultan las sangrientas realidades de aquel régimen marxista, que sacrificó para su existencia veinticinco millones de seres humanos. ¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con proceder cobarde y traidor, entregándosela sin lucha y sin resistencia? ¡Eso no! Que lo hagan los traidores; pero no lo haremos quienes juramos defenderla, Españoles. ¡Viva España! ¡Viva el honrado pueblo español!»

¡Bravo, bravo, bravísimo! Aquello era lo mejor que habían oído en sus vidas. "Y con tan grande caudillo – prometió Saliquet - , el desembarque de las tropas 'africanistas' en Algeciras se realizará en unas horas, ya veréis; luego, todo será coser y cantar."

Habían oído todos en la radio clandestina que Queipo de Llano había declarado el estado de guerra en Sevilla. Se esperaba que otros hicieran lo mismo en las diferentes capitanías del país.

-Pero hay muchas incógnitas todavía – dijo don Augusto, levántandose de su asiento y dando vueltas alrededor de la habitación.

¿Habría logrado Godet salir de las Baleares y coger el mando en Cataluña, como planeado? Y, aún más importante, ¿qué sabían de Mola, después de todo, y qué hacía todavía en Pamplona; pues se esperaba que avanzase con cuatro columnas hacia la Meseta? Sería terrible si hubiera complicaciones con los carlistas.

Su nerviosismo se le contagió a Saliquet, que, igualmente, paseó su barriga alrededor de la mesa, llena de mapas y papeles, apuntando su nariz de berenjena hacia el techo.

– Y mi amigo Fanjul – dijo - ¿cogerá allí en Madrid por sorpresa al gobierno o se le adelantarán los rojos con alguna estratagema? - Se le atravesó un nudo en la garganta y no pudo continuar hablando.

Todos tenían los nervios de punta. Habían vaciado ya la segunda botella de coñac. Una sirvienta entraba y salía con tazas de café. Don Augusto pidió una infusión de manzanilla. El rubio don Miguel se apretó su inútil brazo derecho con la mano izquierda, enguantada. Don Andrés fumaba continuamente cigarros puros, su enorme cenizo bigote de cepillo, con bordes color de ámbar a causa del tabaco y del alcohol, ocultándole boca y la mitad del cigarro. Los subalternos temblaban.

De cuando en cuando se acercaba uno de los siete al balcón, y sin correr el visillo miraba al exterior. La calle estaba tranquila. Todo era en apariencia bien normal. Un grupo de monjitas había llamado un taxi para dirigirse como cada sábado a San Juan de Letrán. Ponte las conocía bien, y sabía también cuales eran sus costumbres. Ellas por lo menos no estaban asustadas.

Don Augusto vino a unirse al aristocrático general. Vieron los dos un par de ‘carros’ de la guardia de asalto, chasis azul oscuro y techos de lona; pero no lo consideraron anormal: se habían visto esos camiones cruzar Valladolid con gran frecuencia en días pasados, sobre todo desde la manifestación ésa del primero de mayo, que había causado tanto revuelo y tanto miedo.

Según avanzaba el día se empezaron a ver grupos de obreros que, en actitud bastante ordenada, se dirigían probablemente a alguno de los locales sindicales o a la Casa del Pueblo. Esto los amedrentó no poco; pero lograron apaciguar los ánimos: era un consuelo ver que los obreros no llevaban armas.

-¡Vaya usted a saber! – dijo uno de los militares, expresando en voz alta lo que estaba en el pensamiento de todos ellos -. ¿Y si la clase obrera decretara una huelga general, paralizando la nación?

Uno encontró la respuesta que les consoló a todos. - ¡Eso no, vive Dios! No se atreverán. - Era el barrigudo Saliquet quien hablaba, atusándose nervioso el mostacho - No se atreverán – reiteró -. ¡Me cago en los cojones!

Era una manera de exorcizar el miedo. Con todo, los ánimos habían empezado a flaquear; pues las noticias procedentes de la radio del gobierno no parecían muy reconfortantes para ellos: -«Pueblo de España... rumores falsos... propagados... elementos traidores.... Toda la Península se halla en manos leales...» - ¡Como para volverse todos locos!

-¿Qué estará haciendo ese cabrón de Fanjul en Madrid, si todavía...? - Era Ponte quien hablaba. No terminó la pregunta; le espantaba el pensarlo. El Marqués de Bóveda de Limia era un hombre de pelo en pecho, y si él hubiera sido encargado de tomar Madrid, a estas horas ya lo habría hecho. 'Se declara el estado de guerra, y, ¡ya está!: a fusilar a quien se oponga.' (Sí, era un militar decidido don Miguel, habiendo sido herido y condecorado varias veces en guerras anteriores.) Lo cual no impidió que sus ojos azules se llenaran de tristeza e inquietud cuando la radio del gobierno anunció: -«Quedan disueltas todas las unidades del ejército que tomen parte en el movimiento insurreccional... y quedan licenciadas las tropas...»- Se puso a dar voces para no oírlo -. Por lo menos una cosa es cierta – dijo, tratando de ganar confianza -, Marruecos está en manos de Cristo Rey, y Franco está al mando de las tropas coloniales, moros y cristianos. Pronto estará en la Península para echarnos una mano. Mussolini no nos puede fallar.

-« Para que la opinión pública no se desvíe – decía la radio del gobierno – conviene que la gente sepa que la Radio Ceuta, de la que se apoderaron elementos facciosos, da noticias simulando ser la Radio Sevilla... »

-¡Mentira y gorda, cojones! – gritó Saliquet, que conocía personalmente al capitán general de Andalucía, y sabía que la voz rebelde era de su amigo, que había declarado el estado de guerra en Sevilla, sublevándose contra el gobierno. ¡Ah! ¡Si el general Molero hiciera en Valladolid como Queipo de Llano había hecho ya en Andalucía!

-Molero es un masón – dijo otro -, enemigo de Dios y de la Santa Tradición, muy liado a la república.

-No sé. Tal vez se nos una. Hermanos de armas, después de todo – dijo Ponte - ¡Ah, si se uniera a la causa, sería tan fácil! Se declara el estado de guerra y ¡zas!, que no se mueva un alma: quienquiera que salga a la calle, ¡pun!, un pistoletazo. – movió su mano izquierda como apuntando con una pistola, incapaz de ocultar su nerviosismo; luego, calmándose un poco, añadió: - No, si no puede fallar nuestro Alzamiento Nacional, no puede fallar **en Valladolid**. Si me decía Onésimo Redondo el otro día que él estaba ya preparándose para la acción. 'El sentimiento de independencia de la nación autoriza a la actuación armada', me decía, 'la defensa de la patria invadida por enemigos marxistas, separatistas y masones, hacen justo el ejercicio de la violencia'. Eso fueron sus palabras. Y me consta que la Iglesia también está con nosotros. Está claro, amigos, que si Molero no se une al Alzamiento, le doy un pistoletazo, y se acabó.

A las siete de la tarde se oyó un tiroteo lejano y confuso. Los siete conspiradores se miraron entre sí, la consternación reflejada en sus rostros crispados. A los pocos minutos llegó jadeando un ordenanza que, vestido de paisano, había estado paseándose discretamente por las principales vías de la ciudad desde después de la hora de la siesta.

-¡Mi general! – le dijo a don Miguel, en posición de firme -. Los falangistas se han echado a la calle pegando tiros al grito de ¡Arriba España! – se paró un instante para tomar aliento -, y ¡abajo el bolchevismo! La poca gente que había en la Acera, donde yo me hallaba, estaba atemorizada, mi general. Dicen que es la guerra.

-¡Cojones que si lo es! – se adelantó a responder don Andrés Saliquet, dando una palmada de alegría según incorporaba su cuerpo grosero del sillón en que se hallaba.

## CAPITULO 13

A las diez de la noche, los siete comparsas, habiéndose vestido todos de uniforme, salieron en dos automóviles cubiertos en dirección de Capitanía General. Se detuvieron por un rato en una estrecha calle a la espalda del edificio. Estaba la comandancia estrechamente vigilada y todas las puertas cerradas. A las diez y media en punto se abrió una de las puertas y asomó la figura de un militar, que movió ligeramente un brazo como señalando que la vía estaba libre. Salieron rápidamente de los automóviles los conspiradores, que se dirigieron al edificio. El militar, un capitán, hizo seña a Saliquet. Entraron todos, y se volvió a cerrar la puerta. En el patio estaba formando la fuerza, una compañía de Estado Mayor.

“No más de ciento cincuenta,” se dijo Ponte para sí, y continuó tomando nota: ve que hay soldados apostados en diferentes puntos estratégicos.

El mismo capitán condujo a los conspiradores hasta el despacho del general don Nicolás Molero, jefe de la comandancia y hombre político de reconocida valía, habiendo sido Ministro de la Guerra del primer gobierno democrático de la República. Se hallaba tomando café con sus ayudantes, los comandantes Liberal y Riobóo, cuando se abrió la puerta y un ordenanza indicó, en posición de firme: - ¡Mi general! El general Saliquet está aquí y quiere verle.

-¡Saliquet! – exclamó el jefe de la comandancia - ¿A estas horas? ¿Qué quiere ese hombre?

Pero ya don Andrés y sus acompañantes se habían metido en el despacho del general de division, el cual señaló:

-Caballeros, su visita no me pilla de sorpresa.

En efecto, aunque falto de información oficial, como todo el mundo, estaba don Nicolás al corriente de la traición de Franco y de lo que pasaba en Sevilla y otros puntos de España, y ya hacía tiempo que se había enterado de lo que se fraguaba en Valladolid, habiéndose siempre negado a entrar en el bando de los conspiradores.

Por su parte Ponte y Saliquet sabían que Molero no era uno de los suyos. Trataron, no obstante, de ‘hacerle entrar en razones.’ Tenía que declarar el estado de guerra, le dijeron. Le explicaron que (como él, a aquellas alturas, no podía ignorar) Marruecos y las Canarias estaban a esas horas en manos leales al movimiento; y que en aquellos mismos momentos el Ejército se estaba alzando contra el ‘régimen’ frentepopulista en toda la Península; que en unas horas Emilio Mola llegaría a Madrid a constituir un Gobierno de Salvación Nacional. Los rebeldes se guardaron bien por el momento de hablar de un alzamiento **contra** la República, o de decir que el movimiento era de tendencia monárquica, o que se trataba de la implantación de una dictadura de derechas o de tipo fascista: era para ellos lo que estaba

comenzando un movimiento nacional, en lucha contra el bolchevismo ateo y materialista que se había apoderado del poder y que estaba instaurando en todas partes el desorden y la anarquía.

-Toda persona sensata, como lo es mi general – dijo el coronel Núñez de Campos, poniéndose muy colorado -, debe unirse al Movimiento, o al menos echarse a un lado y ceder el paso a las fuerzas genuinamente **Nacionales**.

-Mi general – dijo Ponte para concluir, sin darse cuenta de que decía la verdad, - en estos momentos en que se está jugando el destino de la Patria, vacilar es traicionar. – Y añadió imperativamente -: Una de dos, o se une a la causa o nos entrega el mando.

-Señores, que quede esto bien claro – les respondió el general Molero, sin perder la compostura -. Yo no obedezco más órdenes que las del gobierno legítimamente constituido. La República...

El general Ponte le interrumpió, escupiéndole las palabras: - No se trata de eso ahora. – (Y recalcando los vocablos) -. Todos hemos jurado fidelidad a la Constitución. Pero como mi general sabe aquí ya no hay República ni nada, salvo **el caos y el desorden**, y a fin de salvar a la Patria de la anarquía, el Ejército, cumpliendo **un deber sagrado**, exige un cambio. Sólo le pedimos que declare el estado de guerra. Y si no, entregue inmediatamente el mando. Le garantizamos, bajo **el honor militar**, su seguridad personal.

-Señores – repitió el general Molero –, para entregarles el mando, lo mismo que para declarar el estado de guerra, he de recibir órdenes del gobierno. No puedo aceptar órdenes de unos sublevados. Ustedes mismos lo han dicho. Es un acto de rebelión. Están traicionando el juramento a la República.

-¡Para juramentos estamos, cojones! – juró Saliquet -. Los momentos son graves y exigen actitudes claras. Hablar de gobierno donde no lo hay es absurdo. En preparación de un nuevo gobierno se está formando una Junta de Defensa militar, de la cual va a asumir el mando el propio General Sanjurjo, que desde Lisboa está preparándose para volar a Madrid. Contamos con la adhesión personal de todos los **patriotas**. Los demás son unos traidores. Y si no, ¡hostias!, al freír de los huevos lo verá. Ahora diga, ¿en qué campo está Su Excelencia? - Estaba el soez militar erguido como un huso, sacando su voluminosa barriga, y apuntando con su nariz de porro hacia el techo: su voz de alcohólico salía tan confusamente de debajo del mostacho que Molero apenas le entendió.

O, si le entendió, se debió de reír muchísimo. Aquel era el hombre que se había salido del ejército, aprovechándose de la Ley Azaña, para mejor conspirar desde fuera contra el gobierno; y ahora hablaba de juntas de defensa y de patriotas, ¡qué farsa!; y al contrario Ponte, el aristócrata, se había quedado en activo (aunque era mutilado de guerra) para continuar ostentando el mando y ocupar un puesto importante para mejor ayudar a los conspiradores llegado el momento. Dos veces había jurado este señor marqués defender el régimen republicano, y ahora hablaba de un **Movimiento de Salvación Nacional**.

-El tal 'movimiento', caballeros – empezó Molero -, no es ni más ni menos que una rebelión fascista que...

-Ya basta de palabras - cortó brutalmente el aristocrático general -. Contesté 'sí' o 'no'. Le damos un cuarto de hora para reflexionar.

Los sublevados dejaron al General de División en su despacho con dos ayudantes (uno de ellos el capitán que había dado entrada a los rebeldes). Y ellos se salieron a la antesala consultando sus relojes de pulsera.

## CAPITULO 14

Don Nicolás Molero Lobo permaneció unos minutos junto al balcón. Era una noche bochornosa. Se pasó un dedo por el cuello, entre el uniforme y su piel sudorosa, mientras veía con ojos ausentes la escasamente iluminada plazuela enteramente desierta, salvo por las dos garitas de la guardia en la calzada junto al edificio: en cada una un soldado, con su mosquetón, en posición de descanso. En el medio de la plazuela había un farol encendido y algunos plátanos de sombra, lo que daba un aspecto misterioso al lugar, y más allá de estos árboles, se veían unas casonas viejas, silenciosas.

“¡Qué vergonzoso! - pensó -. Siempre con el nombre de la patria en los labios: y de **su más augusta representación**, es decir, el Ejército. Si no les conociera.”

“Si son unos cuatros, unos forajidos, eso es lo que son. Hablan de lealtad, de evitar el caos y la anarquía, de la ingente tarea de salvar a España. ¡Con un golpe de estado, qué indecencia! Gente soez y de mala ralea, lo más maligno y lo más bajo de la especie humana.”

Sin molestarse en hacer comparaciones, pensó en su propia hoja de servicio. ¡Qué se creían esos seres indignos que era la función del Ejército sino respetar la Constitución y defender el territorio nacional, la Nación, representada por el pueblo! En cambio se sublevaban, querían imponer su voluntad (o la voluntad de las fuerzas ocultas que les mandaban) al poder constituido, aquellos mismos de quienes tenían que respetar las órdenes, el gobierno salido de las urnas en elecciones nacionales que habían sido un ejemplo de libertad, de orden y de democracia. Sabían esos traidores que él había aceptado siempre las órdenes del gobierno legítimo, y siempre las respetaría. No había duda, pues, del motivo criminal de aquella visita.

Miró a su alrededor: dentro y fuera del aposento, haciéndose mil preguntas. ¿Por qué se había embarcado en esa carrera militar donde abundaban gente como Mola, Sanjurjo y otros seres sin honor y sin el más mínimo grado de honradez y dignidad? ¿A dónde, personalmente, le había llevado a la postre su propia lealtad y su sentido del honor? ¿Qué harían con él aquellos traidores?

No, no es que tuviera miedo. Ni estaba arrepentido del camino que había tomado. Habría dado cien veces la vida por la patria si cien vidas hubiera tenido. ¿La muerte? No era eso lo que en este instante le preocupaba... a su edad, pensando en la relatividad de todo.... Un día u otro todos hemos de pasar por ello; y ¿no había miles (sin duda cientos de miles) de milicianos y soldados, gente del pueblo, que en esos mismos momentos estaban dispuestos a darlo todo, a morir por la República? Lo importante, si de la muerte se trataba, era el cómo, no el cuándo; qué más daba si habría de morir hoy o más tarde; era la manera de afrontar la muerte lo esencial: es decir, morir con dignidad y cumpliendo con tu deber, sin reclamar nada por ello..., ni honores, ni recompensas, meramente ofreciendo tu vida en aras de una promesa, luchando con el pueblo por un mundo mejor y cumpliendo

en ello con tu destino; para eso había estudiado, trabajado, llegado a ocupar el puesto que ostentaba. En otras palabras, era lo que sentía un desbordamiento de emoción, un deseo, sentía en su alma la necesidad de **hacer**, ente humano racional: pasar por esta vida habiendo hecho algo bueno..., un progreso.

Había jurado defender la Constitución, y ¡qué cosa más natural, siendo un cuadro del ejército republicano! La República que había empezado como un ideal, un avance y una conquista, sostenida en las urnas y deseada ardientemente por el pueblo y ¡él que tenía o había tenido a su cargo la jefatura de una entera División, de toda esta parte de Castilla... y restaba tanto por hacer!

Sí, era verdad. En eso no habían mentido esos canallas. Ni ley ni orden, ni progreso. Pero ¿a quién habría que echar la culpa? ¿Qué habían estado haciendo estos tres años las clases del privilegio y la usurpación? ¿Y cuántos años haría falta ahora, si el alzamiento triunfaba, si había guerra y por todas partes muertos y destrozos? ¿Cómo acabar con el atraso de siglos que llevaba España?

“¡No hay nada que hacer! - se dijo -. El abandono, la destrucción o mala administración de las riquezas... y la pobreza del pueblo. No hemos avanzado nada.” Pensó que todo a su alrededor se desmoronaba, que todos los intentos por hacer que España entrara en el concierto de las naciones civilizadas habían resultado inútiles, que habían a la postre esos esfuerzos desembocado en la nada, y que el régimen republicano, en que tanto había creído, con un entusiasmo y una energía casi juveniles, estaba en sus postrimerías, agotada ya la savia que le había dado vida.

La idea de la muerte le vino una y otra vez a la mente; sería una solución, el único alivio tal vez. No, no tenía alma de suicida: amaba la vida, quería trabajar, hacer, crear algo, contribuir a que se construyera un mundo mejor. Y... sin embargo.

Todo se acababa, y no se había hecho casi nada. O muy poco. Ni siquiera las injusticias más flagrantes, la acerba miseria de las masas, la ignorancia supina del pueblo se habían paliado o corregido, cuando hubiera sido tan fácil. Qué cosa más natural que el pueblo soberano exija justicia, pan, trabajo, hospitales, escuelas y universidades.

¿Qué iba a pasar ahora? ¿Qué hacer? La gente había acogido la llegada en febrero de la democracia popular con tan genuina alegría, tanto entusiasmo y ¿ahora qué? ¿Cómo iba a reaccionar el pueblo trabajador a esta traición? La misma institución encargada por la Constitución de defenderlo estaba preparando ya las armas, habían comenzado a utilizarlas, para sumir a España en un baño de sangre. Y, ¡a escribir otra página en los libros!: siempre el mismo crimen, la misma historia, repetida por los mismos actores, los ínclitos *señores*, diferentes en el tiempo, pero de la misma ralea desde el comienzo de los siglos.

No pudo menos de sentir un desconsuelo y un pesimismo acerbos. Le dolía. Esa desgana, esa llaga que sentía en el pecho, estaba a punto de ahogarle. ¡Haber creído y esperado tanto para *esto*! Sentía el fracaso en su carne, en los huesos, en las profundidades de su ser. ¡No poder defender a España! Y eran gente asesina los

que ahora venían, que tomarían el mando, implantando una dictadura. Lo sabía. Y **ellos** sabían que él lo sabía. Y venir a pedirle cuentas, ¡qué farsa, qué horror!

**Había** ostentado el mando (ya lo veía todo en el pasado), y ¡qué poquito había podido hacer! Recordando sus visitas a los pueblos de la provincia y a los barrios obreros de las ciudades, sintió de repente un cansancio y un peso sobrehumanos..., ese dolor infinito que le ahogaba. Lo había encontrado en sus visitas todo tan retrasado, tan abandonado, tan dejado de la mano de Dios. ¡Helos ahí sus compatriotas, su gente, **el pueblo español!** Y no parecía sino que pertenecieran, esos hombres y mujeres que veía, a otro mundo, otro planeta, los aborígenes de un imperio colonial injusto, aplastados por los ricos y sus instituciones, explotados por una ínfima infame minoría..., que creían ser ‘los escogidos de Dios.’ “No podemos ser malos si Dios nos ha dado el poder y tanta riqueza” y ¿quién va a emendarle la plana al Señor? ... ¿A los *señores*, más omnipotentes, ellos y sus cañones, que el mismo Ser Supremo todopoderoso, altísimo, allá en los cielos... ?

Dio media vuelta y clavó los ojos en la puerta por donde habían salido los siete conspiradores. Vio a sus dos ayudantes que le miraban desde sus asientos. Uno de ellos, el comandante Riobóo, era hombre a quien conocía bien ¡si hubiera estado rodeado enteramente de gente como él!

Había tantos otros a quienes en seguida embargaría el miedo, las vacilaciones, la cobardía, una cierta angustia temporal (la duda al fin y al cabo del ente racional)...y finalmente... ¡catapún!, la traición. ¡Qué ganas repentinas de ponerse a llorar a borbotones!

Estaban esperando esos traidores que les entregara el mando, ¿para qué? Para hacerlo todavía peor, para únicamente preocuparse (ellos y las fuerzas que detrás de ellos se escondían) de chupar, chupar hasta agotarlo todo... y dejar bien sentadas las bases de una futura revolución.

Tornó a mirar la calle. Vio salir corriendo de una esquina unos pistoleros de camisa azul que perseguían al parecer a un obrero, el cual debió meterse en un portal. Al llegar los facciosos delante del edificio, aparecieron por detrás otros obreros, que lograron desarmarlos y se los llevaron a continuación, arrastrándolos por tierra y dando voces de triunfo.

Se volvió decididamente y entró en el despacho. Se pusieron a sus lados los dos ayudantes, que cruzaron con él la sala. Abrió el general Molero la puerta que daba a la antesala, y dio un paso adelante, gritando: - ¡Viva la República!

Al mismo tiempo uno de sus ayudantes abrió fuego contra los rebeldes, que respondieron al instante matando al ayudante, el comandante Riobóo, e hiriendo gravemente al general Molero. Uno de los rebeldes resultó también muerto: el joven capitán Núñez de Campos; así como un abogado, Emeterio Estefanía, conocido monárquico, que había venido por su cuenta, adelantándose a los militares rebeldes, y que era portador de un mensaje de Renovación Española, que simplemente aspiraba a que volviera Alfonso XIII.

El tiroteo había producido una gran confusión, y mucho humo. - ¡Abran bien los balcones! - gritaba alocado Saliquet-. ¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!

Entre tanto Ponte había acudido a los que ayudaban al herido general de división. –Lléváoslo. Y cuidado que no se os muera – ladró como un salvaje -; que a ése he de fusilarle yo por traición.

-¡A sus órdenes, mi general! – le respondió uno de ellos, el mismo capitán que había dejado entrar a los siete conspiradores por una puerta trasera de la comandancia.

## CAPITULO 15

A las pocas horas la guarnición entera se había rendido a los rebeldes. Como primera providencia, se proclamó el estado de guerra en todo el territorio de la División, que era la séptima, y comprendía Valladolid y otras partes de Castilla.

“¡Aquí no se mueve nadie!”, había amenazado el general Ponte, una vez llevada a cabo con tanto éxito la primera parte de la misión encomendada. Y en efecto, no se movió ni una pulga, después que, en algunos cuarteles, fueron diezmadas las tropas al primer murmullo de desaprobación. En el Cuartel de Caballería “Conde Ansurez”, el brigada Roque Perchero estuvo particularmente atareado en este empeño: una docena de soldados rasos y dos cabos fueron ‘ajusticiados’ aquella noche: él fue el encargado de llevar a cabo ‘la misión.’

A continuación, fueron instalados en el mando, en todas partes, militares monarquizantes o declarados fascistas, siguiendo las consignas que había dado el Gran Cospirador, don Emilio Mola Vidal. Claro que ya no se trataba, para ellos, de una conspiración. Los vencedores en seguida dieron al movimiento el apelativo de Santa Cruzada. Fue el mismo arzobispo, don Remigio Gandásegui, al quien tanto debían (y continuarían debiendo) las clases privilegiadas de Castilla y León, quien en seguida dio el tono. De “intervención del nobilísimo *pueblo* de Valladolid,” calificó él aquel golpe de los militares; nobilísimo pueblo que, según él, “ en la noche decisiva del 18 de julio dio el primer grito de Independencia...” se refería la guerra contra el supuesto invasor, las hordas marxistas; también decía Su Eminencia que, por ello, merecía Valladolid “con toda justicia el glorioso título de **Capital del Alzamiento**

Vinieron a continuación las felicitaciones de la Santa Sede. Fue el poderoso cardenal Eugenio Pacelli quien, desde Roma enviaba a los sublevados el siguiente mensaje, en nombre de Su Santidad, Pio XI, que religiosamente “unía su plegaria a la del episcopado español, para que las bendiciones divinas sean sobre los que combaten en la buena senda del Imperio de Dios, extirpando el mal del bolchevismo.”

Que la República hubiese sumido al pueblo en la más abyecta esclavitud era no solamente una mentira, una grosera invención, sino que iba ahora a constituir la clave de toda la actuación de los traidores, desde el primer momento: el pretexto que en adelante iba a ser utilizado por las clases dominante, precisamente, para esclavizar al pueblo, y para lanzarse como lobos hambrientos a “la caza del hombre,” acabando en los pocos días que siguieron al alzamiento con todos los pensadores, artistas, pedagogos y políticos republicanos que habían constituido el honor de la España de aquel comienzo de siglo y que serían suplantados en los puestos de la educación, la cultura y la administración por malandrines de la peor ralea. En pueblos y ciudades agentes de los ricos, guardias civiles, curas y otros lacayos constituyeron listas de alcaldes y concejales republicanos, profesores, maestros y otros intelectuales laicos, al objeto de entregarlas a bandas de asesinos a sueldo que de pueblo en pueblo fueron sacandolos de sus casas, aquella noche y

las siguientes, para acabar con ellos sin proceso ni cuartel. ¡Había que dejar al pueblo sin mandos ni cerebros, para que nunca más se levantaran, por los siglos de los siglos amén!

Todo tal como lo había preconizado, entre otros, el jonsista Onésimo Redondo en sus escritos y discursos. A él fue otorgado más tarde el honor, meses más tarde, de ser el primero entre los primeros arquitectos de “la Nueva España.” El cual Onésimo Redondo había señalado en su obra maestra, publicada en un periódico de su propiedad, que insultantemente llevaba el título de “Libertad” : “Que estando, como estaban, los terratenientes y otros oligarcas, como clase, amenazados de perder, y aun perdiendo ya, Nación, Religión, Familia, Tranquilidad y Hacienda, merecían esos **bienes** que luchasen para defenderlos. ¡Amemos la guerra y adelante!”

Estaba, en estos momentos, el mencionado bandido aproximándose a Valladolid, para ponerse a la cabeza del “Movimiento,” con un grupo de correligionarios que unas horas antes habían salido a la Acera de Recoletos y otras vías públicas de la ciudad “pegando tiros”, como habían jurado hacer en el último mitin que tuvieron las llamadas “falanges de la sangre”, en el pueblo de Tudela del Duero.

En efecto, se hallaba este Redondo, con otros dieciseis forajidos, en cuatro vehículos que corrían por la carretera, y por cuyas ventanas abiertas asomaban relucientes, en el calor de aquella noche estrallada, largos fusiles Máuser y una media docena de esos pistolones a los que eran tan aficionados. Venían de Avila. Las autoridades judiciales de la Nación habíanles enviado a la prisión provincial de esta pequeña ciudad, por ser sus muros más altos y escarpados que los del penitencial de Valladolid. No había servido de nada esa precaución. Fueron los mismos guardias civiles, que estaban encargados de guardar a los prisioneros, quienes, habiéndose enterado del éxito de la rebelión facciosa en Melilla, corrieron a abrirles las puertas de sus celdas, dándoles, por añadidura, armas y municiones y los cuatro mencionados vehículos.

Así, pues, estaban las cosas en Castilla aquel caluroso atardecer del sábado dieciocho de julio, cuando fue completada con tanto éxito por los dos cabecillas de la sublevación militar, Ponte y Saliquet, la misión que se les había encomendado.

## CAPITULO 16

Había que continuar con la segunda parte de la prueba, emprendiendo una vez más los ahora “Cruzados de la Fe de Cristo” la tarea de cazar a **todos** los republicanos y acabar con ellos inmediatamente.

Determinaron, pues, los generales Ponte y Saliquet que serían ellos personalmente quienes llevarían a cabo esta segunda parte de la prueba, dirigiéndose, por separado, uno a la alcaldía, el otro al edificio del gobierno.

Cumplía aquellos días don Andrés los cincuenta y nueve años de edad, y le había caído todo aquello como un estupendo regalo de cumpleaños. Estaba por consiguiente rebosando de alegría. En efecto, pasado aquel espasmo de miedo que había sentido en los primeros momentos del pronunciamiento, cuando vio salir de su despacho a su superior jerárquico con una pistola en la mano, se le representó el camino a recorrer como un tapiz de rosas.

Solamente que, después de tanto y tan intenso trabajo, sintió el pobre abotargado general la necesidad de reposar un poco antes de emprender la segunda parte de la prueba. Así que ordenó al soldado que conducía el coche del ejército del que se había apoderado en capitania, que diese media vuelta y se dirigiese a un lugar de los Montes Torozos de que eran dueños sus amigos Cuesta-Maura, que habían estado escondiéndole desde el día diecisiete de julio. Allí pensaba pasar con sus amigos como una media hora. Eran éstos gente muy aristocrática, que habían tratado siempre a sus labriegos como esclavos. Llegó, pues, el automóvil a la finca, ordenó Saliquet al chófer que no se moviera de su asiento, tardase él en regresar lo que tardase, y él mismo se metió en la casa. Sudaba en aquel momento como un cochino.

Estaba esperándole Cuesta con la mesa puesta. Con él se hallaban su señora y otros miembros de la familia. Abriéronse unas botellas de champán, haciendo detonar los tapones, para festejar al héroe de la jornada, transformándose a poco el comedor en la sala de festejos, donde se dieron parabienes abundantemente, con muchas risas y otras expresiones de contento. Dos o tres de los comensales expresaron en aquel punto y lugar su “inebrantable adhesión al movimiento”, y todos ellos gritaron al unísono un muy fuerte “¡Arriba España!” No estaban los tiempos para menos. Engulleron a continuación, todos juntos en unión, una opípara cena de lechal, cochinillo asado y otras golosinas, todo ello rociado con numerosas botellas de excelente vino del Duero.

Y cuando terminó el banquete, sintióse el pobre general un tanto pesado de estómago, y comprendiendo que no estaba en condiciones de dirigirse a Valladolid para acabar con el alcalde Quintana, como había acabado horas antes con Molero, barboteó unas palabras al oído de un teniente de caballería que se hallaba a la mesa, ordenándole que se dirigiera deprisa, con un escuadrón, a las inmediaciones de la Casa Consistorial, y que no dejase salir de ella a nadie aquella noche. Le habían dicho unos espías que había pasado el alcalde, Antonio García de Quintana Núñez, todo el día en su despacho, y el general quería ser, él mismo, ¡caramba!, quien lo atrapa. A continuación, dejó caer su cuerpo atiborrado en una poltrona, estirando bien las piernas, las palmas de las manos sobre la barriga, y entró en el

reino de los sueños. Debió repasar en su sueño todos los acontecimientos de la jornada, calculando entre otras cosas qué iba a hacer con el manco Ponte: le dejaría actuar de gobernador por unas semanas, y luego se desembarazaría de él, enviándole en misión secreta a Portugal, a ver si se entrevistaba con Salazar. Sin duda se le representó también la imagen de la Casa Consistorial, la misión que iba a llevar a cabo en la alcaldía. Había oído de uno de los criados que servían a la mesa, el cual se había hallado aquella tarde (a instancias de su dueño) en las proximidades del Salto del Esgueva, enterándose de lo que pasaba y quiénes iban ganando, que había oído “un intensísimo tiroteo procedente de la Casa Consistorial, a la que habían hecho cerco los falangistas.” Y en su sueño oyó el general como disparos de ametralladora, lo cual le alarmó no poco. Estaba precisamente viendo en el mundo vaporoso de su sueño el asalto al edificio de la Plaza Mayor, cuando de repente oyó algo aún más extraño, un ruido seco, como un tiro de mortero. Lo cual le hizo moverse en su poltrona, como si tratara de esconderse, huyendo de algún peligro.

Despertó sobresaltado y vio que, con una sola excepción, se había quedado solo en la sala, donde todavía volaban por el aire los efluvios del alcohol. Era el amigo Cuesta quien le acompañaba, el cual había disparado, unos momentos antes, un singular eructo, con tanto ruido, que no era extraño lo hubiera tomado don Andrés por un disparo de mortero.

Se miraron sonrientes los dos amigos, produjo Cuesta a continuación una larga ristra de pedos que hicieron reír no poco al general. Luego, levantóse del sillón en que estaba apoltronado, diciendo:

-He ordenado que le espere el auto a la puerta, mi general.

Levantóse de su asiento Saliquet, limpió con un mañuelo no muy limpio, el sudor de su cuello, y dejándose desabrochada la guerrera, salió para el excusado, donde se plantó por aproximadamente diez minutos. Completada esta escatológica tarea, salió a unirse con el soldado que le esperaba en el coche del ejército.

Momentos más tarde, iba don Andrés Saliquet Zumeta reposando su cuerpo cansado en el respaldo de su asiento, la cabeza echada hacia atrás. Estrujaba en sus manos su gorra militar con borla encarnada y estrella de general, mientras su nariz apuntaba tranquilamente al techo del automóvil, nunca había tenido esa nariz un tono más marcadamente morado.

Al cabo se puso a contemplar los campos, los pueblos por los que iba pasando, luego las primeras casas de la ciudad, comprobando con placer que mantenían los falangistas una estrecha vigilancia en todas las salidas de la ciudad. Pasó, pues, los diferentes puestos de control que le tocó cruzar, y entró el automóvil en la villa por el Paseo Zorrilla. Y allí se despertó por entero el ilustre militar. Estuvo contemplando con orgullo el nuevo edificio de la Academia de Caballería, de hermosa hechura militar, tan entusiasmado que ordenó al chófer que diera otra vuelta a la plaza, para poder verlo mejor. Y continuaron su camino hacia la alcaldía.

Contento y orgulloso de la tarea realizada iba el caballero, militar nuevamente en activo, según entraba el auto en la nobilísima Calle Santiago. Meditaba. Por su cerebro corrían esos flúidos que llaman ‘de energía espiritual’ que siempre sentía él

después de una buena comida. No es de extrañar, por tanto, que en unos segundos pasasen por su mente un sinfín de imágenes, impresiones, sensaciones, a cada cual más vívida, más gloriosa .

“Se ha comenzado a liberar el país de la ignominia, del dolor y de la ruina, ¡abajo el bolchevismo! – se decía -. Y soy yo el artífice de todo esto, siempre dispuesto a la lucha contra la barbarie del comunismo”

Empezó a dolerle la cabeza. Pensar siempre le había dado migraña. Para distraerse y ver si se le pasaba el dolor, miró a uno y otro lado de la calle. No se veía un alma. Muchas de las farolas de gas, e incluso las nuevamente instaladas eléctricas, estaban apagadas, ¿no habían trabajado aquella noche los faroleros y otros empleados del alumbrado, o habían saboteado el servicio los rojos? La posibilidad de una emboscada, en una ciudad que a fin de cuentas no había sido sometida por completo, hizo que le corriera un frío sudor por el cuerpo, la médula espinal, de arriba abajo y de abajo arriba. Debía haberse hecho acompañar por unos cuantos números del ejército, pensó. Sintió la necesidad de hablar, para espantar el miedo.

Comentario [11]:

-¡Soldado! – expectoró.

-Dígame, mi general – respondió el chófer.

-¿Qué es ese edificio que se ve ahí enfrente? – preguntó por preguntar.

-La Casa Consistorial, mi general.

-¡Ajá! La Casa Consistorial, ayuntamiento, ¿eh?– emitió un bufido, y continuó, esa voz velada de fumador empedernido -: Pues acuérdate bien, soldado, de lo que te voy a decir. Cuando se escriban los libros de Historia, ten por cierto y averiguado que ha de decirse, al mencionar ese edificio: “Aquí estuvo Saliquet aquel **Día de Huracán de Gesta**”, como ha de llamarse en adelante esta jornada. Y sábetelo, soldado, que tú mismo, y otros como tú, estaréis orgullosos de poder decir conmigo: “ ¡¡Allí estuve yo aquel día, acompañando al Gran Saliquet, general en jefe del magnífico cuerpo de ejército que conquistó Castilla para Dios Nuestro Señor!!” No olvides lo que te digo.

-Sí, mi general. No lo olvidaré.

-El gobierno republicano quería entregar el poder a las turbas delirantes, abandonadas a sus odios. Las masas revolucionarias, vacías de Religión y vacías de su Historia. Sí, soldado. Estaban ultimando los rojos los preparativos para una revolución, una gran Noche de los Cuchillos. Ya habían escogido el día para ello, el 29 de este mes de julio, ¿lo sabías?

Comentario [12]:

El soldado no estaba seguro de lo que tenía que responder, y así, dijo simplemente: -A sus órdenes, mi general.

Llegaron a la Plaza Mayor, donde ya se hallaban patrullando guardias y soldados a caballo, amén de un número elevado de vehículos. Habían descargado

momentos antes estos vehículos una treintena de militares rebeldes, los cuales estaban ya en el interior del edificio, con otros tantos falangistas. Por el reloj de la torre Saliquet vio que eran las cinco menos cinco de la madrugada.

Preciosísimas imágenes pasaron de nuevo por la mente del invicto general, según apretaba con las palmas de ambas manos su barriga para salir del automóvil.

... Esos intentos del maldito alcalde socialista de renovar el sistema de enseñanza, creando centros docentes para todos los sectores de la sociedad, y desterrando a Dios de las escuelas... ¡Ah, iba a pagarlo ahora con creces ! Con qué brío habrían procedido a despedazar a España esos sin-Dios para ofrendársela, insensatos, al júbilo bolchevizante de las masas... Menos mal que grandes patriotas como Mola (y como él mismo) se habían anticipado a semejante traición.

... Sí, había llegado la hora de ajustar cuentas: se acabaron los crímenes de las hordas marxistas y sus aliados. Y que no pretendan los traidores agarrarte al principio del Derecho de que no debe imponerse al delincuente castigo por delito que no estaba establecido de antemano a la perpetración del crimen, que no les servirá de nada. **Yo** voy a arreglar eso. Ahora mismo. La traición a la Patria **es** crimen. Ser rojo **es** crimen indecente... ¡Ah, señor alcalde, la que te espera!

Todo esto lo pensaba el general según subía las escaleras de mármol de la Casa Consistorial en dirección al despacho de García de Quintana, cuando vio cómo se abría ésta una gran puerta con estruendo, y cómo salía un tropel de gente armada, falangistas, que llevaban atados o esposados a unas cuantas hombres, algunos gravemente heridos. Y en seguida notó, con consternación, que no se contaba entre los prisioneros el señor alcalde.

-¡Me cago en la hostia - murmuró el general – ¿Qué ha pasado Martín?, ¿qué han hecho estos cabrones? – preguntó al teniente Martín Cuesta, que se apartó del grupo para ponerse a sus órdenes.

-No sabemos, mi general – respondió el teniente -. Hubo un intensísimo tiroteo durante más de una hora. Ya hemos acabado con ellos.

-Eso ya lo veo, teniente. ¿Pero el alcalde, qué?

-Ese logró escapar, mi general. Debió haberse ido a primera hora de la tarde – señaló uno de los falangistas que se acercó también a ponerse a las órdenes de Saliquet -. Pero no le dé pena, mi general. A ése lo vamos a cazar bien pronto. Hemos cercado su domicilio de Teresa Gil, y ya tenemos una lista de todos su familiares y allegados. Nadie podrá esconderse por mucho tiempo.

-Bueno, continuar vigilando. No pararé hasta que le hayamos fusilado por traición - concluyó Saliquet.

Había entre los militares que acompañaban al teniente un capellán cuyo alzacuello y cinta morada de Cristo asomaban por el cuello de la guerrera. El general sonrió al verle, y adelantóse a besarle la mano.

-Padre – dijo -, tal vez usted sabe dónde se ha escondido ese maldito Quintana.

-¡Ah, dónde, dónde! – respondió vacilante el eclesiástico -. Pero trataremos de encontrarle. La servidumbre no tardará en irse de la lengua.

-Pues encárguese de ello, Padre. Averigüenlo. Que ustedes todo lo pueden.

-Sí, pero le prevengo, mi general, que el secreto de la confesión es sagrado.

-Hay modos y modos – sonrió don Andrés -, todo el mundo lo sabe. Y ustedes mejor que nadie.

-No sé, no sé. Sólo le aseguro que no escapará.

-Eso mismo digo yo. Y en cuanto se le atrape..., un juicio sumarísimo, por rebeldía, y al paredón.

A continuación, se metió don Andrés Saliquet en lo que había sido el despacho del alcalde. Con él entraron el teniente Cuesta y un alférez de complemento pelirrojo, llamado apropiadamente Cienfuegos, que había sido en su tiempo estudiante de derecho en Salamanca. Eran las cinco y media de la mañana del domingo 19 de julio y Saliquet estaba muy interesado en que saliera, ese mismo día en los periódicos, el bando que había estado preparando en su cabeza desde que entró en la alaldía; asimismo quería que se pegase el bando en los edificios públicos y en las esquinas de las calles céntricas de la ciudad. Para ello necesitaba la ayuda de Cienfuegos, que era muy inteligente. Se sentaron los tres en sendos sillones, sacó el general un cigarro puro de uno de los bolsillos superiores de la guerrera, y empezó a fumar con gran satisfacción, llenando de humo aquella parte de la habitación. Mientras tanto, los otros dos redactaban el documento que leía de esta manera:

-«**Bando.** Don Andrés Saliquet Zumeta, general de División y Jefe de las Fuerzas Armadas de la Séptima División, **Ordeno y mando:** Artículo 1°. Queda proclamado el **Estado de Guerra** en todo el territorio de esta División... »

Seguían quince Artículos furibundos en los se prohibía todo y se condenaba a muerte a quienes los contravinieran o se atrevieran a mover un poco o a respirar libremente. Antes de completar el alférez la lectura, el general se llevó la palma de una mano a la frente, meditativo, agarró el documento y leyó, complacido: «Por último espero la colaboración activa de todas las personas patrióticas amantes del orden y de la paz que suspiraban por este **Movimiento**, sin necesidad de que sean requeridas especialmente para ello, ya que siendo sin duda estas personas la mayoría, por comodidad, falta de valor cívico o por carencia de una aglutinante que aúna los esfuerzos de todos, hemos sido dominados hasta ahora por unas minorías audaces, sujetas a las órdenes de Internacionales de índole vario, pero todas igualmente antiespañolas. Por eso termino con un único clamor, que deseo sea sentido por todos los corazones y repetido por todas las voluntades, ¡Viva España! Valladolid 18 de julio de 1936, **el General de División SALIQUET.** »

## CAPITULO 17

Mientras tanto estaba ya llevando a cabo su amigo el general Miguel Ponte la otra parte de la alta misión encomendada. Con unos veinte soldados y oficiales de caballería del Regimiento Farnesio dirigióse desde el cuartel Conde Asurez, del Paseo del Arco de Ladrillo, donde el regimiento estaba acuartelado, al edificio del gobierno, en la ciudad, con la esperanza de hallar allí al gobernador civil de la provincia, don Luis Lavín Gautier. No le hallaron, y partieron a buscarlo en su propia casa.

Resultó que el gobernador había salido al anochecido por carretera en dirección a Madrid. No le sirvió de mucho a don Luis esta huída; pues fue interceptado su automóvil por un grupo de facciosos que se habían apostado, ya desde las primeras horas de la tarde, a la salida de la ciudad. La guardia civil, por su parte, así como la guardia de asalto, en cuanto se supo que la guarnición se había unido al alzamiento, comenzaron a disparar contra el pueblo en todas partes, tanto en la capital como en la provincia, a fin de que no hubiera ninguna duda de su "lealtad".

Al mando de los facciosos, un "escuadra de la sangre jonsista", se hallaba el abogado Gonzalo Beltrán Jiménez, el cual acompañó al señor gobernador en su viaje de vuelta a Valladolid. Fueron escoltados por dos "carros" de guardias de asalto.

El domicilio de don Luis estaba literalmente rodeado de falangistas y otros extremistas cuando llegaron Beltrán y los suyos, conduciendo al esposado gobernador y otros dos miembros de la familia.

El general Ponte, que desde el gobierno civil se había dirigido con sus hombres igualmente al domicilio del gobernador, se hallaba sentado en un sillón de la gran sala cuando entraron los facciosos en el piso. No quiso recibirlos, ni oír a don Lavín. Estaba jugando con la idea de nombrarse él mismo gobernador de la provincia y no quería que le distrajeran, ni tomar ninguna decisión personal en aquel asunto. Además estaba muy fatigado: había tenido hacía unos minutos una inyección de morfina, para mitigar el dolor de su brazo derecho, y necesitaba estar solo aquella noche. Fue el coronel Núñez de Campos quien tomó a su cargo el interrogatorio del que ya consideraban como ex-gobernador.

-¡Pero cómo! ¿Tú aquí? – exclamó don Luis, viendo a su compañero de infancia. En efecto, los dos habían ido de niños al mismo colegio de padres jesuitas.

Don Augusto no desplegó los labios. Estaba preguntándose que por qué aquel hombre, católico, correcto y educado, se había negado a colaborar en el arduo empeño de levantar, desagrar y servir a España, uniéndose al Movimiento salvador, que naturalmente habría de triunfar en Valladolid.

-Debí de figurármelo – prosiguió el bueno de don Luis, a quien Beltrán acababa de quitar las esposas -. Siempre has sido, Augusto, un traidor; traidor y cobarde.

-¿Cobarde yo? Mientes como un hijoputa – le chilló con desprecio el coronel - . ¿Y hablas tú? ¡Tú! ¡Túuu! ¡Dios te maldiga! Y, en cuanto a traidor, ya veremos, y muy pronto, quién es el traidor

Don Luis Lavín, que en su vida había deseado mal a nadie, contestó: - Te estás condenando, blasfemo. ¿El nombre de Dios en tu boca? - y, con aire de gran arrepentimiento, suspiró: -Haber creído en el Ejército. Eso ha sido nuestra ruina. Debimos habernos desembarazado de tanta canalla. En fin, ¿a qué maravillarse ahora? Es ya demasiado tarde.

-Eso mismo digo yo – replicó el otro -. Ahora a bajar la cabeza y obedecer. Si lo deseas, puedes preparar tu alma a Dios.

-Ya te he dicho, blasfemo, que no menciones el Santo Nombre de Dios en vano. Infectáis todo lo que tocáis. No, no temo la muerte, si es eso lo que quieres saber. Poco importa morir si se muere dignamente. ¡Salvajes! Me inculpáis por haber respetado mi juramento a la República. Os acusáis con ello, raza de rebeldes asesinos. Sí, doy contento la vida. Lo que ya no podría es vivir entre tanta ignominia, ¡sois la escoria del país!

Don Augusto Núñez de Campos, que había recibido al inculcado en el despacho de este último, no aguantó más los insultos y, levantándose del sillón, se dirigió como una flecha hacia el insolente, la mano en alto, para pegarle; pero se detuvo, asustado, ante la dignidad y compostura del otro. Y volvió a sentarse en la butaca.

-Venceréis, pero no convenceréis. Llegará el día en que os arrepentiréis de lo que habéis hecho – continuó don Luis Lavín -. En cuanto a mí, nunca hice en esta vida nada de que tenga que avergonzarme o necesite, en estos momentos sublimes, arrepentirme; nunca he odiado a nadie, al menos conscientemente. Apártate de mi vista para que no entre el odio, a estas alturas, en mi corazón. Quiero recorrer el corto camino de espinas que aún me queda, con la sonrisa y la tranquilidad de un hombre digno, la cabeza alta, sin odio ni rencor.

Y, volviéndose a Gonzalo Beltrán, que llevaba la camisa azul abierta de la Falange, concluyó, apuntando el escapulario de la Virgen del Carmen que éste llevaba colgando del cuello: -Usted que lleva ese signo de amor debajo de la camisa azul, y que tendrá en su alma al menos un átomo de caridad cristiana, por favor, lléveme cuanto antes a donde me tenga que llevar. Sólo le pido una cosa: sáqueme por la puerta de servicio; no podría soportar otra vez la vista de esa multitud de pistoleros fascistas.

## CAPITULO 18

Aquel día dieciocho de julio, que terminó para los ilustres generales Ponte y Saliquet con las tres señaladas victorias (la de capitanía, la del ayuntamiento y la de la casa del gobernador civil), había amanecido Valladolid, como otras ciudades españolas, en una gran confusión. Se había difundido la noticia. ¡Había estallado un movimiento militar! Más, la gente no sabía. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Alzamiento nacional, golpe de estado, cambio de gobierno o qué? Por cierto y averiguado se tenía, sí, que las fuerzas africanistas del general Franco se habían insurreccionado en Melilla, unas doce horas antes, y que allí el levantamiento había sido coronado de éxito.

A la hora de la siesta, antes de que las tres famosas conquistas se llevaran a cabo, es decir, cuando Ponte tomaba en su casa el café y unas copitas con Saliquet, Núñez de Campos y unos cuantos valientes más, los jonsistas y falangistas, que habían prometido que a la primera señal se echarían a la calle tirando tiros, a la calle se lanzaron en efecto disparando sus pistolones y gritando “¡Arriba España! ¡Abajo el comunismo!” Con la temeridad de los fanatizados habían recorrido las principales vías de la ciudad, sembrando el terror en todas partes. Ellos fueron en Valladolid los que iniciaron la rebelión: Beltrán, Girón, Ridruejo, Laín, Arrese, Cossio, Ruiz de Alda, Cienguegos y otros, luego se les unió Redondo, con los que habían escapado de la prisión de Avila.

Onésimo Redondo, con su paso firme, su cabello negro desordenado y ojos de loco furioso, era el que mandaba la principal “escuadra de la sangre”. Los vallisoletanos estaban aterrorizados. Solamente algunos franco tiradores (que el pueblo llamó “los pacos”, por el sonido de los tiros) daban señales de vida, especialmente en los barrios de Las Delicias y Santa Clara. En el centro, se oía un tiroteo en las inmediaciones de la Csa del Pueblo, la Calle Fray Luis de León y la torre de la Iglesia de El Salvador. En algunas partes, oficiales y cadetes de la Academia de Caballería, al mando de un oficial llamado Cuadra, se unieron a los falangistas, constituyendo sus propias “escuadras”.

En la madrugada, ya anunciaban los traidores por la radio, y en pasquines pegados en los muros de edificios públicos y privados, que estaba constituyéndose en Madrid un gobierno de salvación nacional presidido por el general Sanjurjo.

Cuando las cosas empezaron a verse claras en la capital castellana, las casas de los ricos se engalanaron en seguida con colgaduras y banderas, aunque por el momento no todas monárquicas. No se sabía si el monárquico José Sanjurjo se hallaba todavía escondido en la deliciosa ciudad de Estoril, o si estaba dirigiéndose ya a Madrid: y, si llegaba a la capital, si lograría implantarse de jefe, o si sería algún otro militar monarquizante, o un declarado fascista, quien cogiera el mando. Por otra parte, en seguida comenzaron a circular rumores de que el general había muerto en un accidente de aviación: eran los “rojos” quienes le habían matado.

Así que nadie, en un principio, sabía en qué iba a parar todo aquello, ni lo que estaba forjándose, o a qué conduciría aquella matanza: si una “Nueva España” había nacido ya, o estaba naciendo, o si iba a sumergirse la nación entera en un baño de sangre.

¿Qué importaba? En Castilla estaban ya los curas diciendo que aquella había sido una “noche decisiva”, que, como españoles, “habían dado los vallisoletanos el primer grito de independencia contra las hordas marxistas.” Para ellos, era ya seguro que había triunfado la rebelión, gentes tan religiosas y tan de derechas no podían menos de apoyar el Movimiento. Innecesario es decir que las campanas de numerosos templos repiquetearon sin reposo, anunciando el fausto acontecimiento. Hombres y mujeres endomingados entraban en las iglesias, el devocionario en la mano; más de un sacerdote celebró aquella mañana la misa pidiendo apasionadamente a Dios Nuestro Señor que descargara su divina ira contra los enemigos de su santa religión. Se leyeron homilías y otros mensajes pastorales en los que se calificaba a los sublevados de «defensores del orden contra la subversión, avanzados de la civilización » en lucha contra la propagación del comunismo ateo que había tratado de extinguir la fe en Cristo, que había menoscabado la creencia en la revelación divina, existente en el corazón de cada hombre y especialmente de los jóvenes; y que osaba presentar a la Iglesia de Cristo, depositaria de las divinas promesas y educadora de los pueblos por misión del Cielo, como enemiga declarada de la prosperidad y del progreso de la nación. ¡Digno mensaje de tan dignos Pastores!

Muchos de los que presurosos acudieron a las iglesias portaban visiblemente sus escapularios y medallas colgando de cintas moradas, así como insignias de Acción Católica y de otros grupos o sectas integristas. De los hombres, bien pocos fueron los que salieron aquel día a la calle mal vestidos o sin corbata. Cosa peligrosa, en efecto, era que la fuerza pública le tomase a uno por obrero. La palabra “obrero” había devenido sinónima de revolucionario, enemigo del régimen que se instauraba.

Escuadrones de caballería (no sólo de la guardia civil y de asalto, sino también del ejército) desfilaban por las calles, fusil en prevención, atentos para matar el primer brote de ‘sedición’ que pudiera producirse en cualquier punto del centro urbano. En los alrededores de la ciudad se veían ‘carros’ de asalto y pelotones de la guardia civil, cargando contra grupos aislados de obreros.

A media tarde hizo irrupción en la ciudad como una docena de camiones cargados de labriegos de muy mala catadura, mercenarios a quienes sus amos habían dado la camisa azul de la Falange, y gorro y correa del mismo uniforme; y los habían mandado a la ciudad para ‘mantener el orden’. Pasaron por la Acera de Recoletos, Miguel Iscar y la Calle Santiago dando gritos entusiásticos, alzando en el aire sus relucientes fusiles y tirando salvas al aire.

-¡Animo, soldados de Cristo! – les exhortó un viejo sacerdote desde la entrada de una iglesia -. ¡Duro con la canalla! ¡Que no quede ni uno!

Halagados por tales gritos, dichos nuevos falangistas empezaron a buscar por todas partes a la 'canalla', causando el terror entre cuantas personas decentes aún quedaban en el centro de la ciudad.

Luego recorrieron las Calles Panaderos, Estación y Ferrocarril, donde se habían refugiado algunos grupos de trabajadores. Eran obreros anarquistas, que venían del otro lado de las vías. Algunos de ellos cayeron muertos en la fuente del Caño Argales.

-¡Dispersarse! ¡Orden de la Autoridad! – gritaban estos primitivos elementos, 'defensores del orden', tan pronto como veían un grupo de más de cuatro personas.

Y si volvían a echar el ojo a un 'operario', un pobre hombre con gorra de proletario, o sin corbata, inmediatamente iban a por él.

-¡Eh, tú, socialista, cabrón! - le chillaban - ¡Venga! Grita ¡Viva el Ejército! - Y, al que no obedecía o que, aturdido o retador, gritaba ¡Viva la República!' le pegaban dos tiros y a otra cosa, dejando los cadáveres por tierra. Habían recibido instrucciones de sus amos que tenían que sembrar el pánico en toda la ciudad.

Así es como "el nobilísimo pueblo de Valladolid", conquistó la ciudad para el fascismo, ciudad a la que, meses más tarde, el Caudillo concedería la Cruz Laureada de San Fernando, « *como recuerdo a las gestas heroicas en el Movimiento Nacional y homenaje a quien desplegó decisiva aportación a él, en los primeros momentos de la Guerra de Liberación de España* ».

En seguida en las esquinas aparecieron, aquel día, unos carteles conteniendo un bando del general Saliquet, estatuyendo que asumía la autoridad en el territorio. «**Ordeno y mando** - decía el ahora Jefe de la Séptima División -: Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División y, como primera consecuencia, militarizadas todas las fuerzas armadas, sea cualquiera la Autoridad de que dependían anteriormente, con los deberes y atribuciones que competen a las del Ejército, y sujetas igualmente al Código de Justicia Militar. No precisarán intimación ni aviso para repeler por la fuerza agresiones a las fuerzas indicadas anteriormente, y quedan sometidas a la jurisdicción de guerra y transmitidas por **procesos sumarísimos** las acciones siguientes»: (dándose a continuación en dicho bando la lista de delitos castigados con la pena de muerte inmediata: «resistencia a agentes de la autoridad; desacato, injuria, calumnia, amenaza y menosprecio a las Autoridades militares o militarizadas, la tenencia de armas, las incitaciones, el reparto de hojas o proclamas, las huelgas de brazos caídos, el uso de banderas, los cantos, himnos, reuniones en restaurantes o cafés, manifestaciones, etc., etc.»)

## CAPITULO 19

Desde las primeras horas de la mañana de aquel mismo día dieciocho, en que llegaron noticias por la radio de una sublevación militar, se prepararon los trabajadores y sus familias a hacer frente al fascismo; pues de eso es de lo que se trataba, del establecimiento del fascismo en nuestra patria, ese "régimen de autoridad," que habían pedido los conspiradores, y que ahora implantarían los rebeldes.

La que se les echaba encima era gorda. Si por azar triunfaba la rebelión, los 'señoritos', libres de las trabas y cortapisas que para ellos suponía la existencia de una república libre y democrática, iban a caer de nuevo como buitres sobre el pueblo, como en octubre de 1934, como tantas veces en el pasado. Los trabajadores lo sabían. El golpe militar y la salida de los pistoleros a la calle no podían tener otra significación. Si España dejaba de ser republicana, se implantaría la dictadura de los poderosos.

En Santa Clara los trabajadores decidieron resistir a la sublevación fuese como fuese. De los lugares vecinos acudían mozos valientes que habían oído en sus pueblos de la rebelión del ejército y venían a la ciudad en busca de armas. Sólo tenían noticias vagas y contradictorias, pero no había duda de la decisión heroica que les animaba a todos de defender con sus vidas la libertad. Los lugareños les rodeaban entusiasmados, vitoreando a la república y a la hermandad de obreros y campesinos: - ¡U.H.P.! ¡U.H.P.! ¡Mueran los traidores! ¡Viva la República! ¡Unión de Hermanos Proletarios!

Era Santa Clara una barriada de casas molineras con abundancia de vaquerías, que suministraban a las lecherías de la ciudad, y algunas fábricas de paños y otras industrias pequeñas: gente obrera, en general, con tradición en el campo.

Se alzaron varias barricadas en las que trabajaron, con el ardor de quienes saben que en ello les va la vida, jóvenes y ancianos, mujeres, hombres y niños. Era un sacrificio heroico. Para defender la República se necesitaban armas. Y aquellos pobres seres estaban armados solamente con palos, horcas y alguna que otra escopeta de caza; pistolas de guardas de campo jubilados, un par de máusers y algunas granadas de hombres que habían estado en el ejército; y nada más. El convento se mostraba a un lado, y más allá, los edificios ya del casco urbano.

Recorría las calles el diputado socialista Garrote alentando a la población. Informó a un millar de personas, en un mitín junto al Convento de Santa Clara, que había habido enfrentamientos en la ciudad, de trabajadores, mayormente ferroviarios, con pistoleros jonsistas y falangistas, que se habían apoderado del edificio de los jesuitas de la Calle Ruiz Hernández y estaban ametrallando a los ciudadanos desde azoteas y tejados. Asimismo dijo que Onésimo Redondo había hecho de la Academia de Caballería, en el Paseo Zorrilla, el cuartel general de Falange Española de las JONS, y que un montón de cadetes se habían afiliado ya al partido fascista.

En conversaciones con Ferrer y otros comunistas, Garrote informó que tenía noticias de un convoy de mineros bien armados que había salido de Asturias para defender la meseta castellana. ¡Si solamente Santa Clara y otros barrios obreros pudieran resistir hasta la llegada de tales refuerzos!

Casimiro Ferrer iba de grupo en grupo, ayudando a la gente y dando ánimos, especialmente a los jóvenes. Si el gobierno de la República se decidiese a armar al pueblo, ellos constituirían la Milicia, garante de la democracia y de la libertad. Una lucha entre el pueblo y la milicia de una parte y el ejército y los paramilitares fascistas de otra.

-¿Qué va a pasar ahora? – le preguntaban.

-Pronto lo sabremos – respondía Ferrer.

-Dicen que en el centro matan a los que ven con mono, ¿es cierto?

-No hagáis caso de todo lo que oís. Hay muchos rumores. Es verdad que los facciosos están cometiendo toda clase de tropelías. Sé que en estos momentos los sublevados no han podido conseguir ninguno de sus objetivos, salvo sembrar el terror en determinados puntos concretos. Pero el pueblo sabrá imponerse a esa canalla.

A media mañana se decidió Ferrer a ir a la Estación del Norte con un par de voluntarios. Tenía que informar a los ferroviarios de que en las afueras iban a resistir los obreros y campesinos contra los traidores del ejército, y que necesitaban armas.

-Si vienen los facciosos – le dijo a uno de sus hermanos, que quedaba a cargo de una barricada – ya sabes, a parapetarse bien y a no malgastar la munición; no se puede lanzar al pueblo a pecho descubierto contra las ametralladoras del ejército.

Su hermano, un joven rubio, alto y bien parecido, que no había cumplido aún los veinte años, le abrazó con emoción.

-Trataremos de volver a tiempo – dijo Ferrer -. Pero si no, ¿qué te puedo decir yo, hermanillo? La lucha será espantosa, enorme y desigual. ¡Salud! - y, al cabo: - Abrazame otra vez.

Evitaron el centro de la ciudad para llegar a la estación sin tropezar, en lo posible, con las bandas fascistas, escondiéndose en los portales cada vez que se oía el ruido de un motor o el cabalgar de caballos. Con todo, al doblar una esquina recibieron una descarga cerrada que les pareció venir de un punto elevado.

-¡Allí, Ferrer, en la iglesia! – chilló uno de los mozos, precipitándose en un portal.

Ferrer y el otro joven, que fue alcanzado en un brazo, retrocedieron, parapetándose en la esquina. Comprendió Ferrer al punto de lo que se trataba; les estaban encañonando desde la torre. Mandó al joven que se quedara donde estaba, y puesto que él mismo era el único que llevaba un arma con que defenderse, una

vieja escopeta de caza, dio la vuelta a la manzana hasta colocarse en una callejuela cercana a la iglesia y de manera que sus tiros se cruzaran en ángulo bastante abierto con los de los facciosos. Antes de disparar, gritó al del portal, haciéndole signo para que retrocediera, y acto seguido hizo fuego. Como había esperado, los de la torre volvieron a los disparos, apartando los ojos un instante del portal, lo que aprovechó para salir de éste el primer mozo que, pegándose a las fachadas de las casas, se unió a su compañero. Silbaban y zumbaban las balas a su lado; pero ya el miliciano estaba a salvo. Pronto se unió a ellos Ferrer y, a cubierta ahora de las balas, vendaron con pañuelos el brazo del herido y se pusieron de nuevo en marcha. Sin dejar de correr atravesaron la Plaza de Colón, y llegaron a la verja del precinto de la estación sin ningún otro contratiempo.

Los ferroviarios estaban en pleno estado de guerra. Les salió al encuentro un miliciano joven que llevaba una cinta de cartuchos en bandolera y les apuntaba con un fusil máuser. Detrás de él había otro miliciano, un hombre de avanzada edad.

-¡Alto! ¡La consigna! – gritó el joven, nervioso.

-Somos camaradas de la UGT – respondió Ferrer, enseñando su carnet sindical.

El viejo hizo una seña al joven miliciano, cogió el carnet que le enseñaba Ferrer, y dijo: -Está bien, pasad. ¿Qué le pasa a ése?

-Nada, un rasguño. Nos hicieron frente unos facciosos desde la torre de una iglesia.

-Que le vean en la enfermería – dijo el viejo miliciano, devolviendo el carnet a Ferrer -. Te hago responsable a ti de los otros dos. Preséntate al jefe de estación y explícale qué te trae aquí.

El jefe de la estación (que en realidad era el subjefe, pues el jefe, al recibir noticias de la sublevación, había precipitadamente abandonado el puesto) recibió a los obreros de Santa Clara con muestras de gran camaradería. Les confirmó que, en efecto, se había recibido una llamada de León señalando que un convoy, que en principio se dirigía a Madrid, venía de Asturias con armas y munición y muchas cargas de dinamita.

-Entre tanto – le dijo a Ferrer, después de que los otros dos se fueron hacia la enfermería -, podéis ayudarnos a defender la estación, si acaso atacan los rebeldes.

-Desde luego – respondió Ferrer -. Contad con nosotros.

Al despedirse del jefe de estación, los obreros de Santa Clara recibieron instrucciones precisas sobre dónde tenían que apostarse y de quiénes habrían de recibir órdenes.

Pasó una hora Ferrer haciendo guardia cerca de la sala de telégrafos. Le colgaba del hombro un fusil que le habían dado los milicianos con el aviso de que estuviera alerta a la menor señal de alarma.

De vez en cuando se veía un grupo de ferroviarios armados cruzando las vías o yendo de un lado a otro de los andenes, a cuyos extremos se veían algunos vagones viejos de donde asomaban milicianos igualmente armados.

## CAPITULO 20

Estaba muy pensativo, abrumado por un peso nuevo en la mente, algo que no había conocido hacía mucho tiempo, y nunca desde que se hizo comunista; una tristeza profunda había acabado por ampararse del fiero militante batallador, revolucionario (como había estipulado Lenin) de profesión; lo sentía en las tripas, ese algo que le ahogaba, le apretaba en la garganta... ¡él que no había conocido nunca la duda!

Le vinieron los recuerdos, sobre todo del pasado más lejano. Pensó en su padre, combatiente sindicalista de siempre: primero en su Barcelona natal, donde había integrado de temprana edad las filas anarquistas; luego en Sevilla, a donde había sido desterrado tras los disturbios de la 'semana trágica', que habían ensangrentado aquella hermosa ciudad condal, cuna del capitalismo español, y donde había habido siempre un sindicalismo muy activo que las autoridades se empeñaban en desterrar; y el traslado definitivo a Castilla. ¿Cómo vería ahora el viejo lo que estaba aconteciendo al parecer en toda España, la traición del ejército, la guerra que se aproximaba? ¿Cómo podría sobrevivir a la tristeza, el horror de un triunfo del fascismo, él que había recibido con tanta alegría, unos meses atrás, la victoria al fin del pueblo en unas elecciones que habían sido ejemplo de civismo y democracia?

Se le representó un momento, como una pesadilla, la llegada de los mineros asturianos, si por azar ya entonces había triunfado la rebelión en Castilla, ¡una verdadera matanza!, ellos que habían sufrido tanto en el treinta y cuatro, cuando ametrallaron las tropas sin discriminación a los habitantes de los pueblos de aquella región minera.

La democracia, un sueño encantador despiadadamente hecho pedazos. Había oído aquella mañana el parte de los rebeldes emitido ya por Radio Valladolid. En el lenguaje directo y agresivo que les caracterizaba, anunciaban: «El resultado de la lucha no puede ser incierto: es el Ejército el que la conduce, y contra el Ejército nadie puede. Y al lado del Ejército está Falange Española de las JONS.» Se decía a continuación que «la Falange, curtida al aire de todas las pruebas, está presente en la lucha por asegurar que la victoria abra un cauce duradero a la Nueva España.»

Ya el mundo entero sabía que una España democrática moderna había sabido rechazar el fascismo en las urnas, y que el ejército traidor, al servicio de una minoría usurpadora, estaba tratando de alterar el curso de la Historia.

“¡Qué **nueva** España pretenden!” se dijo, recordando la alocución de la mañana, esa Radio Valladolid de los falangistas. ¿Qué hay de nuevo en ello, si no es la voluntad de avasallar a un pueblo al fin liberado, de castigarle por haber osado levantar la voz pidiendo pan, trabajo, justicia, la libertad del ser racional?”

El jefe de la estación, camarada del partido, le había informado que se estaba tratando de formar un nuevo gobierno en Madrid, cuya clave sería 'el compromiso y la moderación', y que se sabía que el presidente de la república estaba a punto de llegar a un acuerdo con los rebeldes: se hablaba del general José Sanjurjo como nuevo presidente.

¡Sanjurjo, que se había sublevado contra la república en 1932! ¿Qué significado podía tener el que un tal asumiera ahora el mando? ¿Quién defendería en adelante la democracia y el interés del pueblo si el gobierno firmaba el compromiso con los rebeldes? ¿Cuánto tiempo tardarían éstos en implantar la dictadura si el mismísimo Sanjurjo había sido partícipe en el golpe de estado que había llevado al poder al general Miguel Primo de Rivera en 1926? ¡Peor aún que el Bienio Negro de gobierno conservador que se acababa de superar!

Ferrer tenía a la sazón treinta y cinco años, se le había ido, pues, ya media vida, militando, batallando con tesón por un ideal, casi sin reposo. Extraño es decir, por tanto, que esa duda que nunca había conocido, hiciera ahora mella, de repente, en su cerebro, y se sintiera tan triste, desalentado, como perdido, increíblemente solo. Sí, dudaba. En el momento decisivo un átomo de flaqueza había entrado en lo más profundo de su ser. "En verdad - se decía - qué poca felicidad ha sido mi destino alcanzar en lo que llevo de existencia, qué poco gozo personal, mi vida como individuo." Sí, pertenecía al partido, y eso era y había sido, desde luego, causa de mucha satisfacción. ¿No había él oído y leído mil veces que el ser comunista es ser hombre de verdad, un ser humano completo y feliz; que el ser militante socialista es formar parte de los únicos seres realmente optimistas y seguros de sí mismos en toda la humanidad, luchando como luchaban por un futuro mejor y más digno para todos los habitantes de la tierra?

¡Un futuro mejor! ¿Pero cuándo, a qué momento de la historia **ese futuro**? Si acababa España de vivir ese momento en que el pueblo había pacíficamente escogido un horizonte claro y esperanzador. Horizonte que se les había ahora nublado, escasamente cinco meses después de un rotundo triunfo electoral. Incluso si **no** se daba el mando a Sanjurjo o a quienquiera que escogieran los rebeldes; incluso si se lograba extirpar la rebelión, ¡cuánto no se había perdido ya! Recordó que a raíz del triunfo del Frente Popular había pensado, con sus camaradas, que se había logrado ya el cambio tanto esperado, que se habían acabado para siempre la pobreza y la opresión, el sufrimiento del pueblo, de las clases obreras y paisanas; que se iban a resolver todos los problemas sociales de una manera civilizada, de solidaridad entre las gentes, a través de una transformación profunda y verdadera del sistema, rechazando para siempre la explotación y la violencia: el egoísmo individual sustituido por una búsqueda del bien común. Y, para empezar, una distribución más equitativa de las riquezas, la posibilidad para todos de obtener trabajo, la educación de los hijos, una vida mejor, sin miedo a la miseria, el desempleo, la falta de asistencia en caso de enfermedad ¡Qué fracaso rotundo! Ni aun esto habían consentido los ricos, los que lo querían todo, insaciables.

Desde muy chico había conocido Ferrer la pobreza y la necesidad. Su madre había muerto a su llegada a Valladolid, agotadas ya sus fuerzas, reventada a trabajar durante años para mantener el hogar, y de la angustia de ver al marido, experto mecánico en la industria textil de su país, sujeto a toda clase de exacciones,

el desempleo, la persecución y la tortura en la cárcel. Y luego el exilio, represalias de parte de la clase patronal y sus esbirros, que querían tener una clase obrera suave y disciplinada, y no podían tolerar un sindicalismo militante fomentando huelgas y manifestaciones.

Había seguido Ferrer en los pasos de su padre, que del anarquismo se pasó al socialismo; y como él, había adoptado una vida de mucho esfuerzo y muchos sacrificios, olvidándose a menudo de sí mismo, de su vida personal, dejando a un lado la posibilidad de una vida retirada, un hogar tranquilo, siquiera unos momentos; la oportunidad de conquistar a una muchacha, amar a una mujer que hubiera llamado suya, y de dejar una descendencia. No es que, a estas alturas, se arrepintiera del camino que había tomado. No obstante, algo le llegaba de sus profundidades..., sentía ahora esa duda, ese horror al fracaso en la lucha: tal vez se había equivocado, tal vez hubiera habido cabida en su existencia para una esposa, la madre de unos hijos que siempre había deseado.

Pensó concretamente en Dorotea, la joven Doro Platero de hacía una docena de años, que llegó a la Calle Esgueva, y de la cual había estado secretamente enamorado, tan secretamente que ella ni siquiera se enteró. Una sonrisa velada pasó por sus labios al recordar la gracia que le hizo a su entonces joven amiga, cuando le contó, como quien cuenta un chiste, que su nombre de pila era Casimiro. 'Y entonces –dijo ella, divertida - ¿por qué te llaman todos Ferrer?' Y, apretando los dientes, él respondió: - ¿Lo ves? ¿Ves como tú también te ríes? Todos lo toman a guasa. 'Casi miro y no te veo', dicen.

Ni siquiera una vez se atrevió a decirle que la amaba, joven doncella que había entrado al servicio del cura de la parroquia. Y, sin embargo, cuántas veces no estuvo a punto de cogerla de las manos y, puesta la mirada en aquellos ojos marrones luminosos, confesarle que la amaba, que la había amado siempre, que sufría cada vez que la veía con otro, Lucio, su amigo, que terminó casándose con ella.

Comentario [13]:

## CAPITULO 21

-¿Eh tú, gigantón? ¿No entiendes el castellano? – oyó que le gritaba alguien desde el segundo andén.

-¿Yo? – preguntó, como despertando de un sueño.

-Sí, tú. ¿Has comío ya, camaraa? – le preguntó un joven ferroviario, moreno, con deje de andaluz.

-Pues la verdad, no. No me ha dado tiempo, y ahora ya ni tengo hambre.

-¡Qué va, hombre! El apetito se abre comiendo. Venga, quedas invitao.

Vio venir al andaluz con otro miliciano, un joven alto de pelo tirando a rubio. Llevaban ambos el fusil cruzado de hombro a costado y uno de ellos, además, portaba en sus manos una especie de tartera.

Se sentaron los tres en un banco de hierro forjado, que ya ocupaba Ferrer, bajo la marquesina del primer andén. El de la tartera levantó la tapadera, y un agradable olor a judías con morcilla se elevó en el aire. Era más bien pelirrojo el muchacho, y muy simpático.

-¿Te gusta la fabada? – le preguntó a Ferrer, sonriendo.

-Mucho – respondió Ferrer. Miraba al miliciano con un cierto placer. Había un ángel en su cara, algo pecosa, y que tenía un aire entre sonriente y preocupado.

-¿Tienes miedo, muchacho? – le preguntó. Le recordaba algo a su hermano menor, y sintió un escalofrío, calculando que tal vez ya el ejército habría ordenado el asalto a los barrios extremos de la ciudad.

-Bueno, miedo, miedo... - balbuceó el muchacho – lo que se dice miedo, pues no. Mas me encuentro – añadió muy de prisa - algo nervioso; he sentido decir que quizá tengamos que luchar contra las ametralladoras del ejército, ¿no? Bueno, habrá que hacer de tripas corazón, como se dice. ¿Y tú, camarada?

-Lo mismo – respondió Ferrer, pensativo.

-¿Has disparao tú ya un fusil..., quiero desir pa matar, ya sabes? – preguntó el andaluz.

-Sí – dijo Ferrer, muy quedo; y alzando la voz: -Estuve en Marruecos, cuando me tocó la mili.

El de las pecas entre tanto había sacado dos cucharas de aluminio del bolsillo delantero de su mono, y después de frotarlas con un pañuelo algo grasiento, le pasó una a Ferrer, diciendo que ellos dos usarían la otra. Reinó un momento el silencio, mientras metían mano a las sabrosas alubias.

-Esta mañana, sabes – señaló a Ferrer el pelirrojo, mientras comía su compañero, me pasó por el pensamiento que quizás sería mejor emborracharse... ya me comprendes – (Ferrer asintió con la cabeza) -; pero luego ya no. Me dije, ¿y para qué? Si uno ha de morir, mejor pasar de esta vida con la frente alta y la cabeza despejada, ¿no? ¿Tú qué piensas?

-Ya ves – contestó Ferrer -, pienso como tú, lo mismo. La cabeza siempre alta y el corazón limpio. - Notó que su interlocutor miraba pensativo de cuando en cuando las vías, a uno y otro lado del andén. También Ferrer miraba a uno y otro lado de la estación. Los asturianos no acababan de llegar, y, al contrario, se temía que llegasen de un momento a otro los facciosos. Había un elegante arco de ladrillo, a unos cientos de metros, sobre las vías del ferrocarril. Sospechaba que por ahí vendría el ataque. Mostraba el arco, en su punto medio, el color negruzco causado por el humo de las máquinas. Con una obsesión casi malsana fijó sus ojos en esta mancha negra, tratando de desechar las imágenes de guerra que inevitablemente le venían a la mente.

-Oye, camarada – oyó que le decía el de las pecas - ¿tú qué crees que pasa después de la muerte? Dicen que al morir se separa el alma del cuerpo, y que tu espíritu no muere ya nunca. ¿Tú dónde crees que va el alma, sabes?

-¿Cómo lo voy a saber? – respondió Ferrer, todavía pensativo -. Cuando muera lo sabré. Pero si te he de decir, yo en lo que creo es en la vida. Y en todo lo que percibo. Mientras vives, lo único que ves y tocas son los cuerpos, ¿no?, la materia. Para mí que si te mueres es el fin. Salvo en el recuerdo de los vivos.

Volvió a haber otro corto silencio. Acabaron de comer, y al cabo Ferrer tornó a hablar, esta vez con firmeza y determinación.

-Tenemos que aplastar a esa canalla contrarrevolucionaria, acabar de una vez con el reino de los capitalistas y terratenientes – murmuró entre los dientes; y apretando el puño derecho en la palma de la mano izquierda: -Deberíamos haberlo hecho ya en el treinta y dos, cuando la sanjurjada, antes de que hubieran tenido tiempo de organizarse y preparar esta traición. Ese ha sido nuestro error.

El pelirrojo miraba a Ferrer como contrariado. – Sabes, camarada - dijo – tengo un hermano sorche, en el Cuartel de San Ambrosio.

-Conozco el regimiento. Infantería. Está bien cerquita.

-Y ¿crees tú que los harán venir? Quiero decir, que si la guarnición..., vamos, los de aquí... se unen a los rebeldes... - se paró en seco.

-¿Quién sabe lo que puede pasar? – observó Ferrer, vagamente.

-Oye aquí, camarada – intervino el andaluz -. Tú no crees que los soldados rasos van a disparar contra el pueblo, ¿verdad? Que se subleven los oficiales todavía; pero los sorchos, hijos de trabajadores y campesinos, eso no estaría ni medio bien.

-¡Hombre! Si en mis manos estuviera – exclamó Ferrer -; harían como en Rusia en el diecisiete. El soldado pertenece al pueblo. Eso es impecable. Un soldado armado, amigos, debería representar al pueblo en armas, no otra cosa. ¡Ah, si solamente hicieran lo que deben hacer!

-¿Qué?

-Pues, a ver. Volver las bayonetas contra los que les mandan asesinar al pueblo.

El de las pecas limpió un poco las cucharas con la lengua, las frotó luego con el pañuelo, y volvió a meterlas en el bolsillo del mono. Al cabo preguntó: - ¿Y si no? Si al contrario los soldados tiran contra el pueblo ¿qué?

Ferrer se levantó del asiento; se puso a dar pasos de un lado al otro del banco, mientras contestaba, apretando el fusil con los dos puños: - Pues entonces habrá que defenderse. Tendremos que exterminarlos, como a cualquier otro enemigo de clase.

El andaluz dio un profundo suspiro. El de las pecas, muy pálido, continuó:

-¿Quiere decir que..., si mi hermano, obedeciendo a los que le mandan, dispara..., he de disparar contra mi hermano? – sus pequeños ojos azules adquirieron de repente un extraño fulgor.

Los de Ferrer, por su parte, lanzaban fuego según respondía: -Todos tenemos hermanos que están o estarán pronto combatiendo. Si el tuyo ataca a la República, habrás de disparar contra tu propio hermano. No hay otro remedio.

En esto oyeron, procedente de la ciudad, un intenso tiroteo, que duró unos instantes.

-Ya han empezado, ¡los traidores! – concluyó el militante comunista.

## CAPITULO 22

A media tarde salió Ferrer al recinto de la estación, separado de la Plaza de Colón por una larga verja de hierro. Estaban los ferroviarios levantando dos barricadas, una a la entrada del recinto para formar un parapeto que, con el muro de la verja, les separara por completo de la plaza, y otra entre ésta y el edificio de la estación. Habían cavado además los milicianos una trinchera a lo largo de la verja.

A las siete y media llegó una camioneta dando bocinazos, y Ferrer le salió al encuentro con otros dos milicianos, apuntando con los fusiles. Descendieron de la camioneta dos obreros que dijeron ser camaradas de la CNT.

-¿A ver vuestros carnés? – preguntó uno de los ferroviarios.

Según se aproximaban los recién llegados, uno de ellos cojeando ligeramente, reconoció Ferrer en éste al hermano de Dorotea.

-¡Santiago! – le gritó -. ¿No me reconoces?

-Pues claro que sí –contestó Platero, abrazándole -. ¡Salud, camarada! ¿Qué te cuentas?

-Ya ves. Esperando a ver si llega ese convoy que dicen que viene de Asturias.

-¡Ah! ¿Pero todavía no han llegado?

-A las pruebas me remito. Y tú, ¡creí que no te interesabas en la política!

-Pues mira. Que al fin me decidí, chico – replicó entusiasta el muchacho -. Dirás que malos tiempos he escogido...; pero mira tú, más vale tarde que nunca.

-Y ¿qué te pasa en la pierna, hombre?

-Eso ya es harina de otro costal – rió el novillero -. Oye, y hablando de otra cosa, dicen que la comandancia militar está contra los rebeldes. Ya sabes que el Capitán General es republicano, ¿no? Se piensa que Valladolid permanecerá leal. – Hizo una pausa -. Pero, por si acaso estamos parapetándonos en la Casa del Pueblo. Algunas armas tenemos: requisionadas por camaradas de la CNT y la UGT.

-Bueno. De seguro no se sabe nada todavía – le atajó Ferrer, a quien no contagiaba el entusiasmo de Platero -. Yo he oído ya tiroteos en los barrios extremos, e incluso aquí cerca, hacia la Acera. En cuanto al General Molero, no te fíes. Quien pone su fe en militares se engaña, y ya sabes tú eso: a quien se ayuda la suerte le ayuda. Dependemos de nosotros mismos.

-Claro que sí. La clase obrera a lo suyo, naturalmente. Si llegan pronto esos mineros con armamentos...

-Y si no llegan – le volvió a cortar Ferrer -, sabremos defendernos solos; de lo demás, no estamos seguros de nada. Se sabe, eso sí, que salió un convoy esta mañana de Oviedo; se han recibido llamadas de León y otras estaciones, pero hace ya rato que no se ha oído nada. Esperemos que se mantenga firme Venta de Baños.

-Como tú dices, macho – dijo Santiago más que eufórico -, dependemos de nosotros mismos. Si llega el convoy, miel sobre hojuelas. Si no, sabremos defendernos. - Notó que su compañero le estaba llamando -. ¡Ya voy, Emiliano! – gritó, y volviéndose a Ferrer, le dio una palmada de amistad en el hombro y exclamó sonriente: - ¡Salud, majol!

Ferrer le vio unirse al compañero; observó cómo subían los dos en el camión, el cual pronto se puso en marcha y se dirigió a gran velocidad hacia la Acera de Recoletos.

Había empezado a anochecer. Ferrer estuvo haciendo guardia a lo largo de la verja, en el interior del recinto. Contemplando las estrellas, de nuevo se le fue el santo al cielo. Más y más sus pensamientos iban dirigidos hacia el pasado, las ilusiones, lo que había sido ya y que no se produciría más, los trabajos, las conquistas, oportunidades, amores; pero también y sobre todo las derrotas, los fracasos sindicales u otros, que se le representaban de nuevo en la mente como una obsesión. ¡Cómo podía ser, esa flaqueza! ¿No estaría empezando a perder la esperanza? Trató de combatir la idea con firmeza.

Una cosa era cierta (pensó), estaban defendiendo la causa del pueblo. No podían ser derrotados. Vendría el desorden, el caos, un estado de absoluta violencia propia de los animales si lo fueran: el capitalismo a ultranza. Sí, tenía que venir definitivamente el cambio: no podía ser de otra manera; no podía reinar eternamente el mal. Y sin embargo, los avances de la humanidad se hacen tan despacio, tan desesperadamente despacio... Pero avance tenía que haber al fin, porque **no** podía no haberlo. La ausencia de movimiento sería la nada, y la nada es inimaginable.

-Entre tanto, si hoy es la causa del pueblo derrotada –se dijo-, si triunfan momentáneamente los sanjurjos, los francos, los molas y esa caterva fascista, mejor es no verlo: habrá que prepararse a recibir la muerte dignamente.

En esto se oyó a alguien tarareando en voz baja una canción flamenca, y en seguida vio la sombra de un hombre a su lado. El hombre llevaba entre dos dedos (la mano en forma de copa) un cigarro encendido.

-¡Salú! – le oyó decir al andaluz, el cual le ofrecía una petaca -. Líate un cigarro, camaraa.

Hacía ya años que había dejado de fumar; pero no le pareció que debía rechazar la oferta del miliciano. Así que se lió un pitillo lo mejor que pudo, cogió el

del amigo para prenderle fuego, y fumaron los dos tranquilamente por un cuarto de hora, procurando ocultar el fuego en la palma de la mano. Al cabo se les unió el compañero pelirrojo del andaluz. Los tres pasearon juntos a lo largo de la verja, los rifles preparados.

-Lo que más siento es la novia –confesó el andaluz -, ¡me cachis en la mar! Sabes – continuó al cabo de un rato -, la dejé ya con barriga allá en el pueblo: íbamos a casarnos. ¡Como había sacao ya esta plasa en el ferrocarril! Mira, pos que creíamos que se nos habían acabao las miserias; y ya veis ¡ahora, esto!

-No te preocupes, camarada – le respondió Ferrer, no muy convencido -, que todavía no ha pasado nada, hombre.

-No lo puedo remediar. Tengo el presentimiento... pos ya veis... que la criatura..., calcula, huérfano ya antes de naser.

-No, hombre, que no. No pienses en eso. No hay que ser pesimista, camarada – iba diciendo Ferrer -; que Valladolid...

Fue interrumpido por una descarga de ametralladora que se oía en la distancia, hacia uno de los arrabales más alejados.

-Parece que atacan – dijo el de las pecas -. Suena hacia Santa Clara.

-Así es – murmuró Ferrer, obviamente emocionado.

Estuvieron oyendo el ruido de ráfagas de ametralladora durante un buen cuarto de hora. Siguió un silencio sepulcral. De repente la noche pareció más negra y el vacío más amenazador.

Ferrer quedó inmóvil, tenso, escuchando aún. Luego, sintiendo que le corrían las lágrimas, se pasó el envés de la mano izquierda por los carrillos, al tiempo que se volvía de espaldas.

-¿Eres de Santa Clara, hermano? – preguntó el pelirrojo.

-Sí – respondió, y tornó a reinar el silencio.

El cual fue roto, esta vez, por una ráfaga más cercana de tiro nutrido de fusil. Vieron cómo dos milicianos, que habían estado de guardia en la plaza, saltaron la barricada e inmediatamente se parapetaron todos los ferroviarios en la trinchera o a lo largo del muro de la verja.

-Ya están aquí – dijo el andaluz, arrojando una colilla -. Ha llegao nuestro turno, compañeros.

-¿Veis si son del ejército? – preguntó el de las pecas.

-Probablemente habrá de todo – declaró Ferrer -. Ejército, Falange, Guardia Civil, Asalto.

Se veían ya los cuerpos de los atacantes, sombras fugaces que corrían entre los árboles de la Acera y el Campo Grande, avanzando hacia la Plaza de Colón. Los tiros se oían cada vez más cercanos. En seguida empezaron a mezclarse con el sonido de los disparos los ayes lastimeros de los que caían. El ataque fue rechazado una y otra vez, hasta que los soldados lograron, en medio del nutrido tiroteo, ocupar toda la plaza, donde emplazaron una ametralladora, parapetándose contra la estatua de Cristóbal Colón. Abrieron fuego en seguida, produciendo innumerables bajas entre los defensores de primera línea, aquellos precisamente que se habían quedado apostados en el trecho de avenida que separaba el recinto de la Plaza de Colón. Como no podían atacar de frente a los de las ametralladoras, los milicianos comenzaron a replegarse. Los que se habían ocultado detrás del muro de la verja fueron ametrallados sin piedad por soldados que llegaban en gran número en camiones del ejército, dejando ya la Plaza de Colón detrás. Algunos falangistas avanzaron hasta el parapeto que, con la primera barricada, cerraba la entrada del recinto de la estación, haciendo descargas cerradas a una distancia de unos metros de los combatientes.

Se oían los gemidos de los que caían, los gritos de los que amenazaban, los estallidos de balas y bombas de mano, cuyos resplandores iluminaban lo que hasta ahí había sido intensa oscuridad.

Así perdieron los ferroviarios la primera barricada. Pronto empezaron a oírse descargas de ametralladora más próximas a la cerca, a lo largo de la cual se veían intermitentes destellos, como si los atacantes ya hubieran llegado al límite del recinto y allí hubieran emplazado una de sus ametralladoras, apuntando a la estación. Se oyeron asimismo varias descargas de fusil procedentes de las puertas y ventanas del hermoso edificio alargado.

Después de más de una hora de intenso fuego y de incalculables bajas, decidieron los milicianos abandonar también la segunda barricada, aprovechando que el fuego de las ametralladoras había cesado unos instantes, sin duda porque cambiaban de emplazamiento o ponían los soldados nuevas cintas de munición. Al mismo tiempo que se replegaban hacia la estación los defensores de la segunda barricada, reanudaban el tiroteo los milicianos de las ventanas y desde el tejado del cuerpo central del edificio, para impedir que avanzaran los soldados hasta el recinto, que estaba ahora cubierto de cadáveres, algunos acribillados a balazos; se oían gritos y gemidos de una y otra parte.

Los que habían estado ocupando la trinchera y las dos barricadas del recinto, es decir, los que aún quedaban vivos de los que retrocedieron, se habían parapetado ahora en el interior de la estación, edificio sólido de ladrillo de más de cien metros de longitud, una veintena de puertas y otras tantas ventanas, y un cuerpo central de piedra, con pilastras y arcos de entrada con montantes de cristal. Allí se refugiaron principalmente detrás de mesas y otros muebles, con los cuales habían barricado todas y cada una de las puertas y servicios. De súbito se oyó el retumbar de un cañón en el medio de la Plaza de Colón. Las fuerzas atacantes acababan de recibir refuerzos del regimiento de artillería.

No pudieron impedir los ferroviarios que a la postre comenzaran a entrar los soldados en el recinto. Avanzaron éstos con los falangistas a lo largo de la verja, dirigiéndose hacia uno de los extremos de la estación, con la evidente intención de apoderarse de una de las alas laterales y, entrando luego por los andenes, rodear el edificio. Los oficiales y jefes falangistas animaban a la tropa, aullando ferozmente; el número de bajas entre las fuerzas atacantes era ahora espantoso.

Un par de ferroviarios, que no habían podido replegarse, y estaban todavía parapetados en la trinchera del medio del recinto, fueron objeto de intenso fuego, y como se les había acabado la munición, se defendían a pedrada limpia. Al cabo de unos minutos se oyó un grito de auxilio, y uno de los milicianos salió sangrando horriblemente, con los brazos en alto: una descarga de ametralladora dio fin con él.

El otro ferroviario trató de replegarse hacia la estación; se le vio correr justamente unos segundos, con el negro mono del oficio, meneando los brazos como aspas de molino, tal vez pensando así correr más velozmente. No duró más que un instante el infeliz: una certera descarga le dejó muerto en el acto.

El cañón seguía vomitando fuego, haciendo grandes destrozos en la fachada del edificio. Y una y otra vez, los destellos luminosos, oleadas asesinas de disparos de fusiles y ametralladoras. Los de la estación siguieron combatiendo brava y desesperadamente; pero ya era la retirada, buscar un posible escape: el principio tal vez del fin. Ya los militares habían entrado en gran número en el recinto, resistiendo al fuego de los defensores que sobre todo desde el tejado del cuerpo central continuaba siendo nutrido y muy certero.

Cuando los militares ocuparon la segunda barricada, y a los lados empezaron a disparar los cañones por detrás de los bloques laterales de la estación, que formaban martillo con la larga fachada principal del edificio, la situación devino desesperada para los milicianos. Comenzaba por otra parte a escasear entre éstos la munición.

En medio del humo y con el resplandor del tiroteo eran reconocibles ahora los tricorrios relucientes de los guardias civiles, algunos de los cuales iban provistos de metralletas, otros de granadas de mano. Estaba cumpliéndose la profecía de los primeros jonsistas: "Dios Omnipotente, el dios de las batallas, estaba conduciendo en persona desde el Cielo aquella Santa Cruzada": apareció, efectivamente, ¡ay!, un gordo militar, bello como Lucifer..., cual un nuevo Santiago Apostol Matamoros en su caballo blanco durante la batalla de Clavijo, "¡Oh, Santo Patrón de España, nuestro norte y nuestra guía, orienta y da fuerza, como ha señalado el Concilio, a todos los españoles amantes de su religión y de su patria católica, en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe sagrada, de piedad, y civilización cristiana!, y ¡duro con la canalla!"

Los pobres milicianos, al retirarse tuvieron que abandonar a los heridos, que al principio habían sido llevados regularmente a la enfermería. Mas cuando abandonaron por completo el recinto, las bajas siendo cada vez más numerosas, se quedaron los heridos ahí donde caían, pidiendo auxilio y dando aullidos espantosos.

## CAPITULO 23

Uno de los que cayeron durante el repliegue hacia el edificio fue el joven andaluz que había pasado algún tiempo aquella tarde con Ferrer y el otro ferroviario su amigo. Lo arrastró el catalán hacia una de las entradas laterales, y allí le dio los primeros socorros.

-¿Dónde te duele, camarada? – le gritó desesperadamente.

El joven abrió los ojos un instante, unos ojos grandes en una cara contraída, sudorosa, la mirada sumamente triste. De sus labios salió una voz débil. –No... nada. Ya no hay nada que haser. No... tiene... remedio.

Hacía un calor agobiante, en un ambiente de infierno y de axfisia. Mucho polvo y mucho humo, un cierto resplandor rojizo, los destellos ahora anaranjados de los disparos, cruzando el sucio gris del cielo, y los gritos inhumanos de los que caían, unos avanzando, otros retirándose para buscar mejor defensa, los negros uniformes de los de asalto que se lanzaban por las brechas abiertas en el muro de la verja, las órdenes salvajes de los jefes y oficiales, que aún más sangre pedían, y más sufrimiento. ¡Avanzad! ¡Resistir! ¡Viva la muerte!

Apretó Ferrer al camarada, no sabiendo qué otra cosa hacer para ayudarle, para retener en sus brazos esa vida joven que se iba, como un último contacto ya entre los dos. - ¡Animo, compañero! - le gritó -, que van a llegar los refuerzos de Asturias.

Un grito apagado por el fulgor de la batalla, y la axfisia, el olor de la pólvora, como una explosión en la garganta; y ese tiroteo, el incesante tableteo de las ametralladoras, el retumbar de los cañones, los obuses llegando como un silbido que iba en aumento, y el horroroso ruido de destrucción justo a su lado, los boquetes que iba abriendo la artillería en la fachada del hermoso edificio. Imposible oír la débil voz del camarada herido, el cual había vuelto a abrir los ojos, esos ojos grandes, negros, tristes.

-Es de... mi madre – balbuceó el moribundo, haciendo un esfuerzo desesperado para alzar el brazo.

Comprendió Ferrer, y metiendo su mano en el bolsillo del mono del joven, sacó un papel mugriento, doblado varias veces.

-Si sales... de ésta... cuéntale que... diga... Encarnita... - cerró los ojos por última vez, y Ferrer apretó la cara del amigo contra su pecho de atleta, y se puso a llorar como un niño.

Continuaron avanzando los facciosos. Los defensores trataban heroicamente de contener la avalancha, rociándoles de fuego en sucesivas oleadas. Había en

cada una de las veinte puertas del edificio unos cuantos milicianos, parapetados detrás de barricadas hechas de muebles y materiales de los trenes. Para poder resistir más tiempo, dejaban los ferroviarios sus gorras puestas encima de palos o abandonados fusiles, incitando a los facciosos a que las acribillaran a balazos mientras ellos se agazapaban entre los muebles, espiando por cualquier ranura. Dejaban pasar las ráfagas sobre sus cabezas, y en el breve intervalo en que permanecían silenciosas las armas del enemigo, que cargaba tal vez de nuevo sus metralletas o fusiles, descargaban los defensores sus máusers, para volverse a agazapar y poner nueva munición mientras pasaban por el aire las nuevas descargas de fusiles y ametralladoras.

Sintió Ferrer de súbito un dolor agudo en el brazo izquierdo; se llevó la mano al hombro, y al instante la retiró cubierta de algo cálido, pegajoso. Comprendió que la suerte estaba echada ya; pero continuó luchando. Todo el horror de aquella triste situación trágica, la violencia de aquel dañino 'alzamiento', la evidencia de que la guarnición de Valladolid se había pasado por entero a los rebeldes, el esfuerzo desesperado de los trabajadores en lucha por la dignidad y la vida, la solidaridad suicida de los de Asturias que tanto habían sufrido en otras ocasiones, todo le vino al cerebro simultáneamente como un torbellino, y le dieron unas ganas tremendas de llorar, hincar las uñas en la tierra, llamar a voz en grito, blasfemar, lanzar un terrible chillido de consternación y de protesta que quedase plasmado eternamente en los muros, las paredes del edificio, en todas las paredes y muros del mundo, por los siglos de los siglos: tal vez en épocas venideras, en una ciudad hermosa que sucediera a esta ruina, una nueva humanidad para entonces plenamente racional captara al fin su llamada, ese chillido de angustia del 18 de julio de 1936.

Sí, sabía que de momento todo estaba perdido. Pronto acabarían con él, como habían acabado ya con el andaluz y tantos otros. Hoy la clase obrera era derrotada. Sólo una cosa importaba ya: morir dignamente, defendiendo la patria y la democracia, la libertad del ser racional. Pero la causa del fascismo, momentáneamente triunfante, la causa del crimen y la injusticia, no podría salir plenamente victoriosa de este trance, ¡bandidos!, militares y paramilitares al servicio de una casta que aspiraban a mantener los privilegios de unos pocos, escondidos monstruos, los cobardes asesinos de siempre, que pretendían ahogar en sangre el anhelo de un pueblo que busca una vida mejor.

Sorprendentemente llegó un momento en que los tiros comenzaron a hacerse más escasos, o a oírse menos. Acertó Ferrer a ver a través del humo de la batalla un pedazo de cielo tachonado de estrellas, y pensó que en otras partes del planeta otros seres estarían contemplando esas mismas estrellas, en circunstancias sin duda diferentes; y sintió un deseo enorme de comunicar con ellos, de chillar, desgarrarse, intentar transmitir sus pensamientos, sus sentimientos más profundos, hacer ver y sentir, a esos otros humanos, el horror de esta contienda, esta injusticia, este crimen, y al mismo tiempo este deseo en el pueblo, esta determinación de luchar por una sociedad justa, más solidaria, mejor..., hablarles de su España querida, que se deshacía así.

Los defensores del edificio, desde el tejado y desde las ventanas sobre todo, con certera puntería, habían forzado a los atacantes a retroceder, haciéndoles incluso abandonar la barricada del medio del recinto que se había convertido para

ellos en una ratonera. Y en el breve espacio de tiempo que siguió, en el relativo silencio, se oían los gemidos y lamentos de los que se desangraban entre los escombros, en una escena espantosa de desolación y de agonía.

Parapetado todavía detrás de su barricada de muebles de metal, Ferrer, enteramente solo ahora, hacía lo posible y lo imposible para continuar la lucha. Estaba situado su parapeto en una de las puertas de arco más cercanas al cuerpo central del edificio: las salientes pilastras a un lado, y el lejano cuerpo de ladrillo al otro (que hacía martillo con el resto del edificio) no le dejaban ver lo que pasaba a ambos lados, más allá de la larguísima fachada. De cuando en cuando, de una de las puertas en arco, salía el destello de un disparo de fusil. Los cañones del ejército continuaban lanzando fuego, a intervalos regulares, destrozándolo todo.

Pudo en seguida darse cuenta de la estrategia de los asaltantes: habían ocupado ya los cuerpos laterales del edificio, y estaban poco a poco avanzando a lo largo de la fachada principal a uno y otro lado; tal vez habían entrado también a ambos extremos y estaban ocupando ya las vías y los andenes.

En seguida comprobó que no se había equivocado. Advirtió la presencia de una sombra que se protegía detrás de una de las pilastras centrales. Alzó el fusil apuntando, y aguardó a que saliera el soldado, que no tardó en aparecer. Le vio avanzar con la evidente intención de desalojar una de las puertas de arco de al lado. Llevaba la bayoneta calada en el fusil y una granada a la cintura. En una fracción de segundo vio Ferrer salir de dicha puerta un miliciano, y reconoció al compañero pelirrojo de aquella tarde, que gritaba: - ¡¡Hermano!! ¡¡Hermano!! ¡Mi hermano, no dispaes!

Disparó Ferrer, y se oyó un ruido infernal, como de mil rugidos. El estallido estremeció el edificio entero, y la noche de repente se transformó en una inmensa y radiante luz anaranjada, luz de un rojo vivo intenso, vivo como la sangre e intenso como el fuego.... Fue aumentando la explosión (¿una fracción de segundo o una eternidad?), cubriéndolo todo, ahogándole, agobiándole, penetrando en lo más profundo del cerebro hasta hacerse insoportable, insoportable... y mientras, ese color rojo profundo subía y subía, y le subía de las profundidades de su ser con tal intensidad que le aniquilaba enteramente, obliteraba su voluntad, le convertía en mera máquina, le hacía sordo, le cegaba, se moría.... Se aplicó ambas manos a las sienes, dando un horrible inhumano alarido intensísimo... y ya no sintió nada.

## CAPITULO 24

Cuando volvió en sí reinaba un silencio aterrador. Se sentía anonadado. Todo eran sombras. Le dolía la cabeza. Se ahogaba. Imposible decir cuanto tiempo llevó así. De vez en cuando oía el retumbar de un cañón a lo lejos, y el sonido intermitente de disparos, unas veces aislados, otras veces descargas cerradas, repetidas, interminables, se hubiera dicho, a veces Todo tan extraño y tan remoto que no habría podido decir si aquello era realidad, o si lo estaba soñando.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que estaba cubierta su guerrera de sangre. A su lado, entre pedazos retorcidos de metal y otros escombros, había dos cuerpos horriblemente mutilados, uno de ellos con la cabeza separada del tronco.

Reconoció vagamente el lugar: debía estar en la estación, en el refugio donde había visto morir al andaluz y a un par de compañeros más, el lugar donde se había tratado de contener el avance de los rebeldes. Trató de fijar la mente en todo aquello, comprender lo que tenía presente, averiguar lo que había pasado. Imposible de toda imposibilidad. Su cerebro no respondía. Y hacía un calor de infierno. Se abrasaba. Sentía cómo le resbalaba el sudor por la frente; y habiéndose tocado el húmedo cabello con la mano, la retiró con un gesto de espanto. El olor dulzón de sangre, mezclado con el de pólvora quemada, era un agobio más, una angustia, una agonía..., y al mismo tiempo le intoxicaba, como si hubiera bebido, estuviera embriagado. No pudo más. Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Trató varias veces de sobreponerse a aquel agobio, haciendo un esfuerzo inmenso para no desmayarse otra vez.

Pasó así de nuevo algún tiempo, agotado, seco el cerebro, sintiendo en su cuerpo ese vértigo, esa fatiga, ese dolor. Trató al cabo de levantarse. Pero encontró que apenas se podía mover. Hizo un esfuerzo mental, y recordó algo, muy poco, de lo que había pasado: un papel que había sacado del bolsillo, su mano manchada de sangre, los dos cadáveres de al lado. Le vino a la mente el recuerdo de la muerte de aquel ferroviario andaluz, como un evento muy lejano, en el espacio y en el tiempo. Y eso fue todo, o casi todo, por el momento. Ninguna otra imagen le salía clara del cerebro. Como una gran niebla. Humo, polvo, noche, nada. Y, en cambio, todo aquello que veían sus ojos, aquel destrozo aquella ruina que le rodeaba, ¿de dónde había salido? Paseó una y otra vez la mirada alrededor: aquellos muebles rotos, escombros, metales, cristales, ladrillos, los agujeros de las paredes. ¡Ah, sí!, había estado descargando un fusil, una y cien veces, contra una fuerza asesina, desde detrás de un parapeto; cien soldados avanzando, las bayonetas caladas, y mil disparos, destellos, aullidos, rugidos, fuego. Y de cuando en cuando, tras esas imágenes, otros recuerdos: aparecía un recorte de algo más o menos tangible, un agujero en el cielo entre unas nubes o una humarada negra, un polígono estrellado que traía de lejos la esperanza de un mundo mejor. Y una explosión final que con todo había acabado, la rebelión fascista. Ahora lo sabía.

Con un nuevo esfuerzo poderoso logró sentarse en el suelo y, agarrándose a unos cables o tubos que había en la pared, acertó a ponerse de pie. Se apoyó contra el muro mientras respiraba jadeante, la cabeza dándole vueltas, a punto de contorsionarse, abrirse bien y arrojar hasta las tripas. Y así pasó un buen espacio de tiempo, apretándose el cuello, la barba de tres días, la boca, conteniendo la náusea. Sobreponiéndose al cabo como pudo, observó que se hallaba en una habitación estrecha y alargada, con salidas a los dos extremos, infinitamente oscura. A su derecha y a su izquierda se podía ver la noche como se ven las salidas de un tunel. ¡Claro que reconocía el lugar! La Estación del Norte, el recinto a un lado, los andenes y las vías al otro. Pegando su cuerpo contra la pared para no caer, iba acercándose a la puerta que daba al andén cuando oyó el sonido de un timbre en la sala de al lado, un ruido metálico intermitente que le perforaba el cerebro. Estuvo sonando un buen rato, un martirio que duró una eternidad. Apretándose las sienes con ambas manos, iba a dar un chillido, cuando percibió unos pasos apresurados. Cesó el ruido y se oyó una voz: - ¡Diga! ¡Aquí Valladolid!

Pegó la oreja a la pared.

-¡Aló Venta de Baños! ¡Al habla Valladolid! – oyó -. Sí, sí. ¡Exacto! En manos de la república.

Al instante Ferrer lo recordó todo. ¡Los mineros de Asturias! Estaban a punto de llegar. ¿Entonces? ¡Sí, eso era! Habían logrado rechazar a los rebeldes. ¡Qué alegría!

Luchando otra vez contra el mareo, sintiendo que la sangre le salía abundantemente de la nariz y los oídos, se deslizó hacia la puerta, agarrándose donde podía, cuando una vez más percibió ruidos en la sala vecina; alguien se reía a carcajadas; y casi al mismo tiempo vio pasar una sombra en el andén, camisa azul, pantalón y correa negra, gorro también negro.

Sintió un escalofrío bajándole a lo largo del cuerpo; ¿qué podía significar todo aquello, las carcajadas, el falangista? “¡Qué horror! Tengo que hacer algo,” se dijo. La estación estaba obviamente en manos de los facciosos, los cuales preparaban una trampa a los mineros, el convoy que estaba ya aproximándose, según se desprendía de lo que había oído unos momentos antes de la boca misma del telegrafista.

Salió al andén sin saber a ciencia cierta lo que iba a hacer. Vio un bulto a un extremo, dos más en el otro andén, y aún más lejos varias sombras. Al menos dos llevaban el uniforme de la Falange. Se pegó a la puerta y se deslizó en la sala sin hacer ruido, pero no tan silenciosamente que el radiotelegrafista no le oyera.

-¿Eres tú? – dijo éste, sin volverse. Estaba sentado de espalda, afanándose con enchufes, agujas, auriculares y otros aparatos. También este hombre llevaba el uniforme falangista.

Respirando hondo, sacando fuerzas de donde pudo, lanzóse el gigante obrero sobre el falangista, que cuando quiso volver la mirada ya tenía el cuello cogido entre dos manazas; y a los pocos segundos caía estrangulado al suelo.

En seguida, sintiendo las fuerzas renacer en su cuerpo dolorido, sentóse Ferrer en la banqueta del telegrafista, y descolgando el auricular, comenzó a hacer llamadas a las estaciones más próximas. - ¡Aló! ¡Aló, aló! ¡Diga, diga! ¡Al habla Valladolid!

Se oyeron pasos en el andén, llamadas, voces confusas.

Conocía bien Ferrer la línea, por haber ejercido un año de interventor de ruta. Trató una y otra vez: - ¡Aló Venta de Baños, aquí Valladolid! ¡Diga, diga! ¿Aló, Dueñas? ¿Aló, Cabezón? – estaba sudando, agotado de angustia y del esfuerzo. Las voces se aproximaban. Ya no le daba tiempo; y, sin embargo, dando alas al deseo de salvar a los mineros, siguió tratando: - ¿Aló? ¡Aló, aló...! - Oyó un grito de sorpresa, luego un disparo. Sintió un horrible dolor intensísimo en el pecho, muy adentro: se le nubló la vista; una chispa, un resplandor en el cerebro..., y se le fue la vida.

## CAPITULO 25

El domingo diecinueve fue despertada Dorotea por un sonoro repiquetear de campanas, llamando a los fieles a misa. Se había pasado el sábado entero en casa para evitar que la vieran las vecinas; dio de comer a los niños, arregló el comedor un poco, escondiendo los destrozos que había causado el marido, y al anochecer se sentó en una silla junto a la puerta que daba al patio, pues hacía un calor insoportable; estuvo a la escucha de lo que pasaba en la casa: sin resultado; los vecinos parecía que se habían vuelto mudos, y las notas de una radio que intermitentemente se oían, procedentes al parecer de una ventana en el último piso, no le decían nada; dió unas cabezadas, se estiró una o dos veces, y al final se quedó dormida en la silla, con el mentón pegado al pecho. Y hasta que oyó las campanadas del domingo.

Pensó, oyéndolas, que todo había vuelto a la normalidad; pero no se atrevió a levantarse y correr a la puerta de la ebanistería para ver si pasaba algo en la calle o si era como cualquier otro domingo. Hacia media mañana oyó que entraba alguien en la tienda, cuya puerta había dejado toda la noche abierta a fin de que circulara bien el aire.

-¿Doro, estás levantada, hija? – oyó a la señora Amparo, que entraba en la trastienda, la cual en seguida empezó a soltar sus chismes: - ¡Ay, madre mía de mi vida, qué horror! Ya te has enterao, ¿no? Toda España está en guerra. ¡Hay que ver la de muertos que ha habido! Y dicen que en otras partes aún peor, ¡que Dios nos ampare, pecadores que somos! Hermano contra hermano, los hijos matando a los padres, y los padres otro tanto con los hijos. Te digo que es una carnicería. Todo es castigo de Dios. Sí, hija, si somos todos unos dañinos. Esto tenía que venir, a buen seguro, por lo malos que somos. Tanta maldad clama al Cielo. ¡Ay, ay, ay!, ¡sí mi pobre Ricardo, que gloria haya, hubiera visto todo esto! Mejor que no haiga vivido, mira tú. ¡Pa ver tanta desgracia y tanta muerte! El que estaba tanto por la... Bueno, mejor callar, que las paredes oyen. ¡Ay! ¿Qué va pasar ahora? ¡Ay, Dios Misericordioso! ¿Qué va pasar ahora?

La joven ni la miró ni desplegó los labios. Fue solamente entonces que la anciana vio de repente que la cara de su vecina estaba cubierta de heridas y cardenales. Se echó ambas manos al rostro, exclamando, asustada: - ¡Jesús, José y María! ¿Pero qué te ha pasao, chica? - Y, como si se recordase de algo, añadió: - ¿Y Lucio, Doro, dónde está?

-No lo sé. Déjeme en paz.

Como pedir peras al olmo. Imposible que la vieja dejara el chismorrero. – Está bien, Doro, está bien – dijo, sentándose en una silla -. Yo sólo quería saber si os había pasao algo. Como no os vi ayer en tol día. Pero si quies me voy en seguida, que ahí está la cosa, questa noche han pasao unas cosas horribles, y ayer tarde, no te creas. ¡Ay, qué de calamidades!– (La joven no dijo nada, y la vieja, dando una

pirueta a la conversación, según su costumbre, dijo, sacando algo de entre las sayas:) – Por cierto, hija, que te traigo esta cabeza de ajo que me prestastes el viernes, que no creas que me se había olvidao, que a mí me gusta pagar las deudas, que como decía mi Ricardo, que en paz descansa, lo olvidado ni agradecido ni pagado....

Levantóse en esto la joven de su silla, y elevando los puños en un ataque de locura, se acercó a la anciana, chillando: - ¡Cállese! ¡Calle y váyase! ¡No quiero verla! ¡No quiero verla ni en pintura! ¡Salga de esta casa y lárguese ahora mismo! ¡Víbora, más que víbora! ¡No quiero verla más, nunca más! ¿Lo oye, bruja, lo oye? ¡No quiero volverla a ver!

Pensando que se había vuelto su vecina loca, saltó la anciana de su silla como un felino, y tropezando con los muebles, se fue hacia la tienda, haciéndose más cruces que si llevara el diablo a la espalda.

Tan pronto como Dorotea la oyó salir a la calle, se volvió hacia los mellizos, que se habían despertado a los gritos y estaban llorando desconsoladamente. Entró corriendo en la alcoba y abrazó a los pequeños, diciéndoles que no tuvieran miedo. Luego se sentó con ellos en la cama turca, y sacando fuerzas de flaqueza les habló tiernamente para que se calmaran. Con ello su histeria poco a poco fue transformándose en un sentimiento nuevo, de tristeza y melancolía.

-Papa es muy malo – dijo la niña entre dos sollozos- . ¿Por qué pega a mamita?

-No, Feli, no es malo – reaccionó Dorotea -. Es bueno vuestro padre -, y se anegó otra vez en llanto.

Y el pequeño preguntó: - He oído pun pun, mamá, ¿han matao a mi papá?

-¡Oh, no, cariño, no digas eso! – respondió Dorotea, aterrada -. ¿Por qué le habían de matar? Ya veréis, pronto volverá -. Y de nuevo, para ocultar las lágrimas, les apretó contra su corazón.

Mas la idea de que el marido no volvería al hogar había tomado tal fuerza en su mente que, por más esfuerzos que hacía, no la podía desechar. Era en gran parte un deseo (aunque ella no se daba cuenta de ello), y que iba unido al miedo de no saber qué hacer a solas con los niños: mil sentimientos contardictorios, como siempre, la embargaban.

## CAPITULO 26

Inmediatamente después del almuerzo, se arregló lo mejor que pudo, vistió a los mellizos, y salió a la calle en busca del marido. Había algo intensamente patético en las calles de un Valladolid carente de su habitual vitalidad y que en cambio estaba muy engalanado. En efecto, los elementos de derechas, y aun los que no lo eran tanto, se habían apresurado a poner colgaduras en los balcones, más bien de carácter religioso o neutro, aunque también se veían ya algunas banderas monárquicas.

En las aceras las gentes, sin formar grupos, andaban de prisa, sin reconocer a los amigos o vecinos. (Hombres y mujeres de todas las clases – se sabía – habían sido arrancados de sus casas durante la noche por una simple denuncia, la información de que pertenecían a esto o aquello, de que habían aclamado a Azaña durante la visita que hizo éste a Valladolid, o que leían tal o cual periódico o no iban a misa los domingos y fiestas de guardar.)

En un muro, en letras encarnadas grandes, se podía leer la consigna: ‘¡VIVA EL EJERCITO!’ y ‘¡VIVA CRISTO REY!’ A la entrada de una iglesia había una docena de mujeres enlutadas, ancianas en su mayoría, que llevaban al cuello medallas de plata con anchas cintas moradas de seda. Entraron en el templo atropellándose unas con otras, charlando como cotorras, al tiempo que un sacerdote, sumamente cansado, les conminaba a que se callasen.

Al llegar a la Fuente Dorada, después de haber recorrido con los niños un número de callejones escondidos, escogidos para que no la vieran los vecinos, se le ocurrió de repente ir a visitar a su prima Zita; y torció hacia el Callejón de los Boteros, agarrando a los mellizos de la mano. Subieron la oscura y estrecha escalera, sonó Dorotea el picaporte, y ordenó a los niños que estuvieran quietos para no alarmar a los vecinos. Tardaron en abrir la puerta. Finalmente apareció Zita en camisón y en un estado de absoluta histeria. Se abrazaron las dos primas efusivamente, lamentándose y derramando lágrimas como puños.

-¡Ay, Doro, Doro! – suspiró la prima, una vez cerrada la puerta -. Fíjate que me han dicho que está en la Casa del Pueblo. Una ratonera, chica. ¡Ay, Virgen Santísima! Me lo van a matar, me lo van a matar.

Apretando todavía a su prima, Dorotea le contó, casi punto por punto, lo que le había acaecido con el marido estas últimas cuarenta y ocho horas, y ambas reanudaron los chillidos y lamentaciones, esta vez en presencia del tío Hipólito, el cual había salido babeando a ver lo que pasaba. Mientras tanto la hermana de Zita se llevó a los mellizos a la cocina.

Pasados estos momentos de absoluta histeria, entraron las dos primas abrazadas en la sala, una inmensa pieza rectangular de dos balcones que daban a

la Plaza de la Fuente Dorada, con sendas alcobas para los dos huéspedes, enfrente de cada balcón.

Acercándose de cuando en cuando a uno de los balcones para ver lo que pasaba en la calle, las dos amigas empezaron a hacer planes para salvar como fuera a sus dos hombres.

Al anochecer llegó corriendo Martín, uno de los huéspedes, un chupatintas de un banco que años atrás había sido muy amigo de Lucio. Venía temblándose. Contó que en los barrios obreros la gente moría a mansalva, y que ya toda la ciudad había pasado al ejército, o casi toda: no se sabía lo que había ocurrido en la Estación del Norte, pero que en la Casa del Pueblo estaban todavía los obreros haciendo frente a la rebelión.

Hacer Martín mención de la Casa del Pueblo y ponerse las dos primas a llorar y abrazarse de nuevo desconsoladamente todo fue uno. Los niños, que habían vuelto de la cocina con Teodosia, se pusieron inmediatamente a chillar como si estuvieran siendo degollados vivos. Martín corrió a cerrar los balcones.

Después de una temprana cena bien frugal, de la que Zita no probó bocado, Dorotea llevó a los mellizos a una habitación interior, aguardó a que se durmieran, y se volvió a la sala. Estaba ya el anciano encajonado junto a su mesa camilla, haciendo solitarios. Las tres mujeres y el huésped se sentaron junto a un balcón, entreabierto para que circulara el aire, y estuvieron escuchando en silencio a ver lo que pasaba. Se oyó el zumbido de un cañón a lo lejos, y algo más cerca la descarga de un revólver o un fusil, un corto silencio, y otra descarga; y así durante media hora o un poco más.

-¡Gran Merced! – exclamó Teodosia - ¿Qué es lo que está pasando?

Martín le hizo seña con el dedo para que se calmase; luego, muy quedo, señaló: - Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, ¡pun!; uno, dos, tres.... ¡pun! - y, moviendo los labios casi sin pronunciar palabra, dio a las mujeres a entender: - Cuar...tel caballe...ría.... Diez...mando la tro...pa.

Se quedaron las tres mudas de terror, y tampoco Martín volvió a soltar palabra.

A medianoche sonaron a la puerta. Y entonces fue el espanto reflejado en los rostros. Nadie se movió. Martín murmuró, temblando como el azogue, mientras la más joven de las hembras cerraba el balcón sin hacer ruido:

-Vienen a por mí. ¿Qué otra cosa puede ser?

Teodosia le dijo al oído que no podía ser. – Pero si tú no has hecho nada – susurró, asustada -, si nunca te he sentido meterte en política.

Pero él seguía temblando. Les suplicó a las hermanas, siempre hablando muy quedo, que no abrieran; que ya se irían, se cansarían de llamar y no pasaría nada. Que no, por favor, que no dejasen entrar a nadie aquella noche. Cualquiera podía haberle denunciado, inventando chismes, nada más que para deshacerse de él, por

lo que fuera, en el banco mismo, un colega, alguien que aspirara a coger su puesto; ¿quién sabía?

Pero los golpes no cesaban; eran más bien golpecitos secos, suaves, como de nudillos; una súplica más que una llamada.

Teodosia hizo una seña al huésped, que parecía un inocente de puro aterrado que estaba. La siguió obediente, y los dos atravesaron de puntillas la sala y el largo pasillo. Entraron en la cocina, cuya única ventana estaba abierta de par en par. Metió la muchacha al pobre hombre en el retrete (una garita con puerta de tablas carcomidas) y dejó caer la barreta. El, por su parte echó el cerrojo y se agarró a él, los pies en los dos pollos de cemento, cagado de miedo.

A continuación la joven volvió al pasillo, diciendo a media voz: -Ya voy.

Apenas había desatracado Teodosia la puerta del piso, cuando entró a gran velocidad una sombra que resultó ser el otro huésped, Santiago Platero, en mangas de camisa y luciendo una barba negra de tres días. Empujando sin ceremonias a su prima, volvió a cerrar Platero la puerta tras de sí.

-¿Por el amor de Dios, qué te ha pasao, Santi? – inquirió la joven, alarmada.

El muchacho no pudo responder. Le faltaba el aliento que se ahogaba. Estuvo un rato apoyado contra la puerta, la camisa abierta o desgarrada enseñando el negro vello del pecho, chorreando de sudor. Atravesó luego el pasillo tambaleándose, en dirección a la sala comedor, mientras su prima entraba de nuevo en la cocina a anunciarle a Martín que podía salir ya de su escondite, que no era nada, sólo Santiago.

Dorotea se llevó un susto morrocotudo viendo entrar así a su hermano, llena de sangre la cara, y sin chaqueta ni casi camisa. - ¡Ay, ay, ay! Santi hermoso, ¿estás herido?

-No... digas tonterías – respondió Santiago, aparentando calma, delante de la hermana -, no... no tengo nada.

Se abrazaron los dos hermanos, y luego se sentaron todos alrededor de la mesa de comedor. Santiago miró a Martín, suspicaz, luego a las dos hermanas. – Per...donad... que os haya asustado así – dijo, todavía falto de aliento -. He... he perdido las llaves... es decir, bueno, todo. Lo he perdido todo. - Su silla estaba junto a la mesa camilla, y se quedó contemplando los naipes del tío, la mirada ausente; le temblaban los labios -. Me he.... He pasado un mal rato.

-Pues dinos, Santi, dinos lo que te ha pasao – le exhortó su hermana, temblando – y cálmate.

-Ya... te contaré – contestó el, y volvió a mirar de reojo a Martín. En esos momentos aciagos no se podía fiar uno de nadie.

Martín, que tenía sus razones para sentirse inseguro, entendió la indirecta, y diciendo, 'adiós', se metió en su alcoba, donde ya no se le oyó ni respirar en toda la noche.

Cuando al fin se quedaron solos los dos hermanos, se metieron en la otra alcoba, corrió Santiago los dos pedazos de cortina, y, sentados ambos en la cama, estuvieron confesándose el resto de la noche. Ella le contó lo que le había pasado con Lucio, aunque ocultándole, como anteriormente a la prima, la causa de la disputa. Y cuando hubo terminado de hablar, le tocó el turno al hermano de contar sus desventuras.

-Pues lo mío, Doro, una locura. ¿Sabes lo que se me ocurrió hacer a última hora?

-¿Qué?

En voz muy baja, que casi no se le oía: -Pues que me apunté a la CNT, nada menos.

Dorotea apenas pudo contener un ¡Ay! lleno de histeria. - ¡Buena ventura nos dé Dios!- exclamó - ¡Ay, madre, madre, lo que has hecho! ¡Pero Santi, Santi hermoso!

-¡Psss! No chilles – susurró el muchacho, y luego, después de haber mirado hacia la sala a través de la rendija de la cortina: - Pues la verdad, Doro, me daba vergüenza...una vergüenza horrible de ver que otros se disponían... y yo, no hacer nada, cruzado de brazos como un marica. - Rompió en sollozos -. ¡Oh, hermana mía, tengo miedo! Vendrán a buscarme, Doro, me estoy jugando la vida.

-¡Virgen Santa! ¡Lo que nos faltaba! – decía Dorotea con ojos extraviados -. Pero Santi, ¿estás seguro de lo que dices?

-No voy a estarlo.

Aún insistió la hermana. -Pero si no puede ser. ¿Cómo que te apuntastes? ¿Qué quiere eso decir? Y ¿cuándo... cuándo lo hicistes?

-Ayer mismo.

-¿Cómo puede ser? Dices que ayer mismo. ¿Dónde te apuntastes?

-Pues en la Casa del Pueblo, sabes – respondió el hermano -, bajando aún más la voz -. Fui a enterarme de lo que pasaba. Encontré por un casual al amigo ése anarquista... ya sabes, Emiliano.

-¡Ay, Santi, Santi! Buena hora has escogido pa empezar con la política, cariño. No das una en el clavo, hermoso. Y ¿has firmado algo? Dime, ¿han escrito tu nombre en papeles y esas cosas? ¿Se ha enterao mucha gente?

-Eso no. Es decir, por suerte no lo sabe mucha gente. Bueno, los papeles sí; una instancia que me hicieron firmar, ya sabes. Pero por el momento nada más, quiero decir.... Así que mucha... mucha gente, pues no. Bueno, lo saben los camaradas. --Se le cortó la voz, y sollozando añadió: - Pero... ¡ay, ay!... están muertos, han caído todos esta noche pasada, vamos, al anochecido. Los que venían conmigo perecieron todos en una emboscada.

La hermana se mordía las uñas, desesperada. Se había levantado otra vez Santiago para mirar entre las cortinas hacia el comedor, y volvió para sentarse en el suelo, esta vez, acurrucado entre la mesilla de noche y la pared.

-Les vi caer – continuó, tiritando, agitadoísimo -. No sé ni cómo logré escapar. Veníamos de uno de los pueblos en una camioneta. Tropezamos con un carro de asalto y no tuvimos más remedio que hacerles frente. Nos sacudieron una buena. – Con el reflejo de la luz amarillenta del aplique encima de la mesilla de noche, su cara alargada parecía de cera, con negro cabello y oscura incipiente barba -. Nos dejaron por muertos a todos – continuó -. Bueno, lo estaban... todos, todos muertos, menos yo. Fue un milagro, hermana.

-¡Ay, qué de sufrimientos me das, hermanillo, me quitas la vida!- exclamó exageradamente la mujer -, ¡Ea pues, cuéntame! Vamos, ¿qué más pasó?

-No sé como salí vivo de allí – prosiguió el hermano, apretándose las sienes -. Había un cuartel allí cerca, el de San Ambrosio. Me quedé quieto, escondido entre los cadáveres. Sentía el movimiento de la tropa en la calle. No sé si perdí el conocimiento; pero sí me acuerdo que en cuanto pude me alejé de allí, arrastrándome poco a poco en la calzada entre los muertos, y así entré en el Campo Grande. Me escondí entre los arbustos, haciéndome un ovillo. Ni sé cuantas horas pasé así. Me deshice de la guerrera que me habían dado mis hermanos proletarios de la FAI... y de lo demás: hice añicos el carné..., enterré todo lo que llevaba en los bolsillos, todo, todo.

-Pues entonces, cariño, no hay nada que temer, ¿no ves?

-Pero qué adelanto, Doro, si han rodeado la Casa del Pueblo. Entrarán y hallarán los expedientes, ¡maldita sea!, y mi nombre en uno de ellos, ¡ay, ay!

-No, Santi – suspiró ella, pensando en su marido -, no entrarán, ¡no!

-Dios te oiga..., es decir es... espero que el Cielo nos ayude en este trance – exclamó el joven, acongojado -. Y sí que nos ayudará..., pon... pongámoslo todo en Sus Manos. – Su espíritu se agarraba a un clavo ardiendo, pero sus espantados ojos, que casi se le salían de las órbitas, daban un mentís claro a su plegaria.

Al cabo de un rato Santiago Platero dejó caer su cabeza en la cama, enterrando la cara en la colcha, y empezó a llorar y estremecerse lastimeramente. Su hermana, todavía sentada en la cama, pasó su mano por el sudoroso cabello de azabache, amorosa y tristemente.

Desde la calle llegaban de cuando en cuando sonidos de descargas, más bien aisladas, unos cuantos tiros de pistola o fusil. Ya hacía tiempo que habían dejado de rugir los cañones

## CAPITULO 27

A la mañana siguiente, 20 de julio, Martín, el huésped, se decidió a ir a trabajar al banco, no fuera a echarle de menos la gente y, a lo peor, pensando que era rojo, se le ocurriera a alguno de sus compañeros correr a presentar denuncia. Se vistió con diligencia, lo mejor que pudo, procurando hacerse bien el nudo de la corbata, para evitar ser tomado por lo que no era, y a la calle se fué, azarado y tembloroso.

El otro huésped, Santiago, aprovechando que el Diario Regional no salía el lunes, se metió en la cocina para todo el día, dispuesto a encerrarse en el retrete tan pronto como sonaran a la puerta.

Zita estaba muy seria y recogida en sí misma, sorprendentemente tranquila, en vista de lo que había pasado el día anterior. En efecto, en su comportamiento e incluso en su apariencia física no había nada de la histeria con que había recibido a su prima quince o veinte horas antes; solamente un suspiro se le escapaba de entre los labios de cuando en cuando. - ¡Ah, Dorotea – decía -, nos los van a matar! -; pero sin romper esa calma exterior. Hacia el mediodía, se metió en su habitación, y salió habillada como para ir a la calle.

-¿Adónde vas? – le preguntó Dorotea.

-A la Casa del Pueblo. Quiero morir con él – contestó la otra muy seria.

-¡Oh, cálmate, Zita, que no adelantas nada! – exclamó su prima, agarrándola alterada.

-Déjame. Sé lo que me hago. Ya no me queda otra cosa.

-¡Ea, pues! Voy contigo. Yo no te dejo ir sola – replicó Dorotea con resolución -. También el **mío** está en la Casa del Pueblo.

El aspecto que presentaban las calles aquel lunes en Valladolid, y principalmente cerca de la Casa del Pueblo, era de intensa expectación, y en todas partes se sentía que reinaba el miedo.

Salieron las dos amigas a la Fuente Dorada, entraron por Teresa Gil, atravesaron Regalado, y en seguida llegaron a San Felipe Neri. Imposible seguir adelante. Los rebeldes habían tomado un gran número de precauciones. A cada paso se veían hombres con camisa azul, algunos de avanzada edad, cada uno con su pistolón a la cintura. En las esquinas había soldados apostados, el fusil en las manos, los gestos duros y las mandíbulas encajadas.

A partir de la Plaza Salvador, todas las calles que daban a Fray Luis de León, donde estaba situado el centro obrero, se hallaban tomadas por las fuerzas de asalto a caballo, que inmediatamente dispersaban a los pocos curiosos que podía haber, obligándoles a tomar otras direcciones.

Decidieron las dos primas seguir adelante, y entraron por la Calle Enrique IV. Desde allí ya se veían a lo lejos las fuerzas en combate. Diciendo que vivían en una de las bocacalles ocupadas por la fuerza pública, lograron acercarse a la Calle Galera, desde donde se podía ver ya claramente el edificio que ocupaban los obreros, las ventanas por las que asomaban las puntas de los fusiles y alguna que otra gorra miliciana, las marcas que iban dejando ya en la fachada los disparos de los rebeldes. La Casa estaba rodeada de soldados y guardias que, parapetándose en las esquinas y desde las ventanas y portales de los edificios vecinos, rociaban de plomo a los obreros, los cuales les hacían una encarnizada resistencia. Había también tiradores falangistas apostados en la torre de la iglesia, cuya fachada brillaba hermosamente al sol del mediodía, al igual que las casas de ambos lados de la calle, cuyas ventanas y balcones (salvo donde asomaban los máusers de falangistas y guardias) estaban herméticamente cerradas.

Las dos mujeres, rodeadas de repente por la guerra, de súbito tuvieron miedo; metieronse en un portal, y sólo Zita tuvo valor para seguir mirando. Era una contienda sumamente injusta y desigual la que presenciaron sus ojos: la lucha desesperada de unos cuantos obreros mal armados contra todo el poder y toda la técnica de un ejército que habría de ser tan cruel como había sido traidor. Imposible para aquéllos escapar a la muerte. Y aunque su corazón lacerado resistía, se negaba aún a creerlo, admitir que aquello pudiera ser verdad, su mente, en cambio, lo comprendió todo en seguida: era el fin.

La puerta del centro obrero estaba barricada. Desde allí los milicianos hacían fuego con las armas que habían podido conseguir a última hora. Otros obreros se hallaban apostados a las ventanas o agazapados en la azotea, armados con fusiles y pistolas; carecían de armas eficaces. Cada vez que disparaban, tenían que esconderse y tomarse algún tiempo los defensores para cargar sus armas y disparar de nuevo, mientras que los militares les rociaban sin cesar con sus ametralladoras y fusiles automáticos. De las esquinas, de las ventanas y portales de las casas vecinas, y de la torre de la iglesia apuntaban las armas relucientes de falangistas y soldados, cada vez más numerosos.

Hacía un calor achicharrador, y no parecía sino que el cielo y la tierra se iban a juntar en una masa informe de luz y fuego destructor que iba a llevárselos a todos y todo, en un instante, para siempre, no dejando ni rastro de una presencia racional en aquella triste porción, tan desafortunada, del planeta.

Dorotea ya hacía tiempo que, físicamente agotada y transida de dolor, se escondía en un rincón, de cara a la pared. Al contrario Zita, en el umbral, continuaba mirando, contemplando con ojos incrédulos aquellas escenas trágicas de traición y de muerte.

¡Adiós la última esperanza! Su vida entera estaba a punto de venirse a pique.

Se oyó el tableteo de una ametralladora, viniendo probablemente del campanario de la Catedral, que desde su sitio no podía. Cinco o seis obreros que estaban tratando de huir en dirección, probablemente, del Colegio Santa Cruz, encontraron de esta manera la muerte. Luego se oyó el tronar de un mortero, y pronto una parte de la mampostería del edificio se vino abajo. Con todo, el grueso de la fuerza obrera seguía luchando, ofreciendo al mundo lo que no podía ser más que un último sacrificio glorioso, y un heroico ejemplo a todas las clases trabajadoras, que en otros puntos de España sin duda estarían luchando y lograrían, sin duda, imponerse a los insurgentes. ¡Imágenes que pasaban aquellos momentos por la mente de aquella brava mujer!

No obstante, por el cerebro de Zita Martínez Platero también pasaban aquellos momentos imágenes muy dolorosas:

“¡Santa Virgen de las Angustias, Madre de Dios Crucificado! – rezaba -, ¡que no muera, que no muera mi amado! ¿Por qué no se rinden los sitiados? ¿Por qué no dejan las armas y salen todos con los brazos en alto, a fin de salvar por lo menos la vida, si es que un grano de humanidad aún queda en los pechos de sus verdugos?”

Oyó un griterio feroz procedente de una de las bocacalles próximas, y vio llegar a un grupo de soldados a los cuales gritaba un brigada que, debajo de la guerrera caqui, llevaba la camisa azul de la Falange.

-Acabemos con ellos. ¡Vamos! ¡Arriba España!

Traían una pieza de artillería, arrastrada por dos mulos. Hubo una discusión entre los soldados sobre el emplazamiento del cañón, a la cual puso fin el brigada, sacando el revólver de su funda al tiempo que gritaba:

-¡A callar tocan! ¡Pollas en vinagre!

Era un juramento, este último, que Zita había oído más de una vez, y siempre con ocasión de alguna visita a su hermana Serafina. Era en efecto su cuñado Roque el suboficial que venía al mando de la pieza, el cual avanzó a esconderse en un portal, enarbolando el revólver y dando gritos de demente.

Terminaron entre tanto los soldados de emplazar el cañón, y en seguida empezó éste a lanzar obuses, que abrieron brechas enormes en la fachada de la Casa del Pueblo. Entre los estallidos se oían los gemidos espantosos de los que caían y los gritos de triunfo de los rebeldes.

Dorotea, mordiéndose los dedos, miró aterrada por encima del hombro de su prima. El cañón hacía fuego una y otra vez. Los obuses continuaron perforando los muros del edificio, a cuyos pies se veían ahora, entre los escombros, varios cuerpos mutilados de obreros, envueltos en polvo y mucho humo. - ¡Oh, no, no, no! – gritó, arañándose la todavía lacerada cara. Pero sus gritos fueron ahogados por el estruendo de la desigual contienda. Sólo su prima podía oírla, su amiga Zita, que contemplaba ahora la escena impávida como una estatua. El sufrimiento la había dejado sin fuerza, salvo para seguir con los ojos la batalla.

Ya no quedaban muchos de los defensores. Algunos habían sido cogidos por los falangistas según salían del edificio en ruinas, otros yacían muertos o mal heridos entre los escombros; quedaban unos cuantos en el entresuelo, parapetados detrás de otros escombros, y que todavía resistían; y uno o dos más en la parte del primer piso que aun quedaba en pie, pues más de la mitad del edificio se había venido abajo.

En esto, de una de las ventanas bajas del edificio saltó como un relámpago un hombre moreno, más bien pequeño, que se dirigió a gran velocidad hacia el cañón del ejército, sosteniendo una barra de algo en una mano, y un cigarrillo encendido en la otra. Corrió como un héroe mitológico, respetado por las balas que silvaban a uno y otro lado sin atreverse a interrumpir su extraordinaria carrera. Y no parecía sino que una fuerza sobrehumana lo empujara, haciendo de él un gigante. Era su mucha fe que le impulsaba, la creencia que de aquel gesto desesperado dependía sin duda el curso entero de la contienda.

Tardó un instante en darse cuenta Zita de que aquel ser valeroso era su amado. - ¡Agapito! ¡Agapito! – gritó, corriendo a unirse a él.

En aquel mismo momento, una bala asesina alcanzó en pleno pecho al heroico guerrero; y simultáneamente lanzaba éste con fuerza la barra, humeante, hacia la pieza de artillería.

El valiente hijo del pueblo se dobló hacia adelante herido, hincó las dos rodillas en tierra y cayó de bruces al mismo tiempo que se oía un inmenso horrible estallido. La calle entera tembló, y en el resplandor de la explosión, en el calor blanquecino agobiante, se vieron los cuerpos de los dos artilleros volando en pedazos, entre el metal retorcido, las ruedas del cañón, y mucho humo y mucho polvo. Y un axfisante olor a pólvora y falta de oxígeno.

La Casa del Pueblo no era ya más que un montón de escombros y ruinas, como otras muchas casas del pueblo en otros lugares de España. Una nueva era terrible acababa de comenzar que iba a alterar el curso de la Historia. Para Zita Martínez Platero, sin embargo, mujer sencilla y buena, que nunca había aspirado a otra cosa que a vivir una vida honrada y tranquila con los suyos, una existencia digna del ser racional, sólo una cosa contaba aquella tarde tórrida del mes de julio de 1936: salvar a su amado, arrebatárselo a la muerte, aunque para ello tuviera que dar la vida.

Se había arrojado sobre el cuerpo macerado de su adorado esposo, y lo abrazó, protegiéndole como se protege a un niño, apretándole contra el pecho, sosteniendo su cabeza herida entre los brazos; lo besó una y otra vez, lavándole la cara demacrada con sus lágrimas. Según había salido corriendo hacia él, una bala perdida le perforó la oreja, y le resbalaba ahora un hilillo de sangre por la cara.

Agapito abrió los ojos un instante y sonrió tímidamente: - Pobre... Zita – murmuró, un débil susurro -. Ibamos a... casarnos, ya pronto... ¿recuerdas? - (ella le besó de nuevo) -. Tendremos que... posponerlo... una vez más... esta vez para siempre.

-¡Oh no! ¡No! – chilló ella con vehemencia -. ¡No, no, no! - Y las lágrimas de nuevo resbalaron por sus carrillos, mezclándose al caer con la sangre que continuaba saliendo de la oreja herida -. Te curarás, te curarás, mi adorado.

Agapito sonrió de nuevo, y su cara adquirió esa expresión de bondad y reposo que siempre le había caracterizado. Movi6 dolorosamente los labios, pero Zita no alcanzó a oír lo que decía. Y él volvió a cerrar los ojos.

Creyendo que había expirado el amado, la pobre mujer dio un grito, apretándolo aún más contra su corazón, perdida ya toda esperanza.

Entre tanto, y aunque la Casa del Pueblo no era más que un montón de piedras, ladrillos, metal, polvo y ceniza, aún seguían dos o tres obreros haciendo fuego, como fantasmas parapetados detrás de los escombros, luchando hasta el último momento contra la irracionalidad del fascismo. Volvió a oírse a lo lejos fuego de artillería.

-¿Estás ahí? – oyó Zita la voz del herido.

-Sí, mi amor – respondió ella, sintiendo renacer la esperanza.

Abrió él los ojos un poco, y dijo (un murmullo apenas perceptible): -Matarán a algunos de los nuestros....

Se había parado, y ella le besó la frente. - Sí, Agapito, dime, dime.

-Pero... no podrán... ahogar nuestra causa... en un baño de san... gre..., mi.... ¡Ay, mi Zita!

Cuando ésta comprendió que todo había terminado, dejó caer la cabeza, anonadada, y apretando la del amado contra sus labios lloró mucho, esta vez en silencio. Era el fin de la batalla. Estaba la joven sosteniendo todavía el cuerpo inerte de Agapito cuando alguien la tocó en el hombro. Elevó la mirada, y vio a tres falangistas de pies delante de ella. Les miró al principio sin comprender, con muestras de un gran sufrimiento. De súbito se le crispó el rostro y despertó a la realidad del momento. Todo aquel horror que acababa de vivir, la inmensa miseria y dolor a que algo muy malvado y muy dañino había sometido su existencia entera (y que allí culminaba) se le representó claramente como lo que era, la esclavitud a que estaba sometido el pueblo por las fuerzas escondidas del crimen, la explotación, el fascismo; y todo su ser se volvió al instante contra esa fuerza malvada poderosa y su dios que consentía, fomentaba ese crimen, la guerra, la destrucción, el robo y el asesinato, ese dios que **hoy** daba el triunfo a los rebeldes, un dios por tanto destructor y criminal. Y encarándose a aquellos tres hombres, portadores de esos valores, apretando aún más el cuerpo del esposo para que no se lo arrebatara nadie, gritó una y otra vez:

-¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Por un momento los falangistas se quedaron quietos y en silencio, como si los gritos de aquella mujer del pueblo, postrada a sus pies, de pelo alborotado y contraída de dolor, tuvieran el efecto de una maldición que les paralizaba.

Al cabo, el más viejo de los falangistas ordenó a los otros dos: - Lleváosla con la otra miliciana.

## CAPITULO 28

Se hallaban reunidos en congreso, en el Cuartel de San Ambrosio, antiguo convento de jesuitas, como dos docenas de falangistas vallisoletanos, entre los que se contaban los amigos Redondo, Arrese, Ridruejo, Cossío, Monasterio, Girón y Beltrán; «Todos juntos en unión, defendiendo la bandera de la santa tradición», según los términos de su canción favorita.

La sala era circular, con una especie de tribuna en el medio. Don Niceto ocupaba a la sazón esta tribuna. Después de haber puesto las palmas de sus blancas manos juntas en el aire, y haber rezado un sentido responso por la muerte de los camaradas Sevillano y Cuesta, dos falangistas caídos a la Casa del Pueblo, procedió a hablar de algo más serio, evaluando los pros y los contras de la situación política en el país. El alzamiento había triunfado en Valladolid; pero en Barcelona, Madrid, Valencia, Santander, Bilbao, Málaga, Alicante y casi todas las otras capitales de provincia se había encontrado una sorprendente, inesperada resistencia. Habló de la inevitabilidad ahora de la lucha armada, del combate cruento que se aproximaba.

-Levantaremos el edificio de la Nueva España – decía - aunque para ello hayamos de recurrir a la guerra. Rechazamos el gobierno que quisieron implantar los rojos. El comunismo ateo y materialista es ajeno a las instituciones patrias; la raza española es de honda raigambre cristiana.

Hubo aplausos y aclamaciones. Y el sacerdote continuó su oración: - Triste es decir, sin embargo, que por el momento no hemos alcanzado plenamente nuestros objetivos. Me han llegado noticias que ayer, en Madrid, cayeron en las manos de los rojos innumerables jefes y oficiales en el Cuartel de la Montaña, y entre ellos el mismo general Fanjul, a cuyo cargo estaba la ingente tarea de obligar por las armas a que depusiera el mando el odiado régimen frentepopulista. Fracasó el general, ¡triste es decirlo!

-¡Nada es seguro todavía! – voceó un falangista en la sala -. Y además, el Cuartel de la Montaña no es **todo** Madrid. Existen otros regimientos en la capital.

-El Cuartel de la Montaña **no** es todo Madrid, por descontado – dijo el sacerdote, ajustándose muy parsimonioso el correa que portaba por encima de su abultada barriga negra -; pero allá se hallaban los más de nuestros generales y altos mandos del Ejército en espera de ejecutar, no necesito decíroslo, lo que era la función primordial y más fundamental del Alzamiento: la inmediata instalación de un nuevo poder, de salvación nacional. Esa era la tarea encomendada a Joaquín Fanjul, ¡hoy día asesinado! ¡Todos ellos asesinados! Y los demás cuarteles a los cuales haces alusión, Juan Antonio, no pudieron aportar la ayuda necesitada. Ni un solo soldado pudo salir de ellos en defensa de la comandancia atacada.

-¡¡Cobardes!! – alzaron la voz los más jóvenes de entre los congregados -  
¡¡Asesinos!! ¡¡Traidores!!

-Y ahora esta noticia que me acaba de llegar: el general Sanjurjo, que había de tomar el mando de la Junta de Defensa Nacional, ha muerto en un accidente de avión cuando se dirigía a Madrid desde su residencia en Portugal.

Hubo un murmullo de indignación; pero tampoco escasearon las burlas y las risitas. Fue Onésimo Redondo quien dio el tono, tomando ahora la palabra.

-Tampoco eso tiene gran significado – dijo, altanero -, ni viene a alterar el curso de la historia; porque la guerra **no** la puede ganar un Sanjurjo, y de guerra es de lo que se trata, ¿para qué nos serviría un testaferrero así? Nuestro Movimiento requiere hombres jóvenes y fieros que sepan llevar nuestra España hacia el destino imperial que le corresponde.

-¡¡Patria Imperio!! – se gritó en la sala

Se levantó Beltrán y dijo: -La voluntad que representa a la Nueva España sólo puede ser encarnada por un hombre capaz de ser patrón y guía de nuestra generación. – Se ajustó bien la pistola que llevaba al cinto y se volvió a sentar muy satisfecho de sí mismo.

-Por eso mismo, Gonzalo – dijo otro de los asistentes, el cual además de ser falangista era oficial subalterno del ejército -. Ahí tenemos al benjamín de los generales, Francisco Franco, el Verbo encarnado de la acción reivindicadora, y que en estos momentos debe de estar ya atravesando el Estrecho al mando de todas las tropas de Africa.

-¡Eso! ¡Eso! - le aclamaron otros oficiales, uno de ellos de la legión. Pues, aunque se trataba de una reunión bastante homogénea, de hombres de la misma clase social, cortados todos ellos por el mismo rasero (cabello generalmente engomado, rostros crispados mostrando el bigotillo acicalado que casi formaba parte del uniforme falangista), no eran todos civiles.

Todos llevaban, eso sí, la camisa azul del partido, salvo los eclesiásticos, que portaban el alzacuello. Los que no lo eran, ni eran tampoco oficiales de uno u otro de los tres ejércitos, lucían el uniforme negro y camisa azul marino del partido, con correa negra y pistolón a la cintura. Hasta don Niceto llevaba su pistolón por encima de la sotana.

Cuatro días habían pasado desde el fallido golpe de estado que en Valladolid, por el contrario, habían conducido con tanta pericia y tanto éxito los correligionarios de los que allí estaban congregados.

-Aunque sea costosa la lucha ¡la victoria es segura! – continuó hablando el teniente que había mencionado a Franco -, ya lo hemos dicho en el parte, ‘el resultado de la lucha no puede ser incierto, porque la conduce el Ejército, y contra el Ejército nadie puede.’

-Y a su lado está, y estará siempre Falange Española de las JONS – corroboró Onésimo Redondo -. Siempre lo he dicho: ¡jamemos la guerra y adelante!

Oyendo lo cual, de nuevo se levantó entusiasmado Gonzalo Beltrán, que dijo: - Esta es la hora de acudir al arma. ¡Venceremos! Los que piensan que somos pusilánimes se equivocan; los que han ensangrentado Madrid y otros puntos de España, tratando de introducir en nuestra fibra nacional el elemento halógeno del marxismo, los que nos creen incapaces de entender el dolor de la patria ultrajada, van a encontrarnos firmes en el camino del honor, el arma en la mano, el devocionario en el bolsillo. ¡Hermanos Cruzados de la Fe! ¡A la guerra! Lavemos con nuestra sangre, si necesario fuese, los crímenes que las hordas rojas han cometido en el Cuartel de la Montaña.

De nuevo los aplausos y voces de ‘¡Arriba España!’ ‘¡Una, Grande y Libre!’ ‘¡Abajo el comunismo!’

-Con serena dignidad marcharemos a la muerte – dijo el líder faccioso, subiéndose otra vez al podio -. Porque la muerte no debe asustarnos. La muerte la necesitamos para dar estímulo a la Causa. La muerte es acto de servicio. No nos dejemos amedrentar porque hayan caído Fanjul, Goded y algunos otros. ¡Jóvenes castellanos! Ha tocado a nuestra generación el terrible destino de levantar a España y conducirla por el camino del Imperio hacia Dios -. Se abrazó al Padre Espiritual, que le recibió en su pecho. Y juntos descendieron a la sala, donde todos se pusieron de pie y, el brazo en alto, empezaron a entonar el himno del partido.

-«¡Cara al sol con la camisa nueva  
« Que tú bordaste al rojo ayer!  
« Volverá a reír la primavera... »

-¡Viva Falange Española de las JONS!

-¡¡Viva!!

-Por España, ¡firmes!

-¡¡Presente!! – veinte voces a la vez.

-¡Adelante y a la lucha! ¡Arriba España!

-¡¡¡Arriibaaa!!!

A todos les daba ánimos don Niceto, abrazándoles uno por uno, y luego, volviendo a subir al púlpito, por así decirlo, rezó juntando piadosamente las palmas de las manos: - Oremos. ¡Oh, Dios Misericordioso, que concediste a Nuestra Patria gracias innumerables, no permitas que la turba miserable cambie así los destinos de la Nueva España que queremos levantar más grande, más bella, más rica que nunca! ¡Hermanos Caídos por la Patria en el Cuartel de la Montaña, por vuestras almas rezamos!

-¡¡Por Nuestros Mártires!! ¡¡Presente!! – respondieron todos a coro.

-La paz de los Angeles y los Santos sea con Vosotros – concluyó el sacerdote, impartiendo la bendición.

-La Falange por España, ¡firmes! - subió al podio Onésimo Redondo, excitadísimo -. Que sepan desde hoy los traidores que Falange Española de las JONS está indisolublemente unida al Alzamiento. Lucharemos. Implantaremos con nuestra sangre un Estado de Autoridad. Lavaremos el ultraje que han cometido los rojos en Madrid. ¡Vamos a la guerra!

Hicieron todos solemne profesión de fe católica y falangista. Allí mismo se decidió que se formarían al instante las escuadras, y que saldrían a la madrugada hacia el frente, el gordo sacerdote de nuevo abrazándoles a todos.

-¡Castilla por España! Lavaremos el honor ultrajado.

En efecto, el fracaso del pronunciamiento había desbaratado los planes de los reaccionarios de imponer inmediatamente una dictadura que llevase a los militares al poder. Les había desconcertado y enfurecido la valerosa actuación de un pueblo al que ellos calificaban de ‘turbamulta’, incapaces como eran de comprender y admitir que los trabajadores pudieran tomar en sus manos el destino de la nación. Aquella mañana del 20 de julio (objeto de la reunión de los falangistas vallisoletanos del 21 de julio), mientras los gobernantes vacilaban, discutían y se preparaban a firmar un compromiso con los rebeldes, se había reunido una gran multitud de madrileños en la Plaza de España, junto al monumento de Cervantes, a fin de protestar contra la alevosía de las clases privilegiadas, que querían obliterar con un golpe de estado la expresión de la voluntad popular que se había manifestado en las urnas unos meses antes, y que había conducido al gobierno un frente de unión democrática de tendencia socialista. Sabía el pueblo madrileño que los conspiradores de la capital se habían refugiado en el Cuartel de la Montaña y estaban en contacto con otros regimientos de la región para asaltar al gobierno y tomar por la fuerza el poder. El pueblo se dirigió, como un solo hombre, al Cuartel de la Montaña, alentando y conminando a la tropa, por medio de megáfonos y otros altavoces de mano, a que se unieran a sus hermanos de clase y volvieran sus bayonetas contra los oficiales traidores, mostrando así su lealtad al gobierno legítimo y a la constitución que habían prometido defender en el acto de la «jura de bandera». Siguió una lucha que duró cinco horas. Los asaltantes se proveyeron para ello de fusiles, que habían sido tomados de los cuarteles de asalto y de la guardia civil; llevaban además un pieza de artillería que transportaron en un camión de una fábrica de cerveza hasta una explanada contigua al cuartel. Al cabo apareció una bandera blanca en una de las ventanas del edificio. La multitud avanzó confiada hacia la caserna, cuya puerta principal abrióse de par en par. Y dispararon las ametralladoras del ejército, sembrando la explanada de cadáveres. Ante perfidia tal, el furor del pueblo madrileño ya no conoció límite. Todos a una, avanzando sin miedo sobre los cuerpos de sus camaradas, se lanzaron al cuartel, entrando por puertas y ventanas, dispuestos a acabar con la canalla.

Todo esto lo sabían, naturalmente, los falangistas congregados en el cuartel de San Ambrosio de Valladolid, aunque hubieran preferido ignorarlo, ¡tanto les dolía!

-¡A Madrid! – gritaron todos al unísono.

-¡A la Sierra de Guadarrama!

-¡Falangistas a la muerte! ¡A luchar con almas de fieras!

Según salían todos a organizar las escuadras, distribuyéndose los mandos y amparándose del arsenal del cuartel, agarró don Niceto por el brazo a Beltran, y llevándole a un lado, le dijo:

-Voy contigo.

Salieron los facciosos en cuatro camiones, cinco aproximadamente en cada camión. Estaban las calles vacías y silenciosas. Llegaron a la carretera de Madrid cuando ya apuntaba el alba hacia el hermoso valle del Duero.

-Amigo Gonzalo – dijo el sacerdote que viajaba en el mismo camión que Beltrán -, escucha: ¿has logrado hacer eso que te pedí anteayer?

Gonzalo no contestó. Se había puesto de repente muy nervioso; y el cura continuó:

-¿Has conseguido arrestar a esa parienta tuya comunista, como te dije?

-Fui a la ebanistería, sí – respondió el joven, evitando la penetrante mirada negra del otro -. Pero no, ella no estaba allí. No sé donde se halla. Al que sí que encontré fue al marido.

-Y supongo que lo enviaste al paredón.

-Le llevé.... Bueno, fueron momentos aciagos.... Ya me enteraré...

-Ahora no puedes – le cortó el sacerdote amigo -. Está bien, déjalo. Y a la mujer ya la encontraré yo, no te preocupes, y haré que reciba una buena tanda de palos. – Después de unos momentos de silencio, diez o doce kilómetros más al sur, volvió a preguntar don Niceto -: Oye ¿qué estuviste haciendo estos días atrás en Salamanca?

A lo que respondió Gonzalo: - Fue asunto privado. Sabes que mandé venir a Anamari, ya hace tiempo. Nos casamos... por lo que pudiera ocurrir.

Llegó la comitiva a Laguna de Duero cuando amanecía. Se pararon todos unos momentos mientras Onésimo Redondo organizaba 'las escuadras de la sangre' con elementos nuevos, una colección abigarrada de labriegos que entre tanto habían traído otros facciosos de todos los pueblos de alrededor, y a los cuales habían dado unas viejas camisas de color azul marino y correspondiente correaje negro.

Saltaron a los cuatro camiones estos 'Camisas Viejas' (como después se les llamó), tan pronto como dieron la orden los diferentes jefes de escuadra, y, rugiendo

como fieras, agarraron los fusiles con que habían llenado sus jefes los camiones, y se pusieron de nuevo todos en marcha.

Onésimo Redondo, con otros cabecillas, salieron detrás en cuatro automóviles, proporcionados por ricos propietarios de Laguna, Tudela y otros sitios de la cuenca del Duero.

En un pueblecito de la provincia de Segovia, antes de que empezara la subida hacia el Guadarrama, ordenó don Niceto Pérez Monasterio que se parara otra vez todo un momento. Se pararon los autos y los camiones. Se mantuvieron jefes y escuadristas en fervoroso silencio unos instantes, y el sacerdote les dio la bendición desde la carretera, llamándolos Cruzados de la Fe de Cristo y deseándoles muy buena suerte, prometiéndoles «un futuro de vivificación pujante y esplendorosa».

Luego salieron los fieros guerreros, camino de la Sierra, llenando la noche con los gritos de, «¡A Madrid!» «¡A cortarles los cojones a los rojos!», y cientos de aullidos semejantes.

Onésimo Redondo, antes de meterse en el auto que conducía su hermano Andrés, se volvió hacia el sacerdote, que continuaba de pie en la carretera, y le dijo:

-¿No montas?

-No, yo tengo una misión pastoral que cumplir ahora en Valladolid.

-¿Te llevo a de un momento, si quieres, antes de continuar hacia la Sierra?

-No, deja – respondió don Niceto -, tú tienes que dirigir a éstos, para mayor gloria de Dios. Mira, ya veo allí alguien que me va a llevar. Tú continúa con tu gente.

Partió el Jefe con sus hombres. Esperó don Niceto en el medio del camino a que llegara una patrulla de infantería motorizada que se cruzó con los falangistas a la salida del pueblo. Dio el alto a la patrulla.

-¿Va a Valladolid, Padre? – preguntó el oficial que venía en cabeza.

-Buenos días. A Valladolid voy, teniente.

Salióse el teniente del sidecar en que venía montado, ordenó a un suboficial que le seguía en otro sidecar que cediera su asiento al sacerdote, tornó él a ocupar el suyo, chilló «¡Listos!» a la comitiva; y volvieron a ponerse todos en marcha hacia la Ciudad del Pisuerga.

## CAPITULO 29

La ciudad se había engalanado incluso antes de que el triunfo de los insurgentes fuera definitivo. Banderas y colgaduras aparecieron en balcones y ventanas. Las casas de los ricos ostentaban símbolos monárquicos, tapices de seda con representaciones de los corazones de Jesús y María, imágenes de la Inmaculada y otros santos del cielo. ¡Cuánto habían esperado esos dignos burgueses aquel solemne momento! En sus balcones se veían niños rollizos, ondeando banderines, al lado de sus apuestas mamás sonrientes, siempre tan pechugonas. Los vecinos más pobres habían cubierto su oxidadas barandillas con sábanas amarillentas y colchas deshiladas de algodón, donde habían cosido de prisa y corriendo una estampilla del Corazón de Jesús o incluso las Cinco Flechas y el Yugo de la Falange a fin de que no hubiera duda de que eran adeptos al nuevo régimen que se instalaba. En las aceras se congregaba un público muy diverso de hombres, mujeres y niños. Una cosa les caracterizaba a todos. Había salido a la calle aquel día todo Valladolid muy endomingado: nadie quería aparentar pobre, simple trabajador, miembro de la clase baja. Los hombres llevaban todos corbata, y no se veía ni una boina o gorra proletaria; incluso los falangistas ya no iban escotados enseñando el pecho, sino que sobre sus camisas azules lucían ahora corbatas negras, guerrera y pantalones bien planchados y zapatos relucientes. Las mujeres llevaban sus mejores vestidos todas ellas, y nada de portar mandil o delantal por delante de las faldas, aunque fueran meras criadas. Muchas de ellas iban tocadas de velos o mantillas como si hubieran oído o fueran a oír la Santa Misa.

-¡Aleluya! ¡Viva el Ejército! ¡Arriba España! ¡Viva Cristo Rey! – gritaba la gente entusiasmada, con rostros radiantes y brazos en alto.

En el aire el constante repiquetear de campanas. La Iglesia Penitencial de Nuestra Madre de las Angustias estaba llena de fieles, las puertas estaban abiertas de par en par, y podía verse desde el atrio la estatua de la Virgen de los Cuchillos, rodeada de bayonetas. En efecto, unos cuantos nuevos miembros de Falange Española de las JONS, organizados en escuadras de combate, estaban recibiendo el Santo Sacramento de manos del señor cura, dispuestos ya para salir hacia el frente de Madrid.

Poco a poco fueron llenándose las calles de gente disciplinada que ocupaba las aceras, desbordando raramente a la calzada. En la Calle de las Angustias había numerosos guardias de asalto, que contenían a las masas bien pegadas a los edificios. Hacia el mediodía, cuando el sol bañaba bien toda la calle, aparecieron por la parte de la antigua Cuesta de la Libertad, bautizada ahora con el nombre de Calle de Queipo de Llano, dos muchachos que venían corriendo con un perro sarnoso a sus pies y gritaban: -¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Les seguía un auto Balilla, pintado de rojo y negro, con el emblema de las cinco flechas y el yugo. Detrás venía un tropel de gente menuda, gritando: - ¡Las rojas! ¡Las rojas!

El público despejó por completo la calzada para dar paso al convoy de las rojas, que venían en dos camionetas sin bordas ni laterales, atadas de dos en dos, unas cuarenta en total. Todas ellas tenían los cabellos cortados al cero.

Había sido obligada cada 'miliciana' a beberse, antes de partir, un frasco entero de aceite de ricino, el cual había empezado ya a hacer su efecto; y despedían en consecuencia las plataformas de los dos vehículos un olor acre nauseabundo. Como las infelices iban atadas, que apenas se podían mover, el excremento se deslizaba por las piernas y los pies desnudos, sin que ellas pudieran siquiera agacharse, o apartarse unas de otras; todo lo cual producía gran hilaridad entre el endomingado público.

En una de las camionetas venía asomándose por la ventana un viejecito con cara de diablo a quien alguien había vestido de uniforme. Cuando se paraba el convoy para dejar que los espectadores vieran bien a las rojas indecentes, salía el viejo falangista de la cabina y empezaba a sacudirlas en las peladas cabezas con una larga vara de abedul. Si alguna de las prisioneras, físicamente extenuada se caía o hacía ademán de tumbarse, arrastrando consigo a una de sus compañeras, el viejo de la varilla la pegaba sin piedad; así que en adelante, si una se sentía desmayar, se apretaba contra las otras, y entre todas la sostenían para que no cayera.

-¡Vaya un olor, majas! - gritaban los guasones, apretándose con dos dedos las narices-. ¡Huele y no a rosas, encantos! – Seguía un estallido de risa.

A veces una mujer enlutada, viuda de un faccioso muerto en los primeros días del alzamiento, se acercaba a una de las camionetas y, dando alaridos de loba, las ponía a todas tibias. - ¡Rojas asesinas! - chillaba - ¡Atajo de bolcheviques! ¡Dios quiera que os fusilen a todas, víboras! - Y sus vecinas y amigas tenían que sujetarla por la fuerza para que no se lanzase a las rojas, estuviera la camioneta parada o no. -¡Dejadme! ¡Dejadme! Que las degollo vivas. ¡Dejadme que las saque los ojos! ¡Ay, ay, qué desmayo!

Zita y Dorotea venían en la segunda camioneta. Antes, cuando entraba el cortejo en la Plaza de la Fuente Dorada, había tenido Dorotea un solo pensamiento, un solo deseo: que no la vieran sus hijitos en aquel estado de humillación y sufrimiento; que hubiera tenido Teodosia el acierto de no dejarles asomar al balcón. Ahora que había perdido al marido, los mellizos eran lo único que tenía en el mundo. Pedía a Dios que no entrara en sus tiernas pupilas la imagen de una madre martirizada, insultada, mostrada por toda la ciudad como una alimaña enjaulada.

Miró a los balcones de su tío Hipólito según entraba el convoy en la plazuela; y pudo ver que no había nadie en ellos: una colcha extendida en una de las barandillas, y los balcones bien cerrados a pesar del intenso calor que hacía a aquella hora.

-¡Gracias, Dios mío! – suspiró, los ojos fijos en el balcón - ¡Gracias, Señor, que haya encerrado Teodosia a los niños!

La vergüenza de verse en harapos, en medio de todo Valladolid, el afeitado del craneo, los palos que había recibido en el calabozo, la dosis de aceite ricino, la náusea que se apoderaba de ella a cada instante, no eran nada comparado al sufrimiento que habría tenido de ver a sus mellizos y pensar que pudieran haberla reconocido. Y una mueca que podía haber sido una sonrisa apareció un momento en sus labios, mientras que a sus oídos llegaba el griterio de la multitud.

-Sois unas malvadas. ¡Asesinas! ¡Rojas, más que comunistas, rojas! ¡Sucias, marranas! ¡Dorotea, pura sarna eres!

En su propia Calle de las Angustias, vio Dorotea que habían sellado con tablones su tienda, y medio descolgado y manchado de pintura y barro el cartel de la 'EBANISTERIA, LUCIO MUÑEIRO'. Ya no tenía taller, ni casa, ni nada.

Reconoció la voz de la lechera, que chillaba desde un balcón: - ¡No te escondas, Doro, no! ¡No te escondas, malvada, que te reconocemos! ¡Malona!

Y otros gritos en los balcones y aceras, otras voces más o menos familiares entre las que reconoció la de la señora Amparo.

-¡Doro, traidora! ¿Qué te decía yo, eh? – Y luego, desgañitándose: - ¡El que a hierro mata a hierro muere! ¡Fastídate!

Todos al mismo tiempo: '¡Si querían vender la patria a los rusos!' '¡Ya ven, para eso es pa lo que sirven, ladronas!' '¡Buen tinglado que iban a armar!' '¡Mandar es lo que querían!'

-¡Doro! – chilló otra vecina -, ¿querías hacer a tu marido ministro? ¡Ja, ja, ja!

-Menudo ministro que habría hecho ése, si no sabe ni escribir.

-¡Mírala, mírala la marranona!

Por su parte Zita Martínez, que se había negado a tomar bocado durante los tres días que pasó en el calabozo, estaba a punto de desmayarse. Para su desgracia Agapito había sido de siempre personaje conocido en el barrio como el más rojo de todos. En consecuencia, en cuanto reconoció la gente a la joven, se venían hacia ella y le daban una buena sacudida con lo primero que pillasen. Por ello su cuerpo entero, medio desnudo, iba cubierto de heridas y cardenales.

-¡Roja, más que roja!

-¡Alimaña, que eres peor que la sarna!

-¿Ea, dónde has escondido a ese querido tuyo?

-El Bolchevique, ¿dónde se halla?

La debilidad, el calor achicharrador, la herida de la oreja, los sufrimientos y los palos sin descanso, la vergüenza y la humillación de ser vista en tal estado por todo

Valladolid, las risas, los insultos, los azotes y otros ataques de la masa, esos gritos estentóreos, los golpes de cuando en cuando del falangista de la vara de abedul... ¡Oh, era más de lo que humanamente podía soportarse! Si solamente viniera un alma caritativa que la apuñalara en el pecho, para acabar de una vez.

Por un instante le pareció que había llegado ese ángel de bondad. En uno de los momentos en que se paró el camión para que dispusiera de tiempo la masa para el escarnio y los golpes, una hermosa joven de pelo y velo negros la tiró de un brazo hacia adelante y chilló como una loca salvaje: - ¡Muere, hiena!

Simultáneamente se oían los comentarios de la multitud: alguien dijo en un tono compasivo: - Pobre señorita Josefina... hermano falangista... asesinado hace tres días por los rojos.

Miró Zita a su atacante: una muchacha de cara muy bella, boca sensual y unos dientes afilados blancos, unos ojos que echaban fuego. Sentía en sus carnes las uñas de la señorita, una mano izquierda delicada, y en la otra un libro negro, hermoso, con broche de metal y rebordes de oro.

Sintió de repente que le venía la náusea. Todo le daba vueltas. Perdía el conocimiento.

-¡Duro con ella! – había gritado una anciana, haciendo trompeta con sus manos de badana seca. Y otras voces todas juntas: - ¡A palos pa que aprenda! ¡A la hoguera! ¡Que las quemem a todas! ¡Rojas! ¡Bestias sin Dios!

Abrió Zita su boca macerada, mirando a la señorita. Oyó que ésta le decía: - ¿Dónde has escondido a ese comunista tuyo? ¡Contesta!

Precisamente en aquel punto y momento el frasco de aceite de ricino que había sido forzada a tomar antes de empezar su Vía Crucis, y que en un principio se había negado a operar en el estómago vacío, se decidió al fin a efectuar su labor, y como no había nada en el conducto anal que pudiera acompañarle en la salida, se oyó un sonoro estallido.

Siguió una carcajada general, y la hermosa señorita Josefina, sumamente corrida y no sabiendo qué hacer, levantó el misal en el aire y, tirando aún más del cuerpo exhausto de la otra, le propinó una enorme sacudida con el sagrado libro en el cráneo. Fue un golpe tan certero que Zita perdió el conocimiento, y a poco más hubiera dejado allí la vida.

## CAPITULO 30

La sacaron del cuarto de corrección y la soltaron a la calle por una de las puertas laterales de la caserna, un edificio austero, de ladrillo, a cuya entrada principal, en grandes caracteres, figuraba: CUARTEL DE CABALLERÍA «CONDE ANSÚREZ».

Era un anochecido seco y caluroso; y aunque el cielo era todavía azul, centelleaban ya las farolas de gas a ambos lados de la espaciosa avenida.

Iba hecha un trapo Dorotea Platero, no llevaba ni zapatos ni medias, y apenas sí podía calificarse de vestido el harapo que llevaba encima. Con las manos se tapaba la cabeza pelada, torciendo la mirada a un lado y a otro, temerosa de que la pudiera ver la gente. Aunque, a decir verdad, no había un alma en toda aquella parte de la ciudad, que parecía un desierto.

Anduvo así un largo trecho; hasta encontrarse de repente, sin saber cómo ni cómo no, entre unos raíles de acero, que salían en todas las direcciones, en un terreno abierto lleno de cantos y guijarros negros.

Se paró delante de un arco de ladrillo sucio de humo, y lo estuvo contemplando un rato calculando Dios sabía qué: un medio tal vez de atravesar aquel espacio de vías innumerables, encontrar una solución a algo terrible y doloroso, huir, desaparecer para siempre.

El calor era axfisante. Lo había sido todo aquel día; y ahora, con la llegada del crepúsculo y en aquel sitio desconcertante y llano, aún peor. Parecía despedir fuego la tierra. Ni un grano de frescura, un árbol, una planta, unas matas, un poco de hierba. Ni la menor bocanada de aire fresco. Sola entre raíles y pedruscos negros, andando muy despacio, aullando cada vez que sus pies tocaban algo duro o punzante.

Tropezó con un artefacto que conoció ser una bomba de agua. Se inclinó, hincó las rodillas en tierra, y se puso a accionar la manivela, cubierta de sudor de los pies a la cabeza. Al cabo empezó a salir un hilito de agua turbia que en seguida fue un chorro de agua más clara; y poniendo la rapada cabeza bajo el caño dejó que le corriera el líquido a ambos lados de la cara, la boca, las dos orejas, el cuello, empapándosele de paso la mitad del vestido.

Se levantó, apoyándose en la bomba, y anduvo a trompicones algunos momentos más, en un mundo cada vez más tenebroso e impenetrable. Hasta que dio con su pobre cuerpo dolorido en tierra.

Despierta o soñando, empezó a oír unos ruidos espantosos que le taladraban las sienas. Un estruendo furibundo como de golpes de martillo en algo metálico duro. Luego vio pasar unas máquinas negras que se movían de un lado a otro de las vías, arrojando un humo espeso salpicado de chispas como estrellas. Desaparecieron las máquinas, cada una en una dirección, y a poco también cesó el ruido. Había empezado a quedarse dormida cuando le pareció oír el sonido de una campana, luego un silbido, y muchas voces: unos hombres que se agitaban debajo de una marquesina. De nuevo esos ruidos amenazadores, como de grandes instrumentos golpeando unos bloques de hierro. Vio pasar una gran masa oscura, largo tiempo, a gran velocidad, y percibieron sus ojos espantados unos cuadrados de luz deslizándose vertiginosamente a su lado, muchos, y muchas caras que aparecían y desaparecían en un instante. El ruido fue haciéndose poco a poco menos horrible, y más débil, distante, casi arrullador, como un sueño. Fue entonces que por primera vez oyó un algo humano.

-¿Qué haces tú aquí? - le preguntó una sombra.

Estuvo unos minutos contemplando aterrada aquel individuo. Era un hombre grueso, de cabello blanco: apenas le veía la cara, a causa de la reinante oscuridad. Llevaba en su mano derecha un bastón o cachava que sujetaba a la muñeca con una cinta de cuero.

-No sé - respondió Dorotea después de un profundo suspiro.

-Y ¿cómo has llegado hasta aquí - continuó él -, has saltado la tapia?

-No lo sé - volvió a decir la mujer; se acurrucó contra un muro de ladrillo, llevándose instintivamente los diez dedos a las sienas.

El hombre notó el movimiento y vaciló un instante. Iba a preguntar algo, apuntando con el chuzo a la pelada cabeza; pero se calló a medio camino, como temeroso de recibir una respuesta que abriera la puerta a algún peligro. ¡Mejor no saber nada!

-¿No tienes un esposo, unos hijos - preguntó - que te estarán esperando?

A la mención de los hijos, Dorotea dio un alarido, se agarró otra vez la cabeza, y acto seguido rompió en llanto.

-Mira - dijo el hombre, haciendo lo posible por calmarla, - te ayudaré en lo que pueda; pero aquí no puedes quedarte. Está prohibido. Y yo soy el vigilante. No puedo dejar que me comprometas así. ¿No tienes de veras otro sitio onde ir?

Ella seguía llorando, y él, decidido a deshacerse de ella, la levantó de donde estaba, pasándole un brazo por debajo del sobaco.

-¡Calla! No chilles - decía el vigilante. - Tíes que salir de aquí. Y si has pensao resolver tus problemas dejando que te pasen por encima las ruedas de un tren, estás muy desvariada. Eres joven, mujer, o al menos creo que lo eres ¿no?, y tíes aún mucha vida por delante.

Anduvieron a lo largo de una vieja y sucia tapia de cemento y ladrillo, Dorotea quejándose a gritos cada vez que sus lacerados pies tocaban un guijarro o daban contra algo cortante o puntiagudo.

-¡Espera, cállate! - decía su acompañante, sujetándola para que no cayera.

Ella no cesaba de llorar y de lamentarse.

-Pero hija, ¿no te pués callar? - decía el vigilante. - ¿No ves que nos puén oír?, y entonces no tendría más remedio que denunciarte. Mira, hay un bujero aquí al lado, y pronto habremos salido a la calle.

Llegaron al agujero, salieron a la calle y anduvieron por un rato, hasta que encontraron un banco; y se sentaron los dos.

-Te acompañaría un poco más - dijo él -; pero no puedo ausentarme del servicio.

Dorotea le miró, pero no dijo nada.

-¿De verdá que no tiés a nadie, algún pariente que pueda darte cobijo, hija? - preguntó él, levantándose.

-Tengo unas primas en la Fuente Dorada - dijo ella al fin.

-Pues atiende, maja - dijo el vigilante, quitándose un pañuelo que llevaba atado al cuello, - vas a ponerte esto para que no te vean así, y vas por ahí derecha, que en seguida sales a Teresa Gil - (él mismo le ajustó el pañuelo haciéndole un nudo por debajo de la barbilla) - Ya estás, ves. Pués quedártelo, que yo me vuelvo al trabajo.

Así diciendo, dio media vuelta el viejo, y en seguida desapareció en la oscuridad.

Dorotea alzó penosamente una pierna, luego la otra, y se estiró en el banco.

La despertó una sacudida, un movimiento vibratorio de algo con que se hallaba en contacto, y oyó un ruido espantoso, como el golpe de una barra o un palo cerca de su cuerpo.

-¿Qué es esto? - alguien chilló a su lado. - O te vas de aquí arreando, o te llevo a la comisaría.

Era el sereno del barrio, un individuo pequeño, macizo, cara de aspecto adoquinado, nariz chata, y que más parecía una bestia que un ser humano. Volvió a dar con el chuzo en el asiento del banco. - ¡Vamos! - ordenó.

Dorotea no tuvo más remedio que obedecer. El mismo sereno la ayudó a ponerse de pie, dándole un empujón para que se fuera.

Entumecida, agobiadísima y casi sin saber lo que hacía, encaminóse al centro de la ciudad, pegándose a la sombra de las casas, mordiéndose los labios cada vez que topaban sus pies con algo duro. Escogió las calles más oscuras para evitar las miradas de los pocos viandantes con que se cruzaba, todos ellos hombres que caminaban aisladamente y muy deprisa. A pesar del inmenso calor, las ventanas de los entresuelos, como las entradas de las casas, estaban todas cerradas; y muy pocos eran los balcones de los que salía una luz o el sonido de una voz, mucho menos de una radio.

Había llegado a la Plaza de la Fuente Dorada, a costa de muchos tropiezos y caídas, cuando oyó las campanadas de una iglesia. Las once. Pasó a los soportales, entró en el Callejón de los Boteros, y alcanzó la puerta de la casa de sus primas. Se agarró al aldabón de hierro, y dio con él un golpe que retumbó en todo aquel estrechísimo callejón sin salida: uno solo para el entresuelo. Pero no le respondió nadie. Y ella, asustada, no se atrevió a repetir la operación.

Había en la tasca de la acera de enfrente un par de parroquianos echando un último trago a la luz de una lámpara de carburo. Decidió acercarse. Tal vez la reconociera el tabernero y tendría la amabilidad de dejarla entrar y pasar allí la noche, tumbada en un rincón aunque nada más fuera.

Pero apenas había franqueado el umbral de la gran puerta, que estaba siempre abierta, cuando salió el tabernero de detrás del mostrador y, sin dejarla articular palabra, la echó por las buenas a la calle. Y ella se volvió al portal de la casa de sus primas. Se sentó en el banzo de piedra, reposando la cabeza entre el quicio de la puerta y los ladrillos de la fachada.

Apenas había estado allí unos minutos cuando se llegó hasta ella un energúmeno, de edad como de cincuenta años, que había salido de la taberna.

-¡Ea! ¡Que aquí no pués estar! - oyó, y vio que el hombre la apuntaba con un palo -. Ya pués coger las de Villadiego. ¡Arreando!

Era tal el terror que le causó la vista de aquella criatura que Dorotea, sentada como estaba, retrocedió hacia un lado, mordiéndose las manos, empujando su torso dolorido contra la puerta.

-¡Levántate! ¿No oyes? - dijo el hombre.

Dorotea se le arrojó a los pies, abrazándole la cintura, de donde colgaba un manojito de llaves en un aro de acero. – Pues... ábreme la puerta y déjame entrar, sereno - suplicó a gritos. - Tú me conoces, Hermenegildo, que viven aquí mis primas... en el entresuelo. ¡Piedad, piedad!

Los gritos tuvieron el efecto de paralizar por completo aquella fiera, que ya no supo qué hacer. Lo único que le llegaba a la testa a aquel zoquete era que si arrojaba aquella loca a la plaza, y le pasaba algo antes de que saliese de sus dominios, podría haber graves repercusiones para sí mismo. Tuvo en consecuencia miedo, y en su menguado cerebro nació la idea de que detrás de aquella puerta pudiera estar la solución. La abrió con una de las llaves del manojito, agarró como

pudo a la mujer y después de haberla arrojado como un trapo en el portal, volvió a atrancar la puerta.

Encerrada en la oscuridad, Dorotea le oyó alejarse, dando golpes con el chuzo en la calzada. Tardó todavía unos minutos en ponerse de pie. Y ascendió a tientas la lóbrega empinada escalera.

Dio con los nudillos en la puerta del piso y, no habiendo recibido respuesta, volvió a llamar, esta vez con el picaporte. Abrióse la mirilla un poco, apareció una cara detrás de la reja de hierro: un hombre que solamente movió los ojos.

-Abrame, tío - suspiró Dorotea - ábrame la puerta, por caridad.

Desapareció el tío Hipólito, se entreabrió la puerta, y oyó Dorotea la voz de Santiago, apenas un susurro.

-Entra, Doro.

-¡Santi, oh, Santi! - exclamó la mujer, arrojándose en los brazos de su hermano.  
- Llévame a los mellizos.

Santiago cerró y atrancó la puerta. Agarró una vela que había en una repisa, y condujo a su hermana hacia el interior del piso.

Llegaron a la espaciosa estancia con los balcones a la plaza, y el hermano tiró hacia la alcoba de la izquierda, donde vio Dorotea a sus dos hijos, durmiendo encima de una alta cama.

-¿No está Martín en casa? - preguntó la mujer.

-¡Calla! - respondió Santiago en un susurro. - Se lo han llevado al frente. Estoy solo con el tío. Teodosia salió a recoger a Zita, y todavía no han vuelto.

Pero Dorotea ya no le escuchaba. Se había arrojado en la cama a abrazar a sus dos hijos. La niña abrió los ojos un instante y se volvió a dormir. Lucito estaba hecho un ovillo contra la pared. A los dos les besó Dorotea con lágrimas en los ojos, extendiéndose encima de la colcha. Santiago permaneció de pie a su lado, dando con las rodillas en el borde de la cama.

-¿Qué te pasa? - le preguntó la hermana, en voz muy queda. - Estás tiritando.

-Me estoy temblando todo, sí - replicó Santiago. - Ya te contaré. Y tú ¿cómo te encuentras? Pobrecilla, ¿te han hecho sufrir mucho?

-Mucho - contestó ella, que había arrojado el pañuelo y se estaba tocando la cabeza con ahinco.

El ya había notado que tenía los pies cubiertos de llagas y sangre coagulada. - Espera - dijo - que voy a la cocina a traer algo que te alivie. - Cogió la palmatoria, que había dejado en la mesilla de noche, y salió de la alcoba. En seguida volvió con

unos trapos y un frasquito de tintura de yodo. Dejó la vela otra vez en la mesilla y, sentado en la cama, curó y vendó los pies de su hermana.

-¿Se enfadará el huésped? - preguntó Dorotea, señalando una mancha de yodo en la colcha.

-Ya te he dicho que se lo llevaron a la guerra.

-¿Hay guerra civil, entonces?

-Sí. Y están movilizándolo a todos los hombres.

-¿Quién hace eso?

-¡Anda! Pues los de aquí - contestó Santiago, bajando tanto la voz que apenas se le oía. - Los rebeldes, claro. Han ocupado ya toda Castilla y León. Ha salido Mola con otros generales en lucha contra el gobierno. Está avanzando un cuerpo de ejército hacia Madrid.

-¡Ay, Cristo de la Vega! - exclamó Dorotea, clavándose los dedos en las sienes. - Y ¿van a movilizarte a ti también, precioso?

-No es eso lo malo.

-Pues, ¿qué es?

-Doro, parece que te has olvidado, ¿no? - sollozó el joven.

-Pero ¿qué?

-¿No te acuerdas de lo que estuvimos hablando, aquí mismo, la última vez que nos vimos?

-¿Que te apuntastes a la...?

-¡Pssss! Calla, mujer, que pareces idiota - susurró Santiago, alarmadísimo. - ¡Vas a mencionar nombres! ¿En qué estás pensando?

-Dime, pues.

-Pues eso. Que hice aquella locura... y ¿qué va a pasar ahora cuando se enteren éstos, que de seguro ya se habrán enterado?

-No es verdad. No se enterarán nunca. No quedó rastro. No sabrán nunca nadie lo que hicistes.

-¿Pues cómo? ¿Cómo lo sabes tú? - preguntó el hermano, cogiendo las manos de Dorotea, como quien se agarra a un salvavidas, y apartándose: - ¡Oh, no! Lo haces por consolarme. Pero ¿cómo no van a enterarse? Deje mi nombre donde tú ya sabes.

-Pues eso. En la Casa del Pueblo. ¡Qué va!

-¡Pssss! ¿Estás loca? ¿No te he dicho que no menciones nada? Anda, duérmete con los niños.

-Pues atiende - dijo ella, abrazándole - mira, Santi hermoso, no existe ya... esa casa. No existen istancias, papeles, nada. Todo ardió, que yo lo vi. No es más que un montón de escombros y ruinas. Y vi morir a los obreros que la defendían... todos. No quedó ni uno, y mi marido estaba dentro. - Le salían lágrimas de los ojos.

Santiago también rompió en llanto. Se puso de pies, balbuceando como un niño. -Ya no lo volveré a hacer. Ya sé que fue un error. No lo volveré a hacer.

Sin responder palabra, le besó la hermana una mano, y él continuó con más calma:

-Bueno, quédate con los niños. Yo, querida hermana, te prometo que ya nunca más volveré a cometer una locura así, - vaciló y dijo aún: - ¿Pero, estás segura?

-Que sí. ¿No te estoy diciendo? Lo vi con estos ojos. No quedó nada.

-Entonces, no me pasará nada, ¿verdad que no?

-De verdad, cariño, ya te he dicho - dijo Dorotea, besándole otra vez - Nada pudo haber salido de esa Casa... donde te apuntastes. Y en seguida vino el asalto y los destrozos. No quedó nada, nada.

Santiago la besó agradecido. Luego apagó la vela y dijo: - Aquí te dejo unas cerillas, por si necesitas ver. Pero no des la luz. Es peligroso atraer la atención. Ven algo desde la calle, y por un sí o por un no ya están llamando a la puerta.

-¡Ay, Santi, Santi, ya lo sé! - suspiró la hermana. - ¡Qué de sufrimientos nos ha traído esta república!

-¡Pssss! ¿No te estoy diciendo? Hay palabras que ya no se pueden pronunciar ni en privado.

-Pues ¿qué palabra he dicho?

-Pues esa, ¿so sabes? - suspiró Santiago. - No hables, no digas nada. Bueno, duérmete, que lo necesitas. Yo voy a ver si puedo echar una cabezada también.

Dorotea le vio salir a la oscura sala, y le oyó que se metía en su propia alcoba. Ella permaneció un largo trecho inmóvil, mirando hacia el balcón abierto.

## CAPITULO 31

Amaneció un día hermoso. Tumbada de espalda contempló Dorotea el cielo claro, a través de la penumbra de la habitación. ¿Qué iba a hacer ella ahora, con dos hijos, si no tenía casa, ni marido, ni nada con qué sustentar a sus pequeñines? ¿A dónde podría ella ir con una carga así? Miró a Feli, que se le había pegado al costado, y al ovillo que todavía formaba Lucito contra la pared, y sintió ese agobio paralizador que generalmente acompaña a un sufrimiento profundo.

Al cabo oyó unos pasos y vio la silueta de Santiago yendo de un lado a otro de la habitación con un cigarro encendido en la mano.

-Doro. Te he sentido sollozar - oyó que le decía el joven, parándose a la entrada de la alcoba. - ¿Son los pies? ¿Todavía te duelen?

-Todo me duele, Santi. Tengo el alma atravesada de dolor. Entra, si quieres.

Entró el muchacho en la alcoba. Le palpitaba el pecho. Le temblaban las rodillas. - ¿Has logrado dormir algo? - preguntó.

-Algo - replicó Dorotea, alzándose hasta quedar sentada en la cama. - Bien poco-. Agarró la mano del hermano -. Y ¿tú?

-No. No he pegado ojo en toda la noche – respondió Santiago. Se había sentado en la cama.

-Dime- preguntó ella - ¿hay algo de comer en la casa?

-Pues... no sé.

-Tendré que levantarme e ir a ver. Habrá que dar algo a los mellizos cuando se despierten.

La ayudó él a que se pusiera en pie, y se fue la mujer poco a poco a la cocina a ver lo que había. Ni siquiera encontró un pedazo de pan. Cuando volvió a la sala, estaba su hermano fumando junto al balcón de enfrente de la alcoba de los niños.

-¿Encontraste algo? - preguntó él, lanzando con una toba la colilla hacia la plaza.

-Ni siquiera un mendrugo - replicó ella.

-Lo habrá escondido Teo para que no se lo zampe el tío.

Contemplaron la calle sin salir al balcón. En los soportales de enfrente vieron que un café estaba ya abierto. Pero no se veía gente en la plaza.

-Si quieres, bajo a ver si hay alguna panadería abierta - ofreció Santiago.

-¡Cómo vas a bajar tú, cariño! Anda, dame pa un litro de leche y pan, y voy yo.

-Pero, si no puedes ni moverte.

-Sí que puedo. ¿Qué otro remedio? A ti te echarían la mano encima en seguida.

Sugirió entonces Santiago que fuera ella antes al cuarto de las primas, y tomase prestadas unas alpargatas y, tal vez, un vestido, que el que llevaba puesto estaba roto y despedazado; así no podía salir a la calle.

Obedeció la hermana. Y momentos más tarde cruzaba la plaza en dirección al Mercado del Val, marchando muy despacio, apretando los rebordes de una mantilla sobre el pecho y llevando de la otra mano una lechera de aluminio.

Santiago la siguió con los ojos. Vio aparecer otras mujeres que, sin juntarse con ella, la seguían, todas hacia el mercado.

Una hora más tarde, cuando ya se habían despertado los mellizos, estaba la mujer de vuelta, una hogaza bajo el brazo y un litro de leche. Con ello se dirigió a la cocina y procedió a preparar el desayuno.

El tío Hipólito se unió a ellos, sentándose todos alrededor de la mesa de roble en el medio de la estancia. Dorotea dio a los niños sendas sopitas de leche, y al tío unas sopas de vino. Santiago apenas probó bocado.

-Comer despacito - les decía Dorotea a los mellizos - que dure. Y no os queméis. Machacar bien la cuchara en el tazón, pa que se ablande el pan.

Ella había añadido a sus propias migas un poco de agua caliente, para no acabar toda la leche, y tener algo que darles a los niños más tarde, los cuales comían calladitos, llevándose las cucharas a las bocas, sin atreverse siquiera a alzar los ojos.

Dorotea pasó gran parte de la mañana platicando a solas con su hermano.

-Y ¿qué piensas hacer, Doro?

-Todavía no he pensado nada.

-Aquí va a ser difícil.

-Ya sé. Van a necesitar la alcoba pa alquilarla y ganarse el pan.

-No es por eso. Vamos, no sé. Pero ¿y si... no dejan de perseguirte? Te conoce ya todo el mundo.

-Y ¿a dónde voy a ir yo con dos niños?

-¿Por qué no te vas a Tordehumos? Allá estarías más tranquila. Y no te faltaría el pan para los críos.

-¿Cómo voy a irme yo al pueblo? - preguntó Dorotea, tocándose la cabeza. - Si soy una proscrita.

-No seas tonta. ¡Qué idioteces dices!

-Pues, a ver.

-Doro, ¿no te das cuenta que... hasta ver si se arregla **esto**..., bueno, que todos somos iguales... y tenemos que sobreponernos, hermana mía, cada uno por su cuenta? Ahora eres tú que tienes que salir adelante. Mira, os levantáis muy temprano... mañana o pasado, cuando sea. Os vais piano piano al Paseo Zorrilla. Allí cogéis el coche de línea, y en seguida estáis en el pueblo.

-¿Cómo voy a irme a ninguna parte? - insistió la hermana – si pa eso se necesita dinero y yo no lo tengo.

-No te preocupes por eso. Yo te lo daré. De verdad, en Tordehumos estaréis mejor - dijo Santiago, sus ojos fijos en la cabeza rapada bajo la mantilla, - no vaya a ocurrírseles hacer otra redada. No puede fiarse uno. Tienes que desaparecer.

Estaba sentado con ellos el tío Hipólito, el cual observaba a sus dos sobrinos con ojos extraviados. Al oírles hablar de viajes y desapariciones preguntó, preocupado: - ¿No ha vuelto Teodosia?

-No, tío, pero ya no tardará - dijo Santiago.

-¿Se la han llevao a ella tamién? - balbuceó el anciano.

-No, tío. Salió por su cuenta a buscar a Zita. Pronto estarán de vuelta las dos - aseguró Santiago.

Parecía que le hubiera oído el Altísimo. Pues en aquel mismo momento se oyeron voces en la escalera. Y eran Zita, lamentándose, y su joven hermana, que hablaba alborotadamente.

Corrieron todos a abrir la puerta del piso, y entraron las dos hermanas, en los brazos la una de la otra, pasando derechitas a su habitación.

Los mellizos rompieron en alarmado llanto, y su madre los llevó a la cocina. Les cortó una rebanada de pan a cada uno, lo untó con aceite y salpicó sal y pimienta dulce. Y mientras los niños comían en sendos taburetes ella volvió a envolver el resto de la hogaza con papel de estraza, y lo escondió para que no lo viera el viejo.

Por la tarde, a la hora de la siesta, salió Teodosia del cuarto y le dijo a Dorotea que su hermana deseaba verla.

El encuentro entre las dos íntimas amigas fue de un pesar, una tristeza indescriptible. Dorotea entró en la habitación, diciendo a grandes gritos:

-¡Oy! Zita, Zita hermosa. ¡Ay, qué de sufrimientos nos trae la vida! ¡Qué desgracias!

Se arrojó en los brazos de la otra, que estaba sentada en una de las camas turcas; y allí permanecieron, estrechamente unidas, terminando por caer tumbadas, lamentándose y derramando lágrimas la una en el hombro de la otra.

-¡Ay, desdichada de mí! - exclamó Dorotea.

-¡Quiero morirme! ¡No quiero vivir más! - chillaba la otra.

-¡Cállate, chica, cállate! Que estás clamando al Cielo.

-Me lo han asesinado, me lo han asesinado estos salvajes.

La pobre Zita lloraba, pedía la muerte como único medio de acompañar al ser amado, y Dorotea se mordía los labios, rezando mentalmente: «¡Ayúdanos, Señor! ¡Ayúdanos cielos piadosos! ¡Oh Madre, Madre, Virgen de las Angustias!»

Al cabo Zita se puso de pies, y se dirigió a la ventana. Era una apertura estrecha, que daba a un patio oscuro y tan pequeño que más parecía el hueco de un ventiladero o el interior de una enorme chimenea antigua. Se le había caído el pañuelo hacia el cuello, y Dorotea, acercándose por detrás, la besó en la cabeza.

Quedáronse las dos mirando en silencio el muro opuesto del patio, una pared de ladrillos pardos, desgastados. Era como si estuviesen otra vez encerradas en sus respectivas celdas. Dorotea se puso a temblar, abrazó a su prima por detrás, cruzando los brazos por los pechos de la otra y suspiró, la congoja en los labios:

-¿Qué va a ser ahora de nosotras?

A lo que respondió Zita, volviéndose a mirarla: - Nada, nada. Me han destrozado la vida. Ya no hay nada, ya no hay nada...

-Sosíégate, prima; que no adelantas nada con ponerte frenética. Es verdad que han muerto... los nuestros. Pero no hay razón pa que nos consumamos así. Ni somos culpables de ello, ni a ellos podemos nosotras devolver la vida, hagamos lo que hagamos.

-¡Calla! - le cortó la otra. - No quiero olvidarle, no. Es todavía mi Agapito y estará siempre presente en mi recuerdo este horrendo crimen. No es posible, no es posible.

-¡Ay de mí! - mordíase los dedos Dorotea. - ¡Ay, ay! ¡Qué de tormentos!

Zita dejó a su prima junto a la ventana, y se arrojó de nuevo en la cama, ahogando su dolor en la almohada. - ¡Asesinos! ¡Cruelles asesinos! - salían de su boca apagados lamentos, mientras que sus puños golpeaban las sábanas. - ¡No puede ser! ¡No puede ser! - suspiraba con vehemencia.

-¡Ay, Zita! - decía la otra, sentada ahora a su lado. - Razón tienes. Es un crimen que clamará un día al Cielo. ¡Qué castigo va a darles el Señor!

-¡No existe ese señor! - chilló Zita, dándose la vuelta. - No existe un dios, si ha podido consentir tanto horror. O es muy malo él también, un asesino... ¡asesinos todos! ¡asesinos! ¡Oh mi novio, mi adorado Agapito! ¿Qué han hecho contigo? ¿Quién ha consentido tanto crimen?

Zita Martínez, joven buena y sencilla, hija del pueblo, viuda antes de contraer matrimonio, exigía una respuesta, cerraba los dientes, vengativa. Zita la bella, la pura, la verdadera.

Era avanzada la tarde cuando Dorotea salió del cuarto y entró en la estancia que hacía de sala y comedor. Halló a su otra prima charlando con Santiago. Se sentó con ellos.

-¡Qué de cavilaciones nos aguardan! - dijo agarrando una mano de la joven Teodosia.

-Dime, Doro. ¿Está ya más tranquila?

-No, pobre Zita. Es inconsolable. ¡Ay, cómo se pone! Y ya ves, no hay que tomarlo, mujer, tan a pecho que vayamos a caer todos sin remedio. Yo también he perdido al marido, mira tú.

-¿De qué hablas? - interceptó Teodosia.

-¡Anda, de qué! ¿Pues no sabes que les vimos morir en el incendio de la Casa... ésa? ¿Te parece poco?

-¿Ah, entonces no sabes, mujer, que tu Lucio está vivo, y bien vivo?

Creó Dorotea que una fuerza invisible la agarraba y la zarandeaba todo el cuerpo. Abrió los ojos espantadísima, como si la otra estuviera hablando de resurrecciones y fantasmas.

- ¿Cómo que está vivo? - gritó.

-Pues eso, que no ha muerto tu Lucio.

Todavía no comprendió Dorotea. Miró a la joven como si de un ángel de la guarda se tratase, un ángel que hubiera traído a su Lucio de entre los muertos, donde ella le había tenido por cierto estos cuatro días desde el incendio de la Casa del Pueblo. - Dime, Teo ¿qué sabes? - preguntó al fin.

-Pues que lo han visto, chica. Vieron a tu Lucio el domingo en la Calle de las Angustias, que me lo han contado las vecinas.

-¿Y cómo? ¿Dónde estaba? - inquirió Dorotea, mordiéndose una muñeca para estar segura de que no estaba soñando. Y volviéndose a Santiago: - Dime, ¿qué sabes tú de eso?

-Yo no sé nada - replicó el hermano, apartando un poco la silla sin saber por qué.

-Anda, cuéntame, Teo, cuéntame - se volvió a la muchacha. - No me tengas aquí aguardando. ¿Seguro que no lo estás inventando? No lo harás para darme ilusiones falsas, ¿eh? ¿Es veraz lo que me dices?

-Tan veraz como lo oyes. Que todas lo vieron.

-¿Cómo? ¿Cómo?

-Pues atiende, Doro, que parece que no quieres oír, pues que vieron al Lucio, sabes, muy enfermo, que parece que volvió a la ebanistería aquel día borracho como una cuba. - Soltaba Teodosia ahora las palabras a gran velocidad, como si estuviese relatando algo que había oído ya varias veces. -Y allí, en la tienda, lo encontraron unos falangistas que venían, chica, a por él.

-¿Pa matarlo sería? Dime, no le fusilaron ¿verdá? Dime que no.

-Pues ahí está, maja, que no le fusilaron. Que venía con ellos el primo ese tuyo, Gonzalo, que no hay mal que por bien no venga, ¿no crees tú? Que si no, pues que le hubieran llevado seguro al paredón. Que fusilaron aquel día a mucha gente.

-Y ¿cómo sabes tú todo eso? ¿Cómo estás tan segura de lo que me dices?

-Atiende, mujer. Pues que resulta que Roque también le vio, que me lo ha contao Serafina, ¿sabes?

-Y, ¿está libre, entonces? Teo, dime que está libre mi Lucio. ¿Dónde está?

-Pues anda, ¿cómo lo voy a saber yo donde está? La Sera me ha dicho que a buen seguro le tienen con otros en un campo de concentración, ¿sabes? Pero ya saldrá de allí en cuanto termine todo **esto**.

Dorotea abrazaba a su prima, besándole la frente, los carrillos, la boca, alborotando como si se hubiera vuelto loca. - ¡Oh Teo, guapa! ¡Oh Teo, gracias!

Los pobres mellizos, que no se habían movido desde que su madre volvió a la sala, se agarraban el uno con la otra, escondidos detrás de la silla de su tío Santiago, fijando los ojos en su alborotada madre, sin saber qué hacer.

A la caída de la tarde Teodosia preparó unas sopas de ajo, y cenaron todos en silencio, sentados alrededor de la larga mesa de comedor, salvo la mayor de las dos hermanas, que se quedó en su cuarto, sin querer salir ni ver a nadie.

Terminada la frugal cena, Santiago se cambió de atuendo y dijo solemnemente que había decidido ir al Diario Regional, no fuera a ser el remedio peor que la enfermedad. La noticia que le había dado su hermana sobre el incendio de la Casa del Pueblo le había reconfortado no poco, y había llegado a la conclusión de que no ganaba nada con esconderse. Al contrario, podría levantar sospechas. Cualquiera de sus compañeros mismos podría denunciarle a las autoridades como rojo, sin más ni más, justo para tomar su puesto en la linotipia.

Comentario [L5]: da

-No lo pienses más - susurró a la hermana, abrazándola para decirle adiós. - Ya ves que aquí no puedes quedarte. Doro, te lo repito, vete con los niños a Tordehumos. Allí estarás más tranquila. Y si me pasa... es decir, si no vuelvo - (apretándola) - éste será nuestro adiós. Prométeme que lo harás. - Y mientras la besaba, le agarró una mano, deslizándole entre los dedos un billete de cien pesetas.

-Sí, Santi - suspiró ella, convencida. -Mañana mismo me voy con los mellizos. Gracias, hermoso.

-Y si es que... si vuelvo a la madrugada del trabajo - tartamudeó el joven, ya dirigiéndose al pasillo -. Bueno, cuando estés lista para salir, me despiertas. Y en todo caso..., ya me entiendes..., ya nos volveremos a ver. Es... espero que no dure esto... esta separación mucho tiempo.

Se dirigió a la puerta, seguida de la hermana. La besó otra vez. - Adiós de nuevo - dijo, saliendo al descansillo. - No te olvides de tenerme al corriente de todo.

-¡Que Dios te acompañe! - exclamó Dorotea.

Se volvió a la sala. Los mellizos estaban ya durmiendo, Feli abrazando una muñeca de trapo que le había dado su tía Teo. Les besó a los dos en la frente. Se quitó el velo, y se tumbó también en la cama. Estaba tan extenuada que en seguida se quedó dormida.

Pero no duró mucho el reposo. Desde la cama oyó las campanadas de la catedral dando las horas, una y otra vez, sintiendo dolores por todo el cuerpo y un palpar alarmante en el pecho. Oyó llegar al hermano al alba, lo que la llenó de alegría; y se volvió a dormir, o dormitar; un sueño agitado, lleno de visiones y amenazas.

Alucinada o despierta vio pasar una sombra en la penumbra de la sala, dirigiéndose al balcón. Era su prima hermana querida. Tuvo miedo. Se levantó y fue tras ella.

-¿Qué haces? - le susurró al oído.

Zita, que había apoyado su cuerpo contra la barandilla, ni siquiera se volvió a mirarla.

-Maja - dijo Dorotea - ¿cómo sales así, al balcón, pa que te vean?

Tenía la otra los ojos fijos en la fuente de la plaza. Un pañuelo negro, que le cubría la cabeza y por detrás del cuello, apareció ahora manchado de sangre, una gota como un estigma doloroso. Era la oreja, que se le había infectado y estaba supurando. Pero ella no parecía darse cuenta de ello. Miraba su ciudad vacía, y al mismo tiempo soñaba. Sueño o realidad, había descubierto algo que hasta allí había ignorado, ¡generosa Zita!: la suma inconcebible crueldad de los hombres y de sus instituciones.

-Vamos a coger frío, Zita - murmuró su prima hermana, - con el relente de la mañana.

Esta vez Zita volvió la mirada. Estaba sumamente pálida y demacrada. Un rostro anegado por el dolor, como una nueva virgen de las angustias. Se le nublaron los ojos, y agarrándose a su amiga, lloró abundantemente. - ¿Qué voy hacer ahora, oh Doro, sin él? - apenas un susurro.

-¡Por Dios, Zita, tranquilízate! - fue todo lo que se le ocurrió decir a la otra.

Estuvieron llorando las dos un buen rato.

-Zita - volvió a señalar Dorotea -, no debemos estar aquí. Es peligroso.

Pero Zita se obstinaba en permanecer en el balcón, doblando el cuerpo hacia adelante, los antebrazos en la barandilla de hierro. Aquella plaza, aquellos soportales por donde veía llegar de las Angustias a su amado aquellos días felices que no volverían más. Tenían cita en el callejón, y ella ya estaba arreglada para salir corriendo en cuanto le viera llegar; y el encuentro en el portal.

-¡Ay, mi Agapito! - suspiró desmayada. - Ya no volverán esos días, los abrazos, tu rostro hermoso y tus palabras, adorado... ya nunca más volverán estos ojos a verte... ¡ay, ay!

-Anímate, maja - susurraba la otra sin saber lo que decía. - Da tiempo al tiempo... que todo lo cura.

Otra vez Zita volvió la mirada, movió de un lado a otro la cabeza. Y sus hermosísimos ojos negros reflejaban una tristeza profunda. ¡Inconsolable Zita!

El cielo prometía una mañana deliciosa. Las estrellas habían ido desapareciendo una a una del firmamento, el cual parecía ahora, por encima de los sucios tejados de las casas de enfrente, de un hermoso suave azul inigualado.

-¡Hale! Vente para adentro - dijo Dorotea, saliéndose ya del balcón. Había visto pasar a gran velocidad una camioneta azul marino, abierta, con diez o doce números de la guardia de asalto, sentados éstos en dos filas, y cada uno con un rifle entre las rodillas.

Luego, escondida detrás de su prima, vio como llegaban los gitanos con sus chirriantes carros pringados, sucísimos, tirados por borriquitos marrones, a los cuales llevaban del cabestro los hombres, y las mujeres siguiéndoles silenciosas detrás: eran los encargados de retirar las basuras de las puertas de las casas y, en algunos casos, de los pisos, subiendo por escaleras de servicio.

Empezaban ya a aparecer algunos madrugadores en las esquinas, más que nada mujeres, probablemente ancianas, vestidas casi todas de negro; buscaban con toda certeza una tahona o alguna otra tienda que estuviera ya abierta.

-¡Zita, maja! - murmuró Dorotea.

-Dime, ¿por qué, por qué me lo han matao? - dijo la otra, volviéndose a mirarla.  
- Si era tan bueno, tan buenico, ¡ay!

-Es la vida, querida, anímate. Ya no tiene remedio. No te consumas así. Demos gracias a Dios de que todavía estamos vivas - dijo Dorotea, acariciando sentidamente a su amiga. Y continuó en voz muy baja: - ¿Qué te crees tú que son las guerras civiles, estas luchas de hermano contra hermano, una España dividida en dos?

Clavó otra vez Zita sus ojos en los de Dorotea, y dijo con vehemencia: - No. No es guerra civil. Esto es una rebelión fascista contra el gobierno legítimo y contra la nación. Es la matanza de un pueblo por su propio ejército, creado para defenderle. ¡Eso es lo que es!

-Por favor, no grites, que te van a oír - dijo Dorotea, tapándole la boca con dos manos.

-¡Que me oigan! - chilló Zita, desembarazándose del abrazo. - ¡Que me denuncien y que vengan a quitarme la vida de una vez! Yo ya ¿para qué la quiero?

-¡Anda, que cosas! Pues para vivir, rica, y esperar que esto pase pronto, y vuelva todo a ser lo mismo.

Esta vez los ojos de Zita arrojaban fuego, según salían de su boca las palabras:  
- ¡No, Doro, nunca! Ni para ti, ni para mí, ni para nadie, nunca nada volverá a ser lo mismo ¡Nunca jamás!

**FIN**

## **IDEAS PARA UNA POSIBLE CONTRAPORTADA DE LA NOVELA**

Después de **LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS** (1931-1936), Fernando García Izquierdo continúa, con esta segunda parte de su obra épica, **LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS** (junio y julio de 1936), su interesante historia de la vida y sufrimientos de Dorotea Platero y su marido, el ebanista Lucio Muñeiro, acompañados en la narración por otros personajes tan diversos como el humilde trabajador Agapito Ruiz, que participa con tesón en el movimiento obrero y en sus luchas por un mundo mejor; Zita Martínez, su tierna y paciente compañera; Casimiro Ferrer, el gigante dirigente sindical; Gonzalo Beltrán, estudiante de derecho, que adhiere al moviminetto faccioso de las JONS, luego la Falange; Santiago Platero, joven novillero que aspira a alcanzar fama y dinero en la arena; sin olvidar la simpática aunque chismosa anciana, señora Amparo, dueña de un puesto de pipas y caramelos: todos ellos (y otros muchos a su alrededor) activos protagonistas a veces, sujetos pasivos casi siempre, del embrollo que fue la España de los años treinta, con la caída de la monarquía y la llegada de la república, las luchas de partidos que poco a poco condujeron, primero al triunfo en las urnas del Frente Popular de izquierdas, y en seguida a la traidora sublevación del ejército, en apoyo de las clases privilegiadas de siempre, el día 18 de julio de 1936, llamado por los rebeldes “día del huracán de gesta”, y que condujo a la guerra que había de dar a España (al decir de los mismos que la desencadenaron) “un millón de muertos”.

Puede decirse, sin embargo, que el verdadero protagonista de esta historia es el pueblo vallisoletano: la Tierra de Campos, la hermosa y monumental ciudad de Valladolid de entonces, y una multitud de personajes de todas las condiciones y clases, de actitudes, disposiciones y creencias diversas, tanto religiosas como políticas y sociales.

El autor, nacido en noviembre de 1929 en un pueblo de la provincia de Burgos, pasó los años de la guerra en Valladolid y en Tordehumos de Campos, de donde es oriundo. Después de estudiar la carrera de derecho en Madrid, se exilió voluntariamente a Gran Bretaña, donde continuó estudiando, al mismo tiempo que trabajaba manualmente en la industria y en el campo. Desde de 1953 hasta 1983 trabajó de abogado de patentes en Australia, Norteamérica, el Reino Unido y Francia, donde actualmente radica con su esposa Nicky.

***(O cualquier otra contraportada que sugiera el editor.)***

Fernando García Izquierdo

9, rue Vernet

78150 LE CHESNAY

Francia

Tel. 00 33 1 39 54 01 98